



*Chris
Razo*

HERIDAS DEL
PASADO

RECUERDOS

Las heridas del pasado son las más difíciles de curar.

A veces, hay que enfrentarse al dolor para empezar a vivir de nuevo.

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Copyright © Cristina Po.V/ Christine Poves 2016

©Chris Razo, febrero 2019

HERIDAS DEL PASADO

CHRIS RAZO

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Más cosas](#)

—Parece que lo pasas muy bien... —me giro y ahí está con su traje, y con su cara de gruñón como siempre.

—¿Qué haces aquí?

—Ya sé que no me esperabas. Sabía que le daban el alta a tu padre y quería estar contigo. Tu mensaje, también me ha empujado a venir, pero creo que no tenía que haberlo hecho.

—El mensaje no ha sido para tanto o eso creo yo. Solo te he dicho lo que pensaba. De todas formas, gracias por venir.

—¿Dónde has estado?

—Tomando algo por el pueblo.

—Con él, ¿verdad?

—Si lo que te preocupa es la compañía, sí. He estado con Santi, pero solo hemos charlado. ¿Quieres pasar a casa?

—De acuerdo. Voy a despedirme de tu padre.

«¿Despedirse? ¿Es que piensa irse ya?»

Entramos a casa. Todos están charlando en el salón. Se callan al vernos.

—¿Qué tal Diego? ¿Cómo ha ido tu paseo? —pregunta mi padre.

—Muy bien. Me he refrescado las ideas.

«¿Me lo tengo que tomar como una indirecta? Este hombre me saca de quicio».

—¿Por qué no os sentáis y tomáis algo? —añade mi padre.

—No, gracias. Tengo que irme. Regreso a Madrid.

Capítulo 1

—¿Tan pronto? ¡No digas tonterías! Quédate. Mañana es sábado y pienso montar una buena barbacoa para celebrar que estoy de nuevo en casa.

—¡Papá, nada de barbacoas! —digo.

—No empieces, hija. Quiero celebrar que estoy bien, y que todos estáis aquí conmigo.

—¡Vamos, Diego! Puedes quedarte aquí a dormir.

—No, de verdad. Tengo que irme.

—Quédate. Mi padre te ha invitado a comer. No vayas a decirle que no, o le tendrás enfadado por mucho tiempo. —le digo.

—En eso mi hija tiene razón. Ponte cómodo. ¿Os apetece jugar a un bingo? Claudia, sirve unas copas a los muchachos.

Diego se quita la chaqueta y la deja encima de la silla. Está espectacular. Me encanta cuando está enfadado, se le ve tan sexy... lástima que sea tan cascarrabias.

Supongo que tenemos una conversación pendiente, pero no sé cuándo se producirá. Espero que pronto.

Nos pasamos más de dos horas jugando al bingo, riéndonos y bebiendo. La noche está siendo muy interesante, nunca había visto a Diego así, tan natural, sin esa pose de gruñón que tanto le caracteriza. A las cuatro, papá decide retirarse.

—Bueno, chicos. Me voy a descansar ya. Diego puedes quedarte a dormir. Arriba está el cuarto de invitados y si necesitas cualquier cosa no dudes en pedirla, aunque si quieres dormir en otra habitación, no hay ningún problema.

—Papá. —le regaño y él se ríe.

Pronto van desapareciendo todos del salón y Diego y yo nos quedamos solos.

—Creo que debo irme. —dice. Le cojo del hombro.

—¿Por qué?

—Porque no creo que deba quedarme aquí.

—Ya has oído a mi padre, puedes quedarte. No hay ningún problema. Si lo tuviera, no te hubiera invitado; te lo aseguro. —Agacha la cabeza y se toca

el pelo.

—¿Qué pasa Diego? —me mira. Su mirada es tan profunda que siento que mis ojos van a romperse.

—¿Quieres la verdad?

—Claro, siempre.

—He venido hasta aquí porque pensaba que querías que estuviera contigo. Cuando tenía todo planeado, me mandas un mensaje que me deja a cuadros, y para colmo, vengo, y no estás en casa. Cuando te veo, vienes con el hombre del que has estado tanto tiempo enamorada, que te hizo tanto daño, y me doy cuenta de que no pinto nada aquí.

—Yo me alegro de que hayas venido. No te esperaba. He salido a tomar algo. No hay nada malo en eso.

—Claro que no lo hay. Si no me hubieras mandado ese mensaje, y no hubiera visto como os miráis.

—Diego, por favor...

—Sabes que llevo razón. He visto vuestras miradas, y me he dado cuenta de que las cosas entre vosotros nunca han acabado.

—No nos mirábamos de ninguna manera. Quizás lo que te pasa es que no te has dado cuenta de cómo te miro a ti, porque ni siquiera te importo. No te has parado a pensar en lo que siento por ti, y yo tampoco puedo ser sincera contigo, por miedo a que te apartes de mí. ¿Crees que eso es justo?

—¿No te he dado libertad para que hables conmigo? ¿Alguna vez te he dicho algo? Y por supuesto que me importa lo que sientas por mí. Aunque no lo creas, me importa mucho.

—Nunca he sentido esa libertad para hablar contigo. —Me levanto y cojo un cigarro. —Solo te voy a decir que entre Santi y yo no hay absolutamente nada. Simplemente teníamos una conversación pendiente y necesitaba tenerla para poder seguir hacia adelante, sin que el pasado se interpusiera en mi futuro. No siento nada por él.

—¿Y él por ti?

—No lo sé.

—No me mientas, Triana. Claro que lo sabes.

—Bueno sí. Eso es lo que dice él, pero ya le he explicado que no tiene nada que hacer. No sé dónde llegará lo nuestro. Sí mañana te irás y no volveré a saber de ti, si te cansarás de mí, me darás la patada, me quedará sola y fastidiada, pero no puedo luchar contra mis sentimientos, y estos, son por ti; por nadie más. Solo necesito saber hacia dónde va esto. Si me arriesgo a

tirarme a la piscina, sabiendo que puedo hacerlo porque hay algo de agua. Creo que el problema de todo soy yo. No te estoy dejando ser feliz, y me siento culpable. Debería dejarte ir y ya está.

—Quizás, tengas razón. —muero de rabia al escuchar sus palabras.

—Será mejor que me vaya.

—Si lo haces, mi padre se sentirá mal. Le has dicho que te quedarías.

—No sé si será lo mejor que yo me quede aquí esta noche.

—Si te refieres a mí, no tengo ningún problema. No vamos a dormir en la misma habitación. Te puedes quedar con tranquilidad.

—Está bien. Me quedaré. ¿Te importa acompañarme? Estoy cansado. Ha sido un día duro.

Le acompaño hasta la habitación, y aunque muero de ganas por entrar, sé que no debo hacerlo. No puedo dejar que lo que siento por él acabe siempre en el mismo lugar: en la cama. Tiene que entender el dolor que siento cuando juega siempre a la ambigüedad con sus sentimientos.

—Buenas noches, Diego. Que descanses. —le doy un beso en la mejilla.

—Buenas noches. Tú también.

Me voy a mi habitación, y me meto en la ducha. Necesito despejarme. Esta charla con él, ha vuelto a dejarme tocada. Cuando salgo, el móvil está alumbrando. Tengo un mensaje de Santi.

SANTI_02:30

Gracias por una noche tan fantástica, princesa. Hacía años que necesitaba esto. Gracias y gracias. Espero que esto sea un comienzo, aunque solo sea de una amistad. Prometo volver a ganarme tu confianza. Que descanses un besin.

No puedo creer que después de tantos años por fin, todo entre nosotros se haya arreglado. Yo también necesitaba quitarme ese peso de encima.

TRIANA_04:00

Yo también me alegro de que hayamos hablado. Espero que nuestra relación pueda mejora y que, por fin, las heridas del pasado hayan sanado para los dos. Descansa.

Me siento fatal, al estar hablando con Santi y saber que Diego está en la otra habitación. Después de que ha venido hasta aquí, yo no he sido precisamente amable. Decido mandarle un mensaje

TRIANA_04:05

Hola, gruñón. Siento haberte tratado así. Me perturbas la cabeza, pero

que sepas que agradezco mucho que hayas venido hasta aquí. Gracias.

GRUÑÓN_04:07

¿Gruñón? ¿Y tú entonces que eres? Una gruñona, ¿no? Siento perturbarte la cabeza. Sé que no me merezco nada de ti, y no tienes nada que agradecerme. Quería venir y aquí estoy. Deberías dormirte.

TRIANA_04:08

¿Yo gruñona? Si soy igual de dulce que un caramelo. Tú también deberías dormirte. Yo no tengo sueño alguien ocupa demasiado espacio en mi mente.

GRUÑÓN_04:09

Lo cierto es que sí; eres demasiado dulce, y estás demasiado dulce también. Me muero de ganas por besarte, pero sé que me tienes castigado. Espero ser yo el que ocupa tu mente.

TRIANA_04:10

Yo también me muero de ganas, pero tengo que hacerme la fuerte contigo. No quiero que sepas que estoy loca por ti.

GRUÑÓN_04:11

Pues deja de hacértelo.

TRIANA_04:13

Tú deja de estar tan lejos y cruza la puerta.

De repente, noto que suena la puerta muy suavemente. Abro; es él.

—¡Vaya, que poco has tardado en llamar!

—Sí. No acostumbro a entrar en las habitaciones si no me lo piden. — Pasa. Siempre tan atractivo y tan guapo. Simplemente encantador.

—Estás preciosa.

—¿Igual de preciosa que cuando estaba en el sofá?

—No. Mucho más. En pijama ganas el doble.

—Pensaba que ibas a decirme que desnuda gano mucho más.

—Tienes toda la razón. —se acerca a mí y me acaricia la cara. —Los días se hacen eternos cuando no te veo.

—Eres un exagerado. No creo que te hayas acordado tanto de mí.

—Eres una boba. Por supuesto que sí ¿Crees que hago estos viajes por qué me aburro trabajando?

—No. En realidad, los haces porque tienes mucho dinero. —me rio.

—Estás muy graciosa esta noche, ¿no?

—Sí. Un poco solo. —me acaricia y me besa. Lo necesito igual que el

agua. No puedo resistirme. Está aquí, y tengo que aprovecharlo al máximo. A pesar de que sé que todavía puedo sufrir mucho más. Hacemos el amor, y vuelvo a estar en una pompa.

—Pequeña, eres tan especial...

—¡Uy, el alcohol te sienta muy mal!

—No. Quizás, solo me ayuda a ser un poco más sincero.

—Ojalá y siempre fueras así.

—Prometo intentarlo. Quiero intentarlo.

«¿Intentar el qué? ¿Algo serio? ¿De verdad que por fin se lo está planteando?»

—¿Qué vas a intentar?

—Ser más sincero. Tratar de comportarme una manera mejor contigo. Sé que a veces no me comporto también como debería.

—Si ser sincero implica decirme que no quieres hablar de sentimientos, ni de un mañana... la verdad, prefiero que no lo cambies.

—¡Que boba eres! Sabes perfectamente a qué me refiero. Vamos a dormir. Es muy tarde. ¿Puedo quedarme?

—Claro. ¡No pretenderás que duerma sola estando tu aquí!

—¿Y si tu padre se levanta? —me río.

—¿Te preocupa mi padre? ¿Piensas que no sabe que nos acostamos?

—Tonto no es, pero no creo que le haga gracia que lo hagamos en su casa.

—No tienes por qué preocuparte. Además, si pasara, ¿no estás dispuesto a correr ese riesgo por mí?

—La verdad no. Tu padre me cae bien. Sé que me aprecia. No quisiera estropearlo.

—Tú verás. —me doy a vuelta enfadada. Me abraza.

—Eres una gruñona. Voy a quedarme aquí contigo, así que, no ronques.

—¡Qué bobo! —me estrecha entre sus brazos y nos quedamos dormidos.

Capítulo 2

Me encanta despertarme sabiendo que él ha dormido a mi lado. Me siento feliz. Mi sonrisa me delata.

Subo la persiana, puedo ver a mi padre y a Diego en el jardín. Me saludan. Cojo el móvil tengo un mensaje de Alberto y de Santi.

SANTI_09:30

Buenos días, princesa. ¿Cómo te has levantado hoy? Estaba pensando si te apetecería ir a la playa esta tarde.

TRIANA_11:15

Hola. Acabo de levantarme. Lo siento, hoy imposible. Tengo visita, pero quedamos en estos días. Creo que no tardaré en volver a Madrid.

SANTI_11:17

Si lo sé. Tu padre me ha invitado a la comida. Luego te veo. ¿Cuándo vuelves a Madrid?

TRIANA_11:20

¿Te ha invitado? No sabía nada. Quiero volver la semana que viene. Son demasiados días.

SANTI_11:21

Sí, claro. A mí y a mis padres. Pensaba que lo sabías. ¿A qué te refieres con la compañía? ¿Esta él aquí otra vez?

TRIANA_11:22

Sí. Vino ayer. Te dejo. Tengo que bajar a desayunar. Luego hablamos.

No me hace demasiada gracia que venga Santi a comer cuando está Diego aquí, aunque ya nos llevemos bien. Creo que, aunque se tratan con educación, la situación entre ellos es tensa.

—Hola, papi. Buenos días.

—Hola, mi niña. ¿Cómo has dormido?

—¡Fenomenal, papá! Estoy muy feliz de que por fin estés en casa.

—No mientas, hija. Habrás dormido bien porque has tenido buena compañía.

—Eso también, papá. —miro a Diego y le sonrío.

—No me habías dicho que habías invitado a Santi a comer. —A Diego se le cambia la cara.

—Sí, hija. A él y a sus padres. Sabes que son buenos amigos desde hace años. Me veía en la obligación. ¿Te molesta Diego?

—Para nada. Es tu comida, y tienes que estar con quien tú quieras. Yo no soy nadie para decirte que no venga.

—No quiero que te sientas incómodo.

—No te preocupes. Sé que es un buen muchacho.

—Diego, él siempre ha ido detrás de la niña, pero creo que no tienes de que preocuparte. Creo que has ganado por goleada.

—No estoy tan seguro de haber ganado —le miro incómoda, y se hace un silencio.

—Voy arriba. Tengo que ir al hotel antes de la comida. —Le acompaño. Subimos a la habitación.

—¿A qué ha venido ese comentario? —pregunto.

—¿Cuál?

—El de que no estás tan seguro de haber ganado. Yo no soy un trofeo y nadie tiene que competir por mí.

—Era una broma. No te lo tomes así.

—Sabes perfectamente que no era una broma. Sé cómo lo has dicho.

—Lo cierto es que, no estoy tan seguro de las cosas, desde que estas aquí, él no ha dejado de estar en el medio de todo, y me preocupa que vuelvas a caer en sus brazos.

—Desde que estoy aquí no le he hecho ningún caso hasta ayer que quede con él para hablar las cosas, y solo somos amigos nada más. Creo que anoche te lo expliqué. Estás aquí conmigo. Deja de preocuparte de nada más.

—Solo tengo miedo de perderte.

—Diego, solo voy a decirte algo. Si me pierdes, será porque has querido. Sabes mis sentimientos hacia a ti, y no creo que eso cambie porque este chico vuelva a aparecer.

—A lo mejor te hace despertar cosas que creías olvidadas.

—Eso no lo sabemos. Yo solo quiero estar bien contigo, y tener una buena relación con él. Llevo demasiados años guardando rencor, y ya no lo aguanto más. —Cojo algo de ropa y voy a cambiarme —¿Quieres que te acompañe al hotel?

—Vale.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana.

—¿Por qué por la mañana?

—Tengo muchas cosas que hacer. Demasiado trabajo. Cuando estoy aquí, solo puedo estar contigo. —Sus palabras van directas a mi corazón. Que frases tan preciosas me dice. Al rato estoy lista y nos vamos. En el hotel charlamos un rato, se ducha, se viste y en menos de una hora estamos listos de nuevo.

Cuando llegamos a casa, el jardín está lleno de gente. Santi también ha llegado.

Nos saludamos, Diego también lo hace. Pasamos una comida agradable, papá está contento y eso es lo importante.

Mi padre, nos pide un poco de atención para hacer un brindis.

—Quiero celebrar con todos vosotros que estoy aquí. Más o menos recuperado, y agradeceros el apoyo que me habéis dado durante estos días. Gracias. También quiero darle la bienvenida a un nuevo miembro de la familia: Diego. Espero que no sea la última comida que hacemos en familia. Tienes las puertas de mi casa abiertas siempre que sigas cuidando de mi hija. Verla sonreír de nuevo gracias a ti, es un tesoro para mí. Gracias. —Yo me muero de la vergüenza, y Diego creo que tampoco se queda atrás. Me vibra el bolsillo. Miro el móvil.

SANTI_13:15

Parece que tu nuevo novio ha entrado por la puerta grande. Como me gustaría que las cosas fueran diferentes. Me habéis cambiado los dos.

TRIANA_13:15

Sí. A mi padre se lo ha ganado. Las cosas no son diferentes son porque tú las quisiste así. Nadie te ha cambiado.

Guardo el móvil, Diego me mira con cara impasible.

Le sonrió. Parece que me escondo de algo, y no me gusta esa sensación.

Diego se escabulle un poco de la gente, y se pone a hablar con mi padre. Yo me encuentro con Santi y nos ponemos a charlar.

—¿Qué tal lo estas pasando? —me pregunta.

—Bien, ¿y tú?

—También. Aunque, tu novio no te suelta, y no hay quien se acerque a ti.

—No es mi novio, Santi.

—Si no es tu novio, voy a seguir tirándote la caña. —Se ríe.

—¡Eres imposible, de verdad! —Charlamos y nos reímos.

Al rato me doy cuenta de que Diego no está. Le busco con la mirada, pero no le veo. Dejo a Santi con su padre y voy a buscar a papá- Él sabrá dónde está Diego.

—Hola, papi. ¿Cómo lo estás pasando?

—Bien, hija, ¿y tú? Ya veo que las cosas con Santi están mucho mejor.

—Sí, papá. Hemos tenido una charla y las cosas van mejor. ¿Has visto a Diego?

—Sí, hija. Se ha ido al hotel. Me ha dicho que se sentía un poco indispuesto y se ha marchado. Pensaba que te había dicho algo.

—No papá. ¿Te molesta si me voy? Quiero estar con él y se va mañana.

—Sin problemas. Vete. No te preocupes.

—Gracias, papi.

Voy a por las llaves del coche, y me voy al hotel.

Algo ha tenido que ocurrir para que Diego se marche así.

Llego al hotel, aparco y subo a su habitación. Cuando llamo a la puerta, parece sorprendido

—¿Puedo pasar? —le pregunto.

—Por supuesto. —Está con unos pantalones y sin camiseta.

—¿Por qué te has ido? Y sin decirme nada.

—He notado que no pintaba mucho allí.

—¿Qué tonterías dices! ¡Diego, por favor!

—Estaba con gente que ni conocía, y me he sentido muy incómodo. Tú estabas muy entretenida. He decidido venirme a descansar.

—¿Qué es lo que te pasa, Diego? ¿Por qué no eres sincero? No te entiendo.

—No creo que haga falta decir mucho más.

—Necesito que me lo digas para poder entenderlo. Cualquiera diría que estás celoso —Me mira con cara de enfadado. Por fin parece que tiene sangre.

—No son celos. Yo no sé qué es eso. Pero no me parece bien las cosas que haces. Me has dejado apartado en una comida en la que prácticamente solo te conocía a ti y a tu padre, y te has ido con tu amigo, que de repente de odiarle a muerte, ahora no te separas de él. ¿Cómo quieres que me sienta cuándo solo he venido para estar contigo?

—Pues eso en mi pueblo se llaman celos, Diego. Ya te he explicado la situación de Santi. Nos llevamos bien y ya está, pero además es que creo que no tengo que darte explicaciones. Eres tú el que ha decidido que esto no tenga ningún futuro. ¿Qué esperas? ¿Qué me quede sentada, mientras que pasa mi vida y espero a que llegue el día en que me dejes tirada?

—No. Simplemente, te pido sinceridad; nada más. Puedes hacer lo que quieras, eres libre, pero pensaba que era verdad que te importaba un poco,

para no dejarme como un gilipollas delante de la gente.

—Estoy siendo muy sincera. Quizás, ese sea mi problema, que te digo las cosas como las siento.

—¿Sincera? ¿Tú crees? Si eres sincera, ¿por qué no me has contado que te mensajeas con él y que también lo haces delante de mi cara? ¿Crees que no me he dado cuenta? No juegues conmigo, Triana.

—No estoy jugando con nadie, y si hay alguien que juega aquí, creo que ese eres tú. ¿Has estado mirándome el móvil?

—Claro que lo he mirado. ¿Pensabas qué después de tanto tiempo sin hablar con él, llevo de Madrid, y os encuentro juntos, no tengo ninguna curiosidad?

Pues sí, la tengo. No quiero que me vean la cara de gilipollas.

Miré los mensajes porque tenías el móvil ahí. Quizás, hice mal, pero así pude saber que pasaba, y lo que ocurre, no me está gustando nada.

—¡No puedo creer que me cogieras el móvil!

—¡No te hagas la indignada! No te pega nada.

—Eres un gilipollas.

—Lo soy. ¿Y sabes por qué? Por jugar a esto. Ni siquiera sé que hago aquí, cuando se perfectamente lo que pasa. Te agradecería que te fueras. No quiero seguir hablando contigo.

—¿No me vas a escuchar? No tengo nada con él. ¡Me parece de locos que después de todo pienses eso!

—¿Qué quieres que piense cuándo le has dicho que las cosas no son diferentes porque él no ha querido? No quiero hablar contigo, Triana. Mañana me voy y aquí se acaba todo.

No volveré a venir. Cuando quieras incorporarte a trabajar puedes hacerlo. A partir de este momento, nuestra relación vuelve a ser profesional. —Le miro fijamente y las lágrimas empiezan a caer por mi mejilla.

—No puedo creer lo que estás haciendo. Te vas a arrepentir siempre.

—Quizás, lo haga, pero en este momento, es lo que siento.

—Muy bien. Que seas muy feliz. Espero que algún día encuentres una mujer a la que querer.

—Adiós, Triana. —Le miro, abro la puerta y me voy. Es imposible describir con palabras lo que siento en este momento.

—Adiós, Diego. —Cierro y me voy al coche. Cuando por fin me siento, empiezo a llorar como una loca.

«¡Maldito gilipollas! ¡Me ha dejado! Si es que se puede dejar esto».

Cojo el teléfono...

TRIANA_15:30

Eres un maldito cabrón. No te mereces ni una puta lágrima de las que estoy echando. Te odio. Maldigo el día que te cruzaste en mi camino. No sé cómo he podido quererte. Ojalá y no vuelva a verte nunca más.

En cuanto que llego a casa, apago el móvil y me encierro en la habitación. No quiero ver a nadie. Lo único que me apetece en este momento es llorar. Nadie es capaz de sentir el dolor que yo siento en este momento.

No salgo en todo el día de la habitación. Me despierto entre sueños, pero vuelvo a quedarme dormida.

Por la mañana, mi padre entra en la habitación.

—¿Cariño, estás despierta?

—¿Qué pasa, papá?

—Alguien quiere verte. Os dejo solos. —Diego aparece por la puerta.

—¿¡Qué coño haces aquí!? ¡Lárgate de mi casa! No quiero volver a verte.

—Solo he venido a despedirme. Me marcho.

—Que tengas buen viaje. Adiós. —Se acerca a mí y me acaricia la cara.

—Siento lo que te dije ayer. Siento cómo te traté. Estaba demasiado enfadado. Lo siento. Creo que lo mejor es que esto termine. Sé que te estoy haciendo daño. Quizás, tengas razón, y no te merezco, pero no quiero acabar mal contigo. Y mucho menos, quiero que sufras.

—Yo también creo que es lo mejor. Esto no nos lleva a ningún lado.

—Prométeme que estarás bien.

—No puedo prometerte eso. Siempre me das una de cal y otra de arena, y no quiero seguir sufriendo, pero tampoco quiero que esto acabe mal. Necesito poder hablar contigo si lo necesito y poder mirarte a la cara.

—Sí. Eso siempre, ya lo sabes. Podemos tomar lo que quieras, y seguiré preocupándote por ti siempre. Aunque, de cara a la galería seamos jefe y empleada.

—Lo de quedar va a estar más complicado, por lo menos durante un largo tiempo. Y hablar..., tendrá que ser mucho menos que ahora, si de verdad quiero olvidarme de ti. Pónmelo más fácil.

—Tengo que irme. Gracias por todos estos días tan especiales. Para mí, sí ha sido importante. Espero que seas muy feliz. Solo puedo pedirte perdón por esto.

—Prefiero que por lo menos acabemos así. De buen rollo. —No puedo

evitarlo y me abalanzo a sus brazos. Necesito sentirle cerca por última vez. Él me aprieta fuerte. Creo que lo necesitaba igual que yo.

No puedo separarme de él. No quiero que se vaya. Necesito que vuelva a ser todo como hace unas semanas, cuando todo era perfecto, y yo era feliz. Nos separamos.

—Tengo que irme, nena. Te aseguro que me quedaría.

—Hazlo.

—Sabes que no puedo, y que no debo.

—Se me va a hacer difícil estar sin ti. Te voy a echar de menos.

—Yo también, nena. Te lo prometo. —le cojo las manos, y sin poderlo evitar me pongo a llorar.

—No, nena. Por favor, no me hagas esto.

—Vete ya, por favor. No aguanto las despedidas.

—Yo no puedo irme sabiendo que te vas a quedar así.

—No puedo quedarme de otra manera después de que me has dejado.

—Lo siento. —Se sienta en la cama. —No sé cómo hacerlo. No sé cómo funciona el amor. Siempre lo hago mal. Tengo el poder para hacer sufrir a la gente.

—Podrías dejarte enseñar, pero has decidido directamente que no te interesa hacer nada. —Se hace un silencio. —Vete por favor. No quiero seguir pasando por esto.

—Lo siento. Ojalá y supiera hacerlo de otra manera. —me besa la mejilla y se va. Yo noto que mi mundo acaba de romperse en mil pedazos. Se ha ido, a pesar de todo, se ha ido. No soy capaz de retener a ningún hombre a mi lado. Puede que el problema sea mío.

A penas salgo de la habitación. Me paso las horas ahí metida. Sumergida en mi música y en mis pensamientos.

Horas más tarde, suena mi teléfono.

—¿Sí? —contesto.

—Hola. No quería despertarte. Solo era para decirte que ya estoy en Madrid.

—Hola. Gracias por avisar.

—¿Estás bien?

—Digamos que he estado mejor. Estaba dormida.

—Te dejo que sigas durmiendo.

—No. Da igual. Ya tengo que levantarme. Tengo que hacer algo. ¿Y tú qué?

—Nada. Hace media hora que llegue a casa, y tengo que trabajar, pero lo cierto es que, no dejo de darle vueltas a todo. No te saco de mi cabeza, nena.
—Suspiro. Tampoco sé que decir. yo tampoco he dejado de pensar en él, ni creo que pueda hacerlo si sigue llamándome.

—¿No dices nada? —pregunta.

—¿Qué quieres que te diga? Eres tú el que ha decidido irse, y eres tú el que tiene miedo a todo. No sé qué quieres que haga.

—No quiero seguir haciéndote daño. Por eso he hecho esto.

—Diego, vamos a dejarlo. Aceptemos que esto no va a ningún lado, y que lo mejor es que estemos cada uno por su lado. Te pido un favor: no me llames más. No me escribas, por favor. Si lo sigues haciendo, seguirás haciéndome daño, y si eso es lo que no quieres, por favor, no lo hagas. Estaré bien.

—De acuerdo. Si es eso lo que quieres, lo haré. Solo te pido que te cuides, y que si en algún momento me necesitas, que por favor me llames que estaré aquí.

—Gracias. Te avisaré cuando vuelva al trabajo.

—Espero que sea pronto.

—Supongo que sí, pero yo preferiría un poco más de tiempo.

—El tiempo que necesites. No te preocupes.

—No quiero que la gente siga hablando.

—No te preocupes. Yo soy el jefe y si yo sé lo que pasa. La gente no tiene nada que decir.

—Vale. Cuídate, Diego.

—Tú también. Adiós. —Cuelgo. Quizás, esta sea la última vez que hablamos...

En este momento, lo que más necesito es terapia de choque. Llamo a Elena y le pongo al día de todo.

Es mi amiga, sabe escucharme, pero, sobre todo, sabe decirme las verdades, aunque duelan. Eso es lo que más valoro de ella. Lo necesito.

Cuando terminamos cuando nuestra charla, me ducho, y me visto. Cojo algo de comer, y me monto en el coche. Me voy a la playa. Necesito un poco de desconexión.

Santi me ha escrito para quedar, pero le he dicho que hoy no. No estoy de humor. Solo quiero estar sola. Por lo menos hoy.

Me hago una foto con la playa de fondo. La pongo en el WhatsApp, junto con una frase...

«*Mi playa, mi casa, mi familia...solo faltas tú...*».

Me encanta pasear por la playa cuando está cayendo el sol. Cuánto echaba de menos esto.

En Madrid, no puedo evadirme tanto de los problemas como aquí.

Recibo un WhatsApp. Es Diego.

GRUÑÓN_19:00

No me lo pongas tan difícil. No voy a ser capaz de cumplir mi promesa.

TRIANA_19:02

Eres tú el que lo pone todo difícil. Cumple tu promesa, por favor.

Pero no lo hace. Me llama.

—Diego, te he dicho que no me llamas.

—Lo sé, pero después de lo que he leído, necesitaba hablar contigo.

Quiero que estés bien.

—Estoy bien. Me apetecía ponerlo. Me haces falta. Es como si te dan a probar un caramelo, y cuando ves que te está gustando, te lo quitan. No es justo.

—Tú también me haces falta. Ojalá y pudiera estar ahí contigo. Es lo que más deseo en este momento.

—¡Joder, Diego! Deja de torturarme. No puedes irte y decirme ahora esto, por favor.

—Lo siento. Soy un gilipollas. No quiero perderte, pero no quiero hacerte sufrir.

—Vamos a hacer algo Diego, y promete que lo cumplirás.

—Está bien. Dime.

—No sé cuándo volveré. Imagino que será en esta semana o la que viene. Vamos a tratar de no hablar, no llamarnos y no saber nada el uno del otro. Veamos que ocurre en estos días. Piensa en lo que sientes, y lo que necesitas. Descubre si me echas de menos. Creo que es lo mejor. Nos vendrá bien a los dos.

—De acuerdo. Me voy a volver loco sin saber de ti, pero te prometo que lo haré. Cuídate, por favor.

—Lo haré. Tú también. —Cuelgo. Necesito distancia. Creo que es lo mejor para los dos. Si sigue llamándome, jamás voy a poder apartarlo de mi mente.

Más tarde, en casa...

—Hola papi, ¿cómo estás?

—Muy bien, hija. ¿Y tú? ¿Por qué has estado desaparecida?

—Nada, papá. Necesitaba pasear y estar sola.

—¿Estás bien?

—Sí. Aunque, he estado mejor.

—Ese chico merece la pena, hija. No le dejes escapar.

—Lo sé, papa. Lo intentaré, pero no solo es cosa mía. Voy a ducharme, papi. Ahora bajo y charlamos.

—Vale, hija.

Me ducho me pongo el pijama y bajo hablar con mis padres. Cenamos, reímos y me llegan de cariño. Necesitaba momentos como estos. Hacía años que no me sentía así.

Cuando vuelvo a la habitación, tengo un mensaje de Santi.

SANTI_23:00

¿Qué pasa princesa! ¿Cómo estás? ¿No has salido hoy o qué? ¿Se ha ido tu príncipe azul ya?

TRIANA_23:15

Hola. Necesitaba estar sola hoy. Estoy bien. Ya se ha ido, y más que príncipe, parece que ha resultado ser rana.

SANTI_23:17

¿Qué ha pasado? ¿Necesitas hablar?

TRIANA_23:18

Ahora no quiero hablar del tema, pero gracias. Mañana si estoy mejor, te llamo y vamos a tomar algo. Me voy ya a dormir. Un beso.

SANTI_23:19

Vale, princesa. Anímate. Cualquier cosa, estoy aquí.

No creo que sea lo mejor quedar con Santi ahora. No quiero hacerle líos en la cabeza ni quiero hacérmelos yo también. Me meto en la cama, y me quedo dormida enseguida.

Capítulo 3

Lunes. No tengo ganas de nada, pero sé que tengo que cambiar el *chip*. Papá llama a la puerta.

—¿Princesa, todo bien?

—Sí, papá. —Se sienta al lado de la cama.

—¿Qué pasa, hija? No puedes estar así.

—Lo sé, papa, pero me resulta un poco difícil estar bien.

—Mira, hija. Yo ya estoy bien. Solo tengo que tener reposo y relajación. Tu madre me cuida como un rey, *Claudi* también. No tienes que preocuparte. Debes volver a Madrid, a tu trabajo, a tu rutina, hija. Eso sí; espero que ahora vengas más a menudo. Sabes que, si no tienes para venir, yo te pago encantado el viaje.

—Tú acabas de salir del hospital. No quiero dejarte solo.

—¡No digas tonterías, hija! Yo no estoy solo, y tú tienes que volver. ¿Soy el único que ve cómo estás? Solo hace un día que se ha ido, y no has parado de llorar. No quiero verte así. Arréglate, haz las maletas y vete. Demuéstrale el pedazo de mujer que eres.

—Gracias, papá, pero por lo menos, quiero pasar el día contigo, y tener tiempo de preparar las cosas.

—Vale, pero prométeme que te iras mañana. Imagínate si tú estás así aquí, cómo estará ese hombre, princesa. —En el fondo sé que mi padre tiene razón. Decido hacerle caso. Quizás, sea la hora de gastar el último cartucho, y ver si le importo de verdad.

Me visto y me voy al centro. Paro en la peluquería. Necesito un cambio de *look*. Un corte, y un color castaño con reflejos dorados.

Aprovecho para comprar algunas cosas que me hacen falta para el trabajo. Paso todo el día con mis padres. Comemos por ahí y por la tarde llamo a Santi y tomamos algo.

—Mañana me voy a Madrid, pero espero que vayas algún día a visitarme. —le digo.

—¿Te vas? ¿Por qué tan pronto?

—Tengo que volver al trabajo. Mi padre ya está mucho mejor. Toca volver.

—El trabajo, es el trabajo. Espero poder ir a visitarte, y que me enseñes Madrid.

—¡Eso está hecho! De todas formas, ahora volveré más a menudo. Me he dado cuenta de que necesito mucho a mi familia. Estar aquí me relaja.

—Yo también espero que vengas más a menudo. Ahora que ya somos amigos otra vez, puedes venir más. Quizás, vaya pronto a visitarte. Sobre todo, si ese novio tuyo no empieza a valorar lo que tiene —Reímos.

—Tú, pico pala, ¿eh?

Después de muchos años, he conseguido cerrar un capítulo de mi vida. Desde que lo he hecho, me siento mejor conmigo misma. Supongo que tendría que haberlo hecho antes.

Cuando llego a casa, preparo la maleta. Estoy ilusionada. Mañana volveré a Madrid. Me muero de ganas por verle. De momento, ha seguido el trato y no sé nada de él.

A la mañana siguiente, todo son lágrimas. No he podido evitar el drama. Si algo me llevo de lo que ha sucedido con mi padre, es lo bien que están las cosas ahora. He conseguido enterrar viejas heridas del pasado. Mi padre y yo nos merecíamos volver a estar como antes.

A las nueve y media llego a Madrid. Cojo un taxi y por el camino, pongo un estado en el WhatsApp, para ver si Diego se salta el trato.

«*Soy feliz*».

Por fin llego a casa. Elena se sorprende al verme.

—¡Nena! ¿Qué haces aquí? Pero, ¡qué guapa estas! ¿Qué te has hecho? ¡Estás preciosa! ¿Qué tal papá? ¿Todo bien? ¡Qué guapa!

—Gracias. Que buena amiga eres. He vuelto. Papá está mejor, y me ha obligado a venir.

—¿Y ese cambio de *look*, nena? ¡Estás espectacular! ¿A quién quieres impresionar?

—Necesitaba un cambio. He hablado con mi padre, y tiene razón; tengo que salir a gastar el último cartucho. Si realmente ese hombre es para mí, ya lo sabré.

—¡Claro que sí, nena! ¿Quieres cenar algo?

—Sí, por favor. Me muero de hambre. Tengo muchas cosas que contarte.

—Puedes ir empezando.

—Dame un segundo. Voy a llamar a mis padres para decirles que ya he llegado.

Cuando termino, nos ponemos hablar unas cuantas horas. Hasta que no

podemos más y nos vamos a la cama. Duermo feliz. Mañana por fin le veré, y no me espera. Eso me encanta.

Capítulo 4

A las siete me levanto. Me ducho, me arreglo el pelo, me maquillo y me pongo mi traje nuevo. Quiero impresionarle.

A las ocho y media llego a la cafetería. Alberto está sentado, moviendo la cucharilla. Me acerco por detrás y le digo al oído...

—Si sigues moviendo el café de esa manera, se va a marear. —me rio y se da la vuelta.

—¡Triana! ¿Pero qué te has hecho? Déjame que te mire. ¡Estás preciosa! ¡Qué bien te sienta la playa!

—Gracias. ¿Te gusta?

—Me gusta mucho. ¡Estás impresionante! Más madura, radiante..., ¡espectacular!

—Gracias, gracias. Me lo voy a creer. ¡Anda invítame a un café! Lo necesito.

Tomamos café, hablamos de mi padre, de lo que ha pasado en el trabajo, y de cotilleos ¡Por fin aquí! Todavía no puedo creerlo.

A las nueve subimos a la oficina. Para mi sorpresa, hay una mujer en mi puesto se llama Sofia. Se presenta, y me dice que no sabía nada de mi llegada.

—Creo que debería de subir hablar con el jefe, Alberto.

—Sí. Deberías de decirle que ya estás aquí.

—Ahora os veo. —Cojo el ascensor. Me tiemblan las piernas. El corazón me va a mil por hora. No sé qué hará cuando me vea. Estoy tan nerviosa... solo quiero ver su cara cuando sepa que estoy aquí. Se abre el ascensor. Saludo a su secretaria, y me dice que Diego está reunido. Se abre la puerta. Sale una mujer morena, alta y guapísima.

—Gracias, Diego. Siempre me sacas de los apuros. Espero que vuelvas a invitarme a una cena como la de ayer. —le besa en la mejilla.

Esas palabras retumban en mi cabeza. Le miro. Él también lo hace asombrado. No sé si por encontrarme ahí, o por mi cambio. Me acerco.

—Hola. Solo venía a decirle que me incorporo hoy. Me voy al trabajo. —Sigo por el pasillo.

—Señorita, Méndez. Espere un momento.

—Tengo que marcharme. Lo siento. —Me meto en el ascensor, y rezo

para que se cierre pronto. Me siento gilipollas. Yo intentando estar mejor, y que reaccionara, y resulta que él estaba de cena con un pedazo de mujer. ¿Cómo va a querer nada conmigo, si tiene cuarenta mujeres a su disposición? No quiero pensarlo. Ahora solo queda ponerse a trabajar.

Cuando llego, Alberto me dice que me han llamado de arriba que tengo que reunirme con el jefe.

¡Ya estamos aquí! ¡Volvemos con las llamaditas! No pienso hacerle caso. Me manda un WhatsApp.

GRUÑÓN_09:30

Haz el favor de subir. Te recuerdo que soy tu jefe. Si sigues haciendo eso, la gente empezara a hablar. No me hagas bajar a buscarte, porque te aseguro que no te va a gustar.

He de reconocer que tiene razón. No deja de ser mi jefe. No me queda otra que subir. Entro al despacho y cierro la puerta.

—¡No vuelvas a dejarme en evidencia delante de la gente! Te lo advierto —está realmente enfadado.

—¿A la gente, te refieres a los empleados o a tu amiga?

—No te consiento que me hables así.

—Yo tampoco te consiento que me tomes por gilipollas.

—¿Por qué no me has dicho que venías?

—Porque si te lo hubiera dicho, seguramente, esa mujer no hubiera salido de aquí.

—¿A qué te refieres?

—A lo mejor, también ha salido de tu cama. —Se enfurece por momentos.

—No sabes lo que dices.

—Si lo sé. Sé que soy imbécil. Pensaba darte una sorpresa y resulta que la sorpresa ha sido mía.

—No sabía que venías. Pero no es lo que imaginas.

—No pasa nada. Nos dimos tiempo para pensar, y tú parece que ya has decidido seguir con tu vida, pero te voy a decir algo, no pienso irme de mi trabajo.

—Te dije que una cosa no tenía que ver con la otra. No quiero hablar aquí de esto. Vamos a cenar hoy y charlamos.

—No tengo ganas de cenar contigo. Lo siento.

—No seas pesada. Tenemos que hablar.

—¿Por qué? ¿Por qué te da la gana a ti?

—Efectivamente. No quiero hablar de esto aquí. Es el sitio de trabajo.

—Me voy a trabajar.

—Solo una cosa más.

—Dime.

—Estás preciosa —me sonrío. Intento no devolverle la sonrisa, pero no puedo, me doy la vuelta para que no me vea.

—Adiós, señor. Que pase una mañana excelente. —Tiene el poder para hacer de los peores momentos, algo bueno. «¡Maldito gruñón! Le odio.»

Me voy a trabajar. Estoy bastante espesa. Después de tantos días, y con tantas cosas en la cabeza, no es nada fácil concentrarse.

La mañana pasa rápido. Después de trabajar, vamos a tomar algo cerca del trabajo. Todos se preocupan por mi padre. Pasamos un buen rato. No me acordaba de lo bueno que es estar entre amigos que te quieren tanto.

Suena mi móvil.

GRUÑÓN_20:05

Deja de tomar cervezas o llegarás borracha a la cena y podré aprovecharme de ti. Te recojo a las nueve.

TRIANA_20:07

Solo me he tomado una caña. Y lo siento, no vas a tener tanta suerte como para aprovecharte de mí. No creo que me dé tiempo a estar lista a las nueve.

GRUÑÓN_20:08

Ya sabes. No te entretengas. No me gusta que me hagan esperar.

A las ocho y cuarto me voy. Me despido de los chicos, cojo el coche y voy a casa. Tengo poco más de media hora para ducharme y arreglarme.

Me sobra tiempo, y decido llamar a mi padre. Solo han pasado unas horas, y ya le echo de menos. Me cuenta que todo está bien, y que espera verme pronto. Es imposible no sonreír ante sus palabras.

A las nueve y dos minutos recibo un mensaje.

GRUÑÓN_21:02

Estoy seguro de que lo estás haciendo a propósito, así que, baja, si no quieres que me enfade. Solo espero que estés igual de impresionante que esta mañana. Si es así, creo que te perdonaré el retraso.

«¡Idiota!».

Cojo el abrigo, el bolso y bajo. Me subo en el coche.

—Hola. —saludo.

—Hola, señorita, ¿le gusta hacerme esperar?

—Y a ti hacerme sufrir, ¿no?

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Yo lo llamaría realidad, no golpe bajo.

—Creo que la noche no va acabar bien.

—Sí. Creo que en eso estamos de acuerdo. —Llegamos a un restaurante.

Nos sentamos en la mesa y pedimos vino. No puedo evitar mi cara seria. Estoy bastante enfadada, y creo que la explicación que me va a dar, no me va a convencer en absoluto.

Me mira con esa mirada intensa. Quiere intimidarme como siempre, y seguramente le será muy fácil hacerlo, quito la mirada rápidamente.

—Cuéntame a que ha venido el numerito de esta mañana. —pregunta.

—¿Numerito el mío o el tuyo?

—Triana...

—No, Triana, no. Llegué anoche. No te dije nada porque quería darte una sorpresa. Venía con la idea de que todo pudiera volver a ser como antes, y decirte que quería tirarme a la piscina contigo, sin mirar si había agua o no, simplemente tirarme.

—¿Y qué ha cambiado?

—La visita de tu despacho, la cena que tuviste anoche. Soy una tonta. Creía que estarías pensando en mí, pero me equivoqué. ¡Hay que ser idiota! Estaba claro que tú seguirías en lo mismo. Si no querías seguir conmigo era porque tenías otras cosas en mente.

—No sabes ni lo que dices. Claro que he pensado en ti, y esa mujer nada tiene que ver con lo que tengo contigo.

—¿Te la tiraste?

—¿De verdad me estas preguntado eso?

—Claro que te lo estoy preguntando.

—Por supuesto que no.

—No te creo.

—¿Te he mentado alguna vez?

—No lo sé.

—Estás siendo muy dura conmigo.

—Estás acostumbrado a que siempre sea demasiado buena, y se acabó.

—cuando voy a explotar, me suena el móvil «¡Mierda! ¡Qué oportuno! Es Santi».

Lo silencio y lo guardo en el bolso.

—Cógelo, no me importa.

—No. No acostumbro a coger el teléfono cuando estoy hablando con alguien. —me mira con cara de enfadado.

—Yo también podría decirte que tú te quedaste con tu amigo allí.

—Por lo menos él se preocupa por mí.

—Será ahora, ¿no? Porque hasta hace dos días era un cabrón.

—Todo el mundo puede cambiar de opinión. Yo también.

—No de esa manera.

—De todas formas, no estamos hablando de mí, estamos hablando de ti, y lo sabes.

—No entiendo tu enfado. Yo podría estar el doble de enfadado contigo por haberte quedado con él, y sabiendo todo lo que sé.

—Perdona, fuiste tú el que decidió acabar con esto. Y no sé a qué te refieres. No hay nada que saber.

—¿Crees que soy tonto? Sé que entre tú y él si no ha pasado, terminará pasando algo.

—Si pasa, será porque soy libre y no estoy con nadie.

—No te lo reprocho. Eres libre para irte con quien quieras, pero no quiero que te equivoques y te hagan daño.

—Tiene gracia que seas tú el que me diga eso, cuando eres tú el que más daño me ha hecho.

—Hoy es la noche de los golpes bajos. No te entiendo, Triana.

—Mira, yo a ti tampoco. Lo cierto es que me da igual lo que hicieras con esa mujer. Me trae sin cuidado. Desde hoy, veo las cosas muy distintas. No pienso volver a llorar por ti. Estoy cansada. Quiero venir a mi trabajo, sin preocuparme si volverás a llamarme al despacho para decirme tonterías.

No quiero que me escribas, ni que me llames. No quiero saber nada más de ti. Ni siquiera como amigos. Solo quiero tener una relación contigo profesional, y a poder ser, como hace muchos meses, que prácticamente ni

sabía quién eras.

A partir de este momento, somos libres del todo. No tenemos nada que echarnos en cara. Podemos salir con quien queramos, donde queramos y hacer lo que nos dé la gana.

Gracias por la cena, pero me marcho. No tengo nada más que decirte, y si vuelves a mandarme algún mensaje o llamarme, me veré obligada a cambiar el número. No me hagas hacerlo, por favor. Buenas noches, señor. Disfrute de la cena.

—Espera, Triana. Por lo menos déjame hablar.

—Está todo dicho.

—Déjame que te lleve a casa.

—No. Prefiero coger un taxi. Gracias. —Cojo el abrigo y salgo del restaurante.

«Olé, olé y ole. Por fin soy yo la que le dejo con la palabra en la boca. Se lo tiene merecido. Se acabó todo, empieza una nueva vida para mí. Se acabó Diego. Se acabó esta relación tóxica y dañina. Se acabó todo». — pienso.

Llego a casa, y la soledad se apodera de mí. Me gustaría contarle a Elena lo que ha sucedido, pero no está en casa. Decido meterme en la cama, mientras que miro el teléfono.

Tengo varios mensajes.

SANTI_22:15

Madriña, te he llamado y no me has contestado. espero que todo vaya bien. Yo estoy de noche, y estoy aburrido. No hay mucho que hacer. ¿Qué tal por allí? ¿Qué tal tu primer día de trabajo? Se te echa de menos por aquí.

Con todo lo que ha pasado con Diego, había olvidado su llamada.

TRIANA_23:30

Hola. Perdona por no cogértelo. Estaba en una cena, y luego se me ha pasado. ¿Qué haces tú de noche? Yo estoy cansada. El primer día ha sido un poco duro, espero que mañana se dé mejor. Ya estoy en la cama.

SANTI_23:31

El cabrón de mi jefe que ha decidido joderme los dos días que me quedan para el finde y ponerme de noche. La semana que viene estoy de vacaciones, ¿vendrás?

TRIANA_23:32

¿Tienes vacaciones? Ir no está en mis planes, por lo menos hasta dentro de quince días. No puedo pedir días después de todo, pero bueno

quiero ir más a menudo a ver a mis padres. Cuidalo, por favor. Ya sabes que es muy cabezón. Podrías venirte unos días a Madrid, así desconectas un poco.

SANTI_23:33

¿Me invitas? Yo encantado. Mis colegas están todos currando y tener vacaciones para estar en casa..., tendré que pensar tu propuesta. Sabes que siempre cuido de tu padre. Es igual de cabezota que su hija. Podré con él.

TRIANA_23:34

Sabes que estás invitado. Me voy a dormir que tengo que madrugar mañana. Descansa. Seguimos hablando mañana. Un beso.

SANTI_23:35

Descansa princesa Un besazo.

También tengo un mensaje de Diego, y no es corto precisamente.

GRUÑÓN_23:15

Hola. Sé que me has dicho que no te volviera a escribir nada más, pero no puedo quedarme así. Nunca nadie me había hecho lo que has hecho tú esta noche, y seguramente si alguien lo hubiera hecho, no se me hubiera ocurrido volverle a hablar nunca.

Me hubiera gustado que me escucharas, pero como no lo has hecho, me veo en la obligación de tenerte que escribir.

Lo que te dije en tu casa es lo que sigo pensando. No quiero hacerte daño, y si para no hacértelo tengo que joderme yo, lo haré. Te lo prometo.

Lo que me pasa contigo, es diferente a todo lo que he vivido antes. Siempre he tenido lo que he querido, y lo he llevado hasta donde he creído oportuno. De la misma manera que empezaba, yo lo cortaba cuando me parecía, pero contigo parece imposible. Por eso estoy perdido. Contigo digo algo, y no consigo cumplirlo. No sé qué has hecho conmigo. Solo quiero aclararte que desde que me tropecé contigo ese día, no ha habido otra mujer, ni en mi cama ni en mi mente.

La mujer que has visto esta mañana simplemente es trabajo. Sabes que con eso nunca juego. Lo de ayer fue una cena de negocios, y ni siquiera cenamos los dos solos, también estuvo su marido, pero tampoco me has dado tiempo a explicártelo.

Solo quería que lo supieras. No quiero que tengas una idea equivocada. No soy ningún hijo de puta.

Resuelto este punto, quiero que sepas que no voy a entorpecer tu

trabajo, y que no te llamaré al despacho a no ser que sea algo de importancia. Prometo respetar el trato, y no llamarte. Me va a costar horrores no escribirte para saber de ti. Y al contrario que tú, yo sí quiero verte en la oficina. Quiero encontrarme contigo, y recordarte que tú también te mueres por verme, pero prometo no hacerlo intencionadamente. El destino se ocupará de eso. Por último, quiero que sepas que respeto tu decisión, sé que soy la persona que te hace daño, y que soy yo el que complica las cosas, por eso no voy a hacer nada por intentar arreglarlo. Creo que tienes razón, solo puedo decirte que me importas más de lo que crees, pero lo que te dije lo mantengo; no puedo darte nada más que lo que hemos tenido. No estoy preparado para una relación. Lo siento. No soy la persona que buscas, y aunque me duela, espero que la encuentres y sepa hacerte feliz. Espero que no cambies el móvil por esto. Solo quería explicarme. Descansa y cuídate.

TRIANA_23:45

Tienes el poder para herirme, gracias. Gracias por hacerme sentir la peor mujer del mundo, por no hacer que un tío como tú, pueda quererme. Gracias. No puedo decirte nada más. Las explicaciones no valen de nada cuando no quieres nada conmigo. No tienes por qué excusarte. Yo también espero que encuentres a alguien que te haga creer en el amor, y darte cuenta de que a veces, las relaciones pueden salir bien, no hace falta pensárselo tanto. Simplemente arriesgarse. No siempre se gana, pero a veces, merece la pena intentarlo. Por mi parte nada más. Te agradecería que me dejaras dormir.

Lo mando. Espero un rato, pero no recibo respuesta, y la verdad, lo prefiero así.

Capítulo 5

Viernes. ¡Maldito viernes! Estoy desanimada. Hoy decido que no quiero ir a desayunar al bar, le digo a Alberto que voy tarde y que no tengo tiempo de desayunar, pero miento. No soy una buena compañía en este momento. Lo único que quiero es que termine esta semana de una maldita vez.

Intento meterme a tope en el trabajo, para no darle tregua a mi mente, pero a media mañana, me veo en la obligación de salir a tomar el aire. Se lo digo a Alberto. Él, prefiere no preguntar. Me enciendo un cigarro, y empiezo a llorar como si nadie pudiera verme. Estoy tan herida..., lo peor es que no puedo hablar con nadie. Tengo que seguir trabajando aquí. Ojalá y pudiera volver a casa.

Vuelvo dentro. Me limpio los ojos en el ascensor, y cuando miro, Diego entra. «*¡No puede ser verdad! Ahora no, por favor*».

Tengo suerte de que hay más gente. Sé que no me dirá nada.

—Buenos días. — dice.

—Buenos días. —Contestamos todos. Yo agacho la cabeza. No quiero que se dé cuenta de que he estado llorando. No quiero que piense que me escaqueo del trabajo y que no sé apartar las cosas.

Todo el mundo se baja del ascensor. Queda una planta para la mía. «*Por favor, que se abra el maldito ascensor ya...*». —*pienso*—.

Se acerca a mí, me coge la barbilla y me levanta la cabeza. —No vuelvas a llorar, por favor.

Contengo la respiración. Le miro a los ojos. Los tiene tan tristes, que por un momento me conmuevo.

—No te mereces estar así. ¡Soy un maldito hijo de puta! Perdóname, por favor. —me acaricia la cara.

Mientras que me toca, cierro los ojos. Sus caricias son tan reconfortantes. Por un instante me olvido de que es por él por quien estoy llorando.

Vuelvo a mirarlo y las puertas del ascensor se abren. Le acaricio la cara, y solo puedo decirle: —Estaré bien. —Salgo y las puertas vuelven a cerrarse.

«*¿Será que tengo que creer en el destino?*»

Vuelvo con Alberto. Solo me mira, y me pregunta si estoy bien. Asiento con la cabeza. Me sonrío. Me conoce y sabe que no tengo ganas de hablar.

La mañana pasa rápido, a pesar de que no he podido olvidar el encuentro del ascensor, y sus caricias. Me he controlado para no subir al despacho y abrazarle.

A las seis estoy fuera. Me esperan para tomar algo, pero les digo que me duele la cabeza y que necesito irme a casa. Cuando voy en el coche, suena mi teléfono. Es un número privado.

—¿Sí? ¿Hola? —contesto.

—Hola. —Es él.

—¿Por qué me llamas con número privado?

—Porque sé que si te llamo con mi número no me lo vas a coger, ¿me equivoco?

—Puede que lleves razón.

—¿Cómo estás?

—Me voy a casa. Me duele mucho la cabeza, y quiero descansar.

—Llevo todo el día pensando en nuestro encuentro en el ascensor. Se me parte el alma viéndote así.

—No te preocupes. Ni siquiera sé porque me he puesto así. Creo que me he agobiado, y he explotado. Espero que no me lo tomes en cuenta.

—Solo quiero que estés bien.

—Lo estaré. No te preocupes. Solo necesito un poco de tiempo.

—¿Te apetece que tomemos algo?

—Creo que no es una buena idea.

—¿Ni siquiera como amigos?

—¿Tú y yo amigos, Diego? Creo que no entiendes nada. Si vuelves a acariciarme como lo has hecho esta mañana, me derrumbaré, y no me separaré de ti jamás, aunque me lo pidas a gritos. Prefiero mantener la distancia. Es lo mejor para los dos. Pero gracias por la invitación.

—Me apetecía tanto abrazarte en el ascensor..., si la puerta no se hubiera abierto... hecho.

—Por suerte se abrió.

—¿Qué hacemos con esto, Triana?

—No hay nada que hacer. Intentar olvidar lo que ha pasado y seguir nuestro camino.

—Qué fría eres.

—¿Yo fría? Te lo olvidas de todo lo que te he dicho antes. Me voy a casa. Necesito descansar. Pasa un buen fin de semana.

—Tú también. Descansa.

«¡Qué difícil me va a resultar esto! Espero que empiece hacer lo que prometió. Si sigue llamándome, no voy a poder olvidarme de él».

Cuando llego, mi hermano está en casa. Al ver mi cara, no le gusta demasiado, nos ponemos hablar y le cuento todo

—Ese tío es un gilipollas. Tienes que olvidarte de él, hermanita. No sabe lo que se pierde. Venga vámonos por ahí.

—No, Dani. No estoy de humor. Solo quiero estar sola.

—No puede ser, Triana. Tienes que salir. No quiero volverte a ver como antes. Quiero que seas feliz, y si él no es tu felicidad, búscala por otra parte. Hay millones de tíos deseando estar con una mujer como tú.

—Dame un poco de tiempo. Ahora mismo, no tengo ganas de más historias.

—Está bien. Pero hazme caso, por favor. Valórate. Estoy seguro de que ahí fuera hay millones de hombres que estarían encantados de estar contigo.

—Intentaré estar mejor, te lo prometo. Tú vete, sal un rato. Yo hoy estoy demasiada cansada.

—Vale, hermanita. Si me necesitas llámame, ¿vale?

—¿Vendrás a dormir?

—Si no me surge ningún plan, aquí estaré. —Me da un beso y se marcha.

Sé que Dani tiene razón. Seguramente haya hombres que sí que quieran estar conmigo, aunque de momento, no estoy preparada para conocer a nadie.

Esa noche, recupero todo el sueño atrasado, aunque hasta las cinco lo hago en el sofá. Mi hermano me lleva a la cama, y duermo sin interrupciones hasta la mañana siguiente cuando alguien sube la persiana de mi habitación y me despierta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¡Vamos, hermanita, arriba! ¡Es la una! No son horas de estar en la cama. Voy a invitarte a comer.

—No, Dani. No tengo ganas de salir. Quiero seguir durmiendo.

—¡Déjate de historias, y levántate, por favor!

—¡Qué no quiero! —Me tapo la cabeza con la manta.

—No te preocupes. Traigo refuerzos. A ver si con eso te levantas.

—¿De qué hablas?

—Pasa. —dice mi hermano. Me quito la manta y miro.

—¡Sigues igual de dormilona que siempre! —Es Santi. ¡Está aquí!

—Pero ¿qué haces aquí?

—Tu hermano me ha invitado a comer, y no tenía nada mejor que hacer.

—¡Estáis locos! Dejarme dormir. —Me vuelvo a tapar con la manta.

—¡Vamos, Santi! —Los dos se acercan a mí.

—Pero ¿qué hacéis? —Me cogen en brazos. —O te duchas, o te duchamos nosotros. —dice mi hermano.

—Estáis mal de la cabeza.

—Te esperamos fuera. No tardes que tenemos hambre.

Al final, decido ducharme. Sé como se las gastan estos dos. Me arreglo rápidamente, y cuando salgo, lo primero que hago es abrazar a Santi. — Gracias por la visita. Lo necesitaba.

—Lo sé. Por eso estoy aquí, princesa. —me dice al oído. Abrazo a mi hermano también.

—¿Nos vamos? Os voy a llevar a un sitio que me llevaron hace poco. Os va a encantar.

—Pero ¿pagas tu no? —dice Santi.

—Sí. Eso sí, las copas de esta noche, las pagáis vosotros. —Los miro con cara de yo no salgo.

—¡Oye, y no hay excusas! Santi ha venido a verte. Tienes que salir a enseñarle Madrid.

—Sois unos pesados.

—En algo tendremos que parecernos.

Mi hermano nos lleva a un restaurante del centro, y tengo que decir que la comida es maravillosa, pero lo mejor de todo sin duda, es la compañía. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Necesitaba estos momentos. Por fin, después de muchos días, mi mente pasea por otros lados que no son Diego.

Por la tarde, Dani se marcha, y Santi y yo vamos al parque del Retiro. Después de una buena caminata, nos sentamos a charlar.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

—Tenía ganas de venir. Ya te dije que estaba de vacaciones.

—Sí, pero me dijiste que venías esta semana. No te ha dado tiempo ni a dormir. Dime la verdad.

—Anoche me llamo tu hermano, y me dejó muy preocupado. Sabes que siempre hemos sido buenos amigos. Él sabía que cogía vacaciones. Me dijo que si podía venir, que necesitabas salir y distraerte, que te veía mal. Así que, no pregunté, cogí un avión para las siete de la mañana y aquí estoy contigo, para que me cuentes, si quieres, que es lo que sucede. Por lo menos que lo intentes.

—Voy a matar a mi hermano.

—No, no te enfades con él. Estaba preocupado. Y yo te dije que vendría. No pensaba hacerlo tan precipitadamente, pero estoy aquí, es lo que cuenta.

—Gracias, de verdad. Después de todo lo que ha pasado en estos años, no creo que me lo merezca mucho.

—Te mereces esto y mucho más. Sé que tú también lo harías por mí.

—Ten claro que sí.

—Cuéntame.

—Es todo tan complicado...

—No tenemos prisa. Hasta dentro de quince días no tengo que volver al trabajo. — Se ríe.

—Creo que las dos veces que me he enamorado, ha sido una mierda. Y no tengo ninguna gana de volverlo hacer. No tengo suerte para nada, creo que nadie me va a querer nunca.

—No digas eso. Has tenido mala suerte. Has dado con dos gilipollas que no sabían lo que querían, o por lo menos hablo por mí. Te perdí por imbécil. Y me arrepentiré toda la vida.

Ahora dime que te ha hecho él.

—No quiere nada serio. Chocamos demasiado. Cuando estamos juntos, estamos genial. Me gusta demasiado, pero cuando los sentimientos no son recíprocos, siempre el que más quiere, es el que sufre.

—¿Le has dejado?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Me dejó él, volvió, luego yo. En fin..., es él quien no quiere hacer daño, y no quiere continuar con esto. Y yo quiero, pero no puedo.

—¿Y en qué punto estás ahora? ¿Le echas de menos?

—Demasiado. Tengo que verle casi todos los días.

—¿Por qué?

—Es mi jefe.

—¿Tu jefe, Triana? ¿Te has liado con tu jefe?

—Sí. Mi jefe, pero no es lo que piensas. No me lié con él porque lo fuera.

—¡Estás tonta! Jamás pensaría eso. Solo me sorprende.

—A mí también me sorprendió. No sé qué hacer, Santi. Estoy fastidiada. Harta de rechazos. Quizás, mi hermano tenga razón, y tengo que buscar la felicidad. Alguien tendrá que querer estar conmigo, ¿no? ¿O es que nunca voy a poder ser feliz?

—No digas tonterías, princesa. Esto solo ha sido una anécdota. No te

preocupes. Todo va a pasar, y si no quiere nada serio contigo, él será quien termine por sufrir.

Lo mejor que puedes hacer es salir, distraerte, y no pensar más en él. Sé que es muy difícil, pero por lo menos yo voy hacer que por unos días te olvides de todo eso.

—Gracias por los ánimos. ¿Hasta cuándo te quedas?

—o tengo billete de vuelta. Hasta que me echen de aquí.

—No pienso echarte. Tenemos mucho tiempo que recuperar.

—Eso es cierto.

—Bueno, ¿y tu novia?

—Yo ya no tengo de eso. Hace meses que lo dejamos. La cosa no funcionaba. Vivíamos juntos, y después de muchos años, creo que se acabó la magia, o quizás, es que la magia nunca existió, no lo sé.

—¿Y cómo está ella?

—Mal. Estuvo mucho tiempo detrás de mí. No paraba de llamarme, venía a casa de mis padres, me mandaba mensajes, iba al trabajo..., era horrible. Hasta que tuve una conversación con ella, y parece que las cosas van mejor. De vez en cuando, me sigue llamando o me manda mensajes, pero ya no es ese agobio de antes.

—¿Y tú estás bien?

—¿Yo? Estoy genial. Era lo que necesitaba, y lo que tenía que haber hace muchísimo tiempo, pero fui demasiado cobarde. Prefería estar yo jodido, a saber, que la podía causar daño a ella. No quería verla sufrir, y menos después de lo que te hice a ti.

—¿Y por qué la dejaste? ¿Por qué ahora?

—Porque ya no aguantaba más. No era feliz. Al final estoy solo como siempre te dije.

—¡Qué tonto! Estoy segura de que tienes millones de chicas detrás

—¡Bueno sí! ¿No las ves? No me dejan ni hablar contigo.

—¡Qué bobo eres!

—¿Qué te parece si nos vamos a casa y llamamos a mi hermano?

—Perfecto, porque me estoy quedando pajarito.

Vamos a casa y nos arreglamos para la cena. Una hora después, estamos todos listos.

—¡Estás muy guapa!

—Gracias. Tu tampoco estás nada mal.

—¡Vaya! ¿Es un cumplido?

—Sí. Eso creo. —me río.

Pasamos una noche increíble. Después de una cena perfecta, nos vamos a una discoteca. Allí, las cosas se nos van un poco de las manos, y acabamos bebiendo más de la cuenta.

A las ocho estamos en la churrería de *San Gines*. Cumpliendo con las tradiciones, con una Hemos bebido demasiado, menos mal que todos los trayectos los hemos hecho en taxi.

Cuando llegamos a casa, mi hermano decide irse a dormir.

—Chicos, os dejo. Necesito acostarme. Os quiero. —me da un beso en la mejilla.

—Vale, hermanito. Santi y yo nos quedamos en el sofá, nos miramos...

—Ha sido un día increíble, princesa.

—Para mí también. Has hecho que me olvide de toda esta semana.

—Me alegro de haber venido. Por lo menos, sé que, gracias a mí, estás mejor. —le cojo la cara. —Gracias por seguir siendo mi amigo, por cuidarme, y quererme. Gracias por estar aquí. —Me acerco a él y le beso en la boca, él me corresponde.

En un momento me aparta —Princesa, no quiero que pienses que no quiero que pase. Seguramente lo deseo más que tú, pero estás vulnerable, estás bebida, y dolida. No quiero que te arrepientas mañana de esto. Prefiero que si quieres que pase que estés consciente.

—¡Vaya, otro rechazo! No sé si podré recuperarme de esto. —río.

—¡Qué tonta! Vete a dormir, antes de que me arrepienta de lo que te acabo de decir, y no duermas sola esta noche. —Se ríe. Le doy un beso en la mejilla. —Gracias. Eres un amor. Te traeré una manta.

Voy a mi habitación y me tumbo. He estado a punto de cometer una locura. No sé si por el alcohol, o por la rabia acumulada de estos días...

Me he dado cuenta, de que Santi está aquí porque realmente le importo. Si hubiera sido otro, seguramente ahora estaría aquí intentando quitarme el sujetador y echándome un polvo. Me ha demostrado que puedo fiarme de él.

Me siento una estúpida. Cuando estaba besando a Santi, pensaba en sus labios. Desde que llegó Mario, he mantenido a Diego alejado de mi mente, pero ¿por cuánto tiempo?

En menos de una semana, he roto con las heridas del pasado, y he pasado de tener sexo con mi jefe, a estar enamorada de él.

Parece que en temas del amor, la suerte no me acompaña.

Acumulo fracasos, heridas, y dolor. ¿Todo eso curará algún día?

Me quedo dormida con ese pensamiento en mi cabeza.

A la mañana siguiente, cuando me levanto. Santi sigue dormido en el sofá. Está tan guapo como siempre.

Después de tantos años de dolor, me he dado cuenta de que no olvida quien quiere, sino quien puede.

Me he pasado la mitad de mi vida huyendo de los sentimientos, para al final, acabar en el mismo punto: enamorada de un hombre que no siente lo mismo por mí, que no puede llevar una relación, y que pone barreras a cualquier sentimiento que pueda surgir entre nosotros.

Ahora miro a Santi, y pienso en el error que cometemos de vivir con odio. Al final, ¿de qué vale? He pasado años encerrada en un sentimiento que lo único que ha hecho es hacerme sentir infeliz, lamentándome cada día. Si por lo menos, con ello hubiera solucionado algo, pero no, no fue así.

Me da por pensar en que pasaría si él y yo volviéramos a intentarlo, pero esa idea se me quita rápido de la cabeza. Eso no funcionaría, aunque hemos arreglado las cosas, creo que entre nosotros quedan muchas más explicaciones. Tantos años de sufrimiento, no se pueden borrar de un plumazo. Quisiera olvidarme de todo, pero todavía quedan muchas cosas por saber. Creo que, entre él y yo, nunca volverá a existir un nosotros.

Santi se despierta.

—Buenos días, princesa.

—Más bien, buenas tardes.

—Estaba muy cansado. ¿Y tú qué tal?

—Yo he dormido bien, pero me he levantado con dolor de cabeza.

—No me extraña con la que te agarraste ayer.

—Llevaba tiempo sin beber.—me río.

—Invítame a un café por lo menos, ¿no?

—¡Eso está hecho! Voy a despertar a mi hermano.

Nos pasamos todo el día dormitando. Una sola noche de juerga, y necesitamos tres días en la cama.

Mi hermano mañana se marcha a Sevilla. Preparamos una cena para los tres. Elena no ha aparecido en todo el fin de semana. Está en la sierra con Darío. Parece que a mi amiga sí le van bien las cosas del amor.

Esa noche, me quedo dormida en el sofá, entre los dos hombres que han sido tan importantes en mi vida.

Me despierta una conversación entre ellos, pero decido seguir dormida a ojos de ellos.

—¿Qué tal con mi hermana?

—Muy bien. Desde que hablamos allí, las cosas van mucho mejor. Parece que el tiempo no hubiera pasado, y que todo el daño que la hice se hubiera esfumado.

—¿Te ha contado lo de...?

—Sí. No ha profundizado demasiado, pero sí, ¡Valiente, cabrón! No entiendo como no puedo querer estar con ella, tío. Si yo tuviera la posibilidad jamás me lo pensaría.

—¿Por qué no lo intentas?

—No quiero que piense que solo busco eso.

—Creo que ahora que estáis bien, las cosas podrían funcionar.

—Puede ser, pero creo que ella necesita más tiempo, y ese tío la tiene nublada la mente. Creo que no tengo ninguna oportunidad con ella.

—Creo que deberías de intentarlo.

—Ganas no me faltan, amigo, pero ya se verá. —decido moverme y refunfuñar para que sepan que puedo despertarme. Santi me acaricia la pierna.

—Princesa, vete a la cama. Mañana tienes que madrugar.

—Un ratito más.

—No seas perezosa.

—Buenas noches, chicos. —digo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, hermanita.

Me voy a la habitación, pero antes de quedarme dormida, no puedo dejar de pensar en las palabras de Santi. ¿De verdad ha cambiado? Lástima que, en este momento, mi mente tenga dueño. Diego no solo ocupa mi mente, también mi corazón. No creo que deje espacio para nadie más.

Capítulo 6

Otro lunes más. Ducha, maquillaje, peinado... ¡maldita rutina!

Cuando salgo, mi hermano está despierto, y Santi está dormido en el sofá.

—Buenos días, hermanita, ¿café?

—Sí, por favor. —me siento con él en la cocina.

—¿Qué tal estás? ¿Puedo irme sin miedo?

—Claro, tonto. Estoy mejor. Se me pasará, o eso espero.

—Claro que sí. No seas tonta, y no pienses tanto. Creo que deberías de mirar a tu alrededor y darte cuentas de las cosas.

Miro a Santi. Sé que lo dice por él.

—Quizás, sea el momento de darle una oportunidad.

—No lo sé, Dani. No quiero volver a precipitarme. No estoy preparada para una relación, ni quiero hacer daño a nadie. Necesito estar sola.

—No creo que quieras estar sola. No te digo que te cases con él, solo que aproveches que está aquí para darte cuenta de si las cosas podrían funcionar.

—¿Cómo van a funcionar viviendo separados?

—No creo que eso sea lo más importante. Yo lo único que sé, es que ha venido a estar contigo, y que deberías de pensarlo. Estás pendiente de un tío que pasa de ti, que no quiere nada contigo, y tienes en tus morros a uno que se desvive por ti. Solo digo eso.

—Sé que tienes razón. Estoy saturada. Ojalá y las cosas hubieran surgido de otra manera.

—Han pasado así y ya está.

—Hermanito, tengo que irme a trabajar. —le abrazo. —Pásalo muy bien en Sevilla. ¿Volverás pronto?

—El sábado estoy aquí, y el lunes me vuelvo a casa. Necesito estar con papá también.

—Aquí te espero. Llámame, por favor.

—Por supuesto, hermanita

Cojo el coche y me voy a trabajar dándole mil vueltas a la cabeza. Llego un poco justa y subo directamente a la oficina. Me pongo a trabajar enseguida. Alberto no llega. Estoy preocupada. Él nunca llega tarde. Decido llamarle.

—¿Qué pasa *principessa*? ¿Dónde estás?

—Hola. Estoy malo. Tengo treinta y nueve de fiebre. No puedo ni moverme. Empecé ayer y estoy fatal.

—¿Por qué no me has llamado?

—No quería molestarte.

—Eres tonto. No te preocupes. Cuando salga de aquí, me paso a verte. Si necesitas algo, llámame.

—Gracias, reina. —Cuelgo y me pongo a trabajar. Sé de una que hoy no sale a comer. Sola ante el peligro. Con un montón de trabajo, y lunes. Empieza estupendamente la semana. ¡Me encanta!

No despego la vista del ordenador, ni de todos los papeles que tengo encima de la mesa. Tengo una llamada.

—¿Sí?

—Señorita Méndez. Me acabo de enterar de que su compañero no ha venido hoy. ¿Necesita algo? —Es él. Ha vuelto a hacerlo. Me está llamando, y lo mejor es que no puedo decirle nada porque me está hablando de trabajo.

—Está todo controlado. La mañana está superada casi. No necesito nada, gracias por la preocupación.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto. Espero poder terminar antes de irme.

—No me refiero al trabajo.

—Creía que era de lo único que íbamos a hablar a partir de ahora.

—Está bien. Adiós Triana. — *«¡No me lo puedo creer! ¿Va a colgarme?»*.

—Me alegro de que se preocupe tanto por sus empleados. Se entrega usted mucho en su trabajo. Sobre todo, en lo que respecta a las mujeres. Que pase buen día señor. —Cuelgo. *«¡Punto para Triana! ¿Qué se ha creído? ¿Qué puede llamarme cuando quiera, y luego ponerse chulo? No, conmigo ya no. Lo siento»*.

No vuelve a llamarme. Hoy no salgo a comer, me compro un sándwich, y paro un poco a descansar para hacer llamadas. Llamo primero a papá, que por suerte está cada día mejor, después llamo a Santi, el pobre está solo en casa, dice que ha llegado Elena y que se ha asustado al verle ahí. ¡Se me olvidó decirle que Santi estaba en casa! Le digo que quiero ir a ver a un amigo cuando salga del trabajo, pero que no tardaré demasiado que cuando termine le recojo y vamos a cenar por ahí. Estoy cansada, pero no es justo que se pase todo el día encerrado.

El día acaba, y en la calle está diluviando. Salgo deprisa a coger el

coche, meto la llave, pero no quiere arrancar. «¡Mierda! ¡Justo hoy que llueve a mares! Salgo del coche abro el capó. No sé ni para qué, no tengo ni idea de mecánica, pero bueno esto es lo que hacen en las películas.

Vuelvo a entrar en el coche. Pienso a quién llamar. Elena está trabajando, Alberto malo, mi hermano en Sevilla, y mis compañeros de trabajo en su casa. Solo se me ocurre llamar a Santi.

—Hola. —responde.

—Hola.

¿Qué pasa?

—Necesito que me hagas un favor.

—Sí, dime, ¿qué ocurre?

—Me he quedado tirada con el coche. No sé qué le pasa. No quiere arrancar. Llueve muchísimo y no sé a quién llamar.

—Tranquila. Voy para allá. Cojo un taxi. Mándame la dirección por WhatsApp. Enseguida estoy ahí.

—Gracias.

Cuelgo y le mando la dirección. El coche se está empañando, yo calada hasta los huesos, sin calefacción. ¡Día redondo hoy!

Alguien me toca la ventanilla y me asusto. No se ve nada. Abro y Diego se sube en el coche.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces empapada y aquí metida?

—El coche no quiere arrancar.

—¡Joder, nena, estás congelada!

—Lo sé, pero no podía moverme de aquí. No sabía a quién llamar.

—¿Por qué no me has avisado?

—No tengo porqué hacerlo.

—Abre el capó.

—¿Qué vas a hacer?

—Abre el capó te he dicho. —Se quita el abrigo y sale. Se está empapando. Vuelve a entrar en el coche.

—Vas a tener que dejar el coche aquí. Tiene pinta de ser la bomba. Puede que no le llegue suficiente gasolina.

—¡Mierda! ¿Y cómo vengo mañana a trabajar?

—Yo puedo recogerte.

—No. ¿Cómo vas a recogerme? ¿Estás loco?

—No veo nada de malo.

—Yo sí. Todo.

—¡Vamos! Te llevo a casa.

—No Diego.

—No seas boba. Es solo llevarte a casa. Si no quieres hablar no tengo problema, pero déjame llevarte y saber que te has quedado bien.

—No es eso. Estoy... bueno estoy... esperando a alguien. De hecho, creo que ya ha llegado —Santi se acerca al coche.

—¡Vaya! No sabía que él estaba aquí.

—Lo siento.

—No te preocupes. Me voy. Creo que no pinto nada aquí.

—Diego, espera.

—No te preocupes. No tienes que darme ninguna explicación.

—Lo sé, pero no es lo que crees.

—Está todo claro. No te preocupes. —Coge su abrigo y sale del coche. Le tiende la mano a Santi y se marcha. Yo salgo del coche.

—¿Qué pasa princesa? ¿Estás bien? ¡Estás empapada!

—Sí. Tengo mucho frío.

—Toma mi chaqueta.

—¡Te vas a quedar helado!

—Prefiero eso, a que tú cojas una pulmonía. —Coge la chaqueta, me la pone a mí y vamos hacia el taxi.

—Gracias por venir. No sabía a quién llamar.

No te preocupes. ¿También le has llamado a él?

—No. Me vio y me miro el coche para ver qué pasaba, pero nada más.

—Te ha vuelto a cambiar la cara otra vez.

—Sí. No lo esperaba.

—¿Estás bien?

—Sí. Creo que sí. Aunque, estoy empapada.

Mientras que vamos para casa, no paro de pensar en cómo se ha quedado Diego. Tengo la terrible necesidad de darle una explicación, cuando en realidad, no tengo por qué. Por fin llegamos a casa.

—Me voy a cambiar y a darme una ducha caliente. Estoy helada.

—Vale, princesa. Yo voy a ver que encuentro por aquí y hago la cena. — me meto en la habitación, me quito toda la ropa.

Sigo dándole vueltas a las cosas. Me meto en la ducha, y decido mandar un mensaje. No puedo estar así.

TRIANA_21:00

Hola. Siento la situación de hace un rato. No te esperaba, y tampoco quería hacerte daño. No quiero justificarme, pero no es lo que piensas. Solo ha venido a pasar unos días de vacaciones, nada más. No tengo nada con él. Siento si te has sentido mal.

Espero un rato, pero no contesta. Vuelvo al salón con Santi.

Elena ha llegado. Cenamos los tres, nos reímos, y lo pasamos bien. De repente, recuerdo que no he llamado a Alberto, y decido irme a la habitación para hacerlo.

—Hola. Siento no haberte llamado, pero no te vas a creer lo que me ha pasado. ¿Cómo estás?

—Hola, ¿qué te ha pasado? Yo sigo con fiebre y sin ganas de nada. Menos mal que mamá me cuida muy bien.

Recupérate y no tengas prisa por venir, que ya te conozco. Mi pequeño chiquitín se ha estropeado. No sé qué le pasa, pero no ha querido arrancar. Mañana se lo lleva la grúa al taller y estoy sin coche. Estoy de bajón.

—¿Y eso? ¿Cómo vas a ir a trabajar?

—No sé si Elena podrá dejarme el coche. De no ser así, tendré que cogerme un bus porque mi hermano tampoco está.

—Si necesitas mi coche puedes cogerlo, ya lo sabes.

—¡Estás loco! ¿Cómo voy a coger tu coche?

—¡No seas tonta! Si lo necesitas sabes que está ahí.

—De momento, puedo arreglármelas. Esperaré para saber que dice el del taller. Recupérate, *principesso*. En cuanto pueda, me paso a verte. Un beso. — Cuelgo y miro el móvil.

Ni un mensaje de Diego, ni nada. Decido volver a escribirle.

TRIANA_23:00

Sigues siendo un gilipollas. No vas a cambiar nunca. Buenas noches.

Vuelvo al salón, y esa noche, de nuevo, vuelvo a quedarme dormida en el sofá. Siento que alguien me arropa.

A la mañana siguiente, me voy con Elena al trabajo, pero cuando salimos del portal, veo un Audi «*¡No puede ser! ¡Es Diego!*».

Baja la ventanilla.

—Ven, sube.

—No, Diego. Me lleva Elena a trabajar.

—Seguro que tu amiga tiene otras cosas que hacer. —miro a Elena.

—No te preocupes. Voy con él.

—¿Estás segura? No me importa llevarte.
—Sí, de verdad. No te preocupes.
—Ten cuidado, y no te dejes liar querida.
—Vale. No te preocupes. Luego te llamo. —me subo al coche.
—No me parece normal que aparezcas aquí.
—¿Qué pasa? ¿Te preocupa lo que diga tu novio?
—No te pega nada estar celoso. Y no es mi novio, es solo mi amigo.
¿Solo has venido a decirme eso?
—No, no estoy celoso. Y no creo que solo sea tu amigo.
—¿A qué has venido? ¿A hablarme así? Porque puedo bajarme en este momento.
No. He venido a recogerte. Nada más.
—Estupendo.
—¿Estás enfadada?
—¿Tu qué crees? Te mando un mensaje ayer, ni siquiera contestas y hoy apareces aquí para reprocharme cosas.
—No sabía que tenía que contestar a que me llamaras gilipollas.
—Lo siento, pero antes de eso, también te mandé otro y tampoco contestaste. Eres muy injusto conmigo y ni siquiera sé por qué.
—¿Injusto? ¿Por qué?
—Porque decidiste no escucharme y creer lo que no era. ¿Qué es lo que te preocupa?
—¿A mí? No me preocupa nada. Te pedí sinceridad.
—Y te la he dado, pero, ¿tengo que recordarte que fuiste tú quién decidí que ya no quería nada más conmigo? Siempre he sido sincero.
—Cuando alguien me aparta de su vida, no creo que tenga que darle muchas explicaciones, ¿no?
—Yo no te he apartado de ningún lado.
—Es imposible hablar contigo. — me cruzo de brazos y miro por la ventana. Oigo que se ríe.
—¡No te rías! —le digo.
—¡Vaya! Te haces la indignada y encima te ríes.
—Indignada no, perdona, enfadada.
—De todas formas, creo que no lo estas tanto.
—Sabrás tú lo enfadada que estoy yo. —Me mira y me sonrío.
—¡Ves! —Le sonrió y me entra la risa tonta.
—Eres un gilipollas!

—Gracias, señorita. Es usted toda amabilidad. Sabes que no quieres estar enfadada conmigo.

—No me gusta estar enfadada con nadie.

—¿Entonces? —me callo.

—¿Qué tal tu amigo?

—Bien.

—¿Y dónde se está quedando? —Le miro. «¡Será cotilla!». —Pienso—.

—En mi casa. Ha venido a verme. ¿Dónde quieres que se quede?

—¿En tu casa? —La cara se le cambia por completo. Vuelve a ponerse serio y me mira fijamente.

—Sí, Diego, en mi casa. Es mi amigo.

—¿Un amigo? Yo más bien le llamaría *ex*, no amigo.

—Llámale como tú quieras, pero ¿por qué no preguntas directamente lo que quieres saber?

—Contéstame tú lo que quiero saber.

—No dormimos juntos, si es lo que tanto te interesa.

—¿No ha pasado nada entre vosotros? —Le miro y me devuelve la mirada.

—Recuerda. Nunca me mientes.

—No sé qué contestarte a eso.

—Es muy fácil. Sí o no. No es tan complicado.

—Nada importante, Diego.

—Nada importante? ¡Qué significa eso exactamente?

—¡Joder, Diego! ¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio? ¡No me jodas! —Me mira. —Solo quiero una respuesta. Nada más.

—Pues... sí. Ha pasado algo. —Se coge el pelo, y su expresión cambia de enfadado a furioso.

—Solo ha sido un beso. Nada más. Estaba borracha. No significo nada para mí. Estaba furiosa contigo.

—Entonces, ¿si vuelves a beber puede ser que te acuestes con él?

—¿Qué estás diciendo Diego? No digas tonterías, por favor. —Se queda callado.

—Di algo, por favor.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé, lo que sientas, lo que piensas. Algo.

—Eras tú la que decía que entre tú y él no pasaría nada, y ha pasado.

—Solo ha sido un beso, nada más.

—Ya. Pero a ha sido un beso. Me dijiste que nada.

—Mira, no quiero ser brusca, pero no tengo que darte explicaciones de nada. Tú y yo no tenemos nada. No es asunto tuyo con quien me beso, o a quien meto en mi cama.

—Tienes razón. —Lo que queda de camino, vamos callados. Creo que nuestra relación acaba de dar cien pasos para atrás. Esto ya no tiene solución, pero estoy cansada de que quiera disponer de mí cuando él quiere. Las cosas no son así. Él me dejó libre.

Llegamos a la oficina y le pido que me deje en la puerta. —Te subo por el *parking*. —me dice.

—No, déjame aquí. Quiero fumarme un cigarro. Lo necesito.

—Está bien. —Me abre.

—Supongo que ya no tenemos nada más que hablar. —le digo.

—No. Ya está todo dicho.

—¡Eres un maldito estúpido! Algún día aprenderás que no puedes manejar a la gente a tu antojo. Tarde o temprano, te harán el daño que tú haces a la gente. —Cierro la puerta y me voy.

Me fumo un cigarro, y voy a trabajar.

La mañana pasa rápido. A mediodía, José el del taller, viene a por mi coche, me dice que en cuanto que sepa algo me avisa.

Aprovecho para comer con Elena, después del plantón de esta mañana, se lo debo.

Le cuento todo lo que ha ocurrido en el coche esta mañana.

—¡Ese tío está loco por ti! ¡No sé cuándo lo vas a ver! —me dice Elena.

—¿Loco por mí? ¡No sabes lo que dices! Ese no sabe ni lo quiere. Solo me busca porque sabe que ahora no me puede tener.

—¡Anda, tía, por favor! ¡Espabila! Date cuenta de lo que pasa a tu alrededor.

—No tengo que darme cuenta de nada. Estoy cansada de luchar por cosas que nunca salen. Yo pensé que las cosas podían funcionar con él, pero me equivoqué.

—Creo que deberías de tener una conversación seria con él y decirle que quiere en realidad. También tienes a tu amigo en casa, ¿qué pasa con Santi?

—No pasa nada. El otro día nos besamos, ya te lo he dicho, pero no hemos hablado de eso más. Tampoco he tenido mucho tiempo desde entonces.

—¿Y sigues sintiendo algo por él?

—Quien ocupa mi corazón ahora es Diego, y creo que me va a costar

mucho sacármelo de ahí.

—Amiga, un clavo saca a otro clavo.

—Ya, pero no quiero sacar a uno y meter a otro a la fuerza. Solo quiero estar bien. No quiero precipitar nada.

—Mira, yo hablaba con Diego, y si él no se decide, intentaba algo con Santi. Si sale mal, ha salido. Pero no podrás decir que no lo has intentado.

En el fondo yo también pienso como ella.

Quizás, debería de darle una oportunidad a Santi. Él se está portando muy bien conmigo hasta ahora, pero... siempre hay existe un, pero.

El día termina, y como sigo sin coche, tengo que pedir un taxi. Cuando estoy esperándolo, aparece Diego. Baja la ventanilla.

—¿Quieres que te lleve? —Pregunta. Parece ser que no ha tenido suficiente con lo de esta mañana.

—No, gracias. Estoy esperando un taxi.

—Sube.

—No voy a subir, Diego. Prefiero esperar al taxi.

—No seas tonta, sube.

Al final no sé por qué, pero subo al coche. Me subo, y miro por la ventana.

—¿Qué tal el día? —me pregunta. Parece que ahora está de buen humor. Veremos cuanto le dura.

—Bien. Como siempre. Algo cansada, ¿y tú?

—Con mucho trabajo y dándole vueltas a la cabeza.

—¿A qué?

—Al beso de tu amigo.

—No tengo ganas de volver a discutir, Diego.

—Yo tampoco quiero discutir.

—No tengo la culpa de que tú no quieras nada conmigo. Yo estaba dispuesta a intentarlo, pero claro, ¿qué hace una chica como yo, contigo, que tienes el mundo a tus pies?

—¡No digas tonterías! No soy esa clase de persona. Me gustas como eres, porque aun teniendo dinero, has decidido vivir tu propia vida, y eso te honra.

—Me honre o no, no soy la mujer para ti.

—No se trata de eso, y lo sabes. Todo es mucho más complicado de lo que crees.

—¿Y por qué no me lo explicas?

—Porque no quiero hablar del tema.

—Entonces, Diego, déjame. Permíteme que siga con mi vida, que si quiero empezar algo con alguien lo haga. Sin miedo a pensar que me estoy equivocando, o pensar en que pensarás tú. Déjame vivir. Me lo merezco.

Yo quise seguir y tú cogiste otro camino. Eres tú quien no puede darme lo que yo necesito. Creo que lo mejor es que cada uno siga su camino. Intentaré que nos llevemos bien, que tengamos buen rollo, porque no dejas de ser mi jefe, pero, sobre todo, porque te tengo mucho cariño. No me gustaría acabar mal contigo.

—Está bien. Quizás, tengas razón y tengo que dejarte en paz. Perdóname. Espero que de verdad seas feliz con ese chico, porque te lo mereces. —Estoy a punto de llorar, pero me contengo. Miro a Diego.

—Gracias. No sé si lo seré, pero tengo derecho a equivocarme. Gracias por traerme a casa. —le doy un beso en la mejilla. Me coge la cara, y me mira con una mirada tan tierna...

—Soy un gilipollas por dejarte escapar, ¿verdad?

—Creo que sí, pero eres tú quien decide. No te tortures. Seguramente lo nuestro nunca hubiera funcionado.

—¿Tú crees?

—No sé, Diego. Tengo que irme. Gracias por traerme. Descansa. —Salgo del coche, y sus palabras quedan resonando en mi cabeza. «*Soy un gilipollas por dejarte escapar, ¿verdad?*».

Y claro que lo es, pero yo no puedo obligar a nadie a estar conmigo. Subo a casa, y Santi está en el salón. —¿Qué pasa, princesa? ¿Qué tal el día?

—Bien, ¿y tú? Aburrido, ¿no?

—Sí, un poco. He salido a pasear un rato, y he tomado café. Tu hermano viene mañana. Espero que me saque a conocer esto un poco.

—Siento no poder hacerte todo el caso que te mereces. Llego agotada del curro, y cuando me doy cuenta, me tengo que acostar para volver a madrugar al día siguiente.

—No te preocupes, cariño, lo sé. Sé que no puedes estar pendiente de mí. ¿Qué te pasa? Tienes mala cara

—De todo. Mi vida es tan complicada...

—A ver, cuéntame por qué.

—Porque las cosas siempre se tuercen. No sé qué hacer con mi vida sentimental.

—¿Otra vez ese hombre?

—Sí, y no. Ni come ni deja. Necesito a alguien que me quiera de verdad. Tengo esa necesidad. Me he pasado tantos años pasando de los tíos, y usándolos como trapos, que ha llegado el momento en el que necesito sentirme querida. Por lo menos, saber que alguien si puede quererme.

—¡Qué tonterías! Claro que pueden quererte, y estoy seguro de que ese hombre también, pero está acojonado y no sabe valorar lo que tiene.

—Te voy a ser sincera Santi. Estoy muy enganchada a él, pero también sé que tengo que olvidarle. No es para mí. No quiero seguir sufriendo. Se me ha pasado por la cabeza tener algo contigo, pero tengo miedo de no olvidarle, de que las cosas entre nosotros no salgan bien, y hacernos daño los dos.

—Relájate. Yo sé que estás pillada por ese tío, y también sé que yo soy ese clavo que puede sacar al otro. También te digo que puedes utilizar a este clavo, y que, si no logras sacarlo, no pienso echarte nada en cara. Pienso poner todo de mi parte para hacerte feliz. Te daré el tiempo que necesites. Solo quiero que seas feliz. Por mi parte, no hay ningún problema en intentarlo. Ni tú, ni yo, podemos saber si saldrá bien, pero desde luego, podemos intentarlo, ¿no?

—Sí, pero tengo tanto miedo. No quiero engañarte.

—No me engañas. Yo sé lo que hay. Sé que tengo mucho camino que recorrer, pero también sé que muchas personas empezaron así, y yo tengo algo bueno, te conozco desde hace muchos años. Ya hemos estado enamorados, y ya sabemos lo que es sufrir.

Tengo la mitad del camino hecho. No quiero presionarte. Vamos a dejar que las cosas vayan despacio. Sin prisas. Sin ponerle nombre a nada. Simplemente disfrutar de los momentos, nada más.

Hablar con Santi siempre resulta reconfortante. Siempre tiene la solución para todo, y es tan claro, que a veces, hasta me sorprende, pero estoy contenta. Quizás sea el momento. Ahora o nunca.

Esa noche, se convierte en una reflexión.

Me meto en la cama, y pienso en qué hacer con mi vida. ¿Intento algo con Mario? Cuando él está aquí, me siento bien. Me da tranquilidad, y eso me encanta. Es lo que necesito, pero Diego me atormenta. No quiero utilizarle para olvidarle. Y no solo eso, es nuestro pasado. No sé si seré capaz de olvidar todo eso.

Esa semana, pasa muy rápido. El transporte público se ha convertido en mi aliado. Mi hermano ha vuelto a casa, y gracias a eso, Santi no está tan aburrido.

El viernes, todavía me guardaba un regalo. La semana no podía acabar tan bien.

Santi y mi hermano, vienen a recogerme al trabajo y nos tomamos algo con mis compañeros. Cuando salimos, nos cruzamos con Diego. Mi hermano se para a saludarle amablemente. Se preguntan qué tal, Diego dice que se va para casa, y mi hermano le invita a cenar con nosotros. Él me mira, y dice que no cree que sea buena idea.

—Anímate, anda. No seas tonto. Vamos a ir los cuatro y luego tomaremos una copa. —dice mi hermano.

—Está bien.

—Luego que te concrete Triana la hora. —Cuando vamos al coche, discuto con mi hermano, y le digo que por qué le ha invitado.

—A mí me cae bien. No me ha hecho nada. ¿No puedes salir con él a cenar? Es un buen tío.

—¡Estupendo! Me putea y encima tú le aplaudes.

—Eres imposible, hermanita.

—Además, ¿no has pensado en Santi? No creo que se sienta cómodo.

—No os preocupéis. Por mí, no hay problema. —Me voy enfadada a mi habitación. No es el momento para este tipo de invitaciones. Miro el móvil, tengo un mensaje.

GRUÑÓN_20:30

Siento que tu hermano me haya invitado a cenar. He pensado que lo mejor es que no vaya. No te preocupes, no quiero incomodarte. Discúlpame con tu hermano.

«Tiene el poder de hacerme sentir mal». —Pienso—.

TRIANA_20:33

Puedes venir. No hay problema. Él te ha invitado, no te preocupes. No es una situación muy cómoda para ninguno, pero tranquilo, no te voy a poner cara de seta.

GRUÑÓN_20:34

¿Quieres que vaya?

TRIANA_20:35

Ya te he dicho que no me importa.

GRUÑÓN_20:37

Dime dónde quedamos, y la hora .

TRIANA_20:37

No sé muy bien dónde iremos. Quedamos en mi casa a las diez, ¿ok?

GRUÑÓN_20:38

Ok. Hasta luego, nena.

Me arreglo, y conforme pasa el tiempo, me siento más tensa. Esta situación me parece inquietante.

A las nueve y medio estoy lista. He optado por un pantalón negro, camisa, americana, y extensiones con coleta alta. Cuando salgo mi hermano y Santi me piropean, incluso me sacan los colores.

—¿Y esta mujer tan espectacular? ¡Madre mía!

—Gracias, gracias.

—¿Nos tomamos un vinito? —dice mi hermano.

—Venga sí. —dice Santi. —Nos tomamos una copa y nos echamos unas risas.

A las diez, recibo un mensaje.

GRUÑÓN_22:00

Ya estoy aquí abajo.

No puedo negar que estoy muy nerviosa. Santi me lo nota.

—Mi niña, tranquila. Vamos a pasarlo muy bien, estoy seguro. Sé tú misma y haz lo que quieras.

—Estoy un poco nerviosa. Es una situación un poco rara. No sé cómo actuar.

—No te preocupes, ¿vale?

—Voy a llamar a papá, Dani. ¿Me dais un segundo? Hoy no he podido hablar con él.

Después de hablar con él, me olvido un poco de mi miedo. Bajamos. Diego, está fuera en el coche esperándonos.

—Hola. —Se dan la mano, y yo me acerco. Le doy los besos. «*Huele tan bien...*».

—Estás preciosa. —sonrío. —Gracias.

—¿Qué os parece, si vamos todos en mi coche? —dice Diego.

—Perfecto. —dice mi hermano.

El trayecto en el coche es animado. Parece que entre los tres se llevan bien, y yo estoy algo más relajada.

La cena al final va bien. Yo le cojo gustillo al vino, aunque sigo nerviosa. Que Diego no pare de mirarme no facilita mucho las cosas.

Él está de lo más animado y gracioso.

Después de tomarnos una copa, decidimos ir a un local para seguir. Me fumo un cigarro y Diego me saca conversación.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás pasando la noche?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Tu amigo es muy majo. Y tu hermano ya sabes que me cae muy bien, pero a ti

no te veo muy cómoda.

—No lo estoy, Diego.

—No te preocupes. Sé que es por mí que estas cortada con tu amigo. Muéstrate como eres. No te preocupes.

—No. Estoy cortada porque no sé cómo comportarme contigo.

—Creo que debería de marcharme para que os fuerais tranquilos. —Le cojo la mano. —No te vayas. No quiero que lo hagas. —Creo que el vinillo me está soltando. Él me devuelve una caricia en la mano.

Suelto la mano rápidamente. Me pone nerviosa, y no aguanto demasiado sus caricias. Puedo perder el control fácilmente.

—Te echo de menos. —me dice en voz baja. —Yo le miro, y me reprimo las enormes ganas de besarle. No sé si es por el vino, o porque necesito sincerarme, pero le digo que yo también. Él me sonrío, y me acaricia la cara. El momento se termina, se acercan mi hermano y Santi.

—¡Chicos, vámonos!

—Yo os voy a dejar. —dice Diego.

—No, no. De eso nada. Nos vamos todos. Cogemos un taxi para que te puedas tomar una copa.

—No, de verdad.

—Diego, no me hagas ese feo. —dice Dani.

—Está bien, pero solo un rato. —nos montamos todos en el taxi.

Yo no dejo de pensar en su «*te echo de menos*». Si él supiera cuanto le echo yo a él..., pero de nada vale, si no podemos estar juntos.

Él no quiere nada serio, y yo estoy cansada de dar bandazos. Necesito algo de estabilidad. Además, le dije a Santi que lo intentaría.

Cuando llegamos al local, nos pedimos una copa, y charlamos en una mesa.

Al rato, me acerco a la barra y me tomo otra copa. Necesito que mi mente deje de pensar. El camarero nos invita a unos chupitos y todos brindamos.

De pronto, Santi me saca a la pista, y nos ponemos a bailar. Me acaricia y me abraza, y yo me siento la peor persona del mundo. Porque, aunque le hubiera dado celos a Diego con él, después de sus palabras y su caricia tan tierna, todo ha cambiado. Yo intento separarme de él, y le digo:

—Dame tiempo, ¿vale? Tengo la cabeza echa un lio.
—Sabes que te daré el tiempo que necesites, reina. —le abrazo y le digo al oído. —Gracias por estar siempre ahí. Eres el mejor.
Cuando vamos a la barra, veo a mi hermano solo.
—¿Y Diego? —mi hermano me mira.
—Creo que tienes un problema hermanita.
—Se ha ido?
—Sí.
—¡Joder! —Miro a Santi.
—Deberías de ir a buscarle. —dice él.
—¿Estás seguro?
—Creo que tenéis algo pendiente. Y si de verdad quiero que estés conmigo, quiero que estés segura, y que resuelvas todo con él.
—Gracias. —Salgo corriendo del bar. Le veo a lo lejos andando. Le chillo, pero una de dos, o no me oye o directamente está ignorándome. Le llamo al móvil y tampoco me lo coge. Le mando un WhatsApp.

TRIANA_03:30

¿Puedes dejar de correr y pararte? Estoy detrás de ti. Quiero hablar contigo.

De repente veo que se para, y segundos más tarde, consigo alcanzarle.
—¡Vaya! Gracias por parar. Creía que llegaría a tu casa andando. —me mira con semblante serio.
—Dime, ¿qué te pasa? ¿Por qué te has ido?
—Creo que es evidente que no estaba pintando nada ahí. Parecías muy ocupada.
—No es lo que piensas.
—Nunca es lo que pienso, pero resulta que tampoco era lo que pensaba y te besaste con él.
—Eso ha sido un golpe bajo.
—No tan bajo como el tuyo, que tengo que ver cómo te acaricias con otro hombre.
Si lo que querías era vengarte. ¡Enhorabuena! Date por satisfecha. Lo has hecho realmente bien.
—¿De verdad piensas eso de mí?
—No lo pienso. Es lo que he visto.
—Te estás equivocando. Solo estaba hablando con él. —No dice nada.
—Ves. Esto es lo que me fastidia de ti. Das un paso para delante y

ochenta para atrás. Lo siento mucho pero no puedo seguirte el ritmo Diego. No puedo. No sé qué quieres de mí. Si hacerme sufrir, si quererme... solo necesito la verdad, y si no quieres nada conmigo, déjame marchar por favor.

—Creo que he sido sincero desde el primer momento contigo. No sé por qué no consigues entenderme.

—Claro que no te entiendo. ¿Cómo voy a entender ese miedo tuyo al compromiso? Ni siquiera al compromiso, simplemente a estar Juntos como una pareja normal.

No significa que tengamos que casarnos, ni nada por el estilo. Yo también era como tú, no quería nada serio, hasta que me di cuenta de que eso es algo que no se puede controlar, que cuando aparece esa persona, simplemente sabes que ha llegado el momento. El momento de saltar, o quedarte ahí para siempre. A lo mejor la equivocada soy yo.

Quizás, yo no soy esa persona que te haga saltar. Soy una completa gilipollas.

—Nada tiene que ver contigo.

—¡No me vengas con tonterías, Diego! ¡Claro que tiene que ver conmigo! Si de verdad yo fuera la mujer para ti, y por la que sientes algo, lo intentarías. Lo arriesgarías todo. ¿Qué pasa? Soy poca cosa para ti, ¿verdad? ¿Es eso? — Mis ojos se humedecen.

—No digas eso, Triana.

—Debo de ser tonta por creer que un hombre como tú, podría llegar a sentir algo por mí. No sé en qué estaba pensando. —Me coge la cara.

—No digas eso, nunca más. Eres una mujer increíble, y yo un gilipollas probablemente, por dejarte escapar.

—¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil?

—Aunque te lo explicara, jamás lo entenderías.

—Quizás sí. — Visto que la conversación no llega a ningún sitio, decido irme.

—Lo siento, Diego. Siento que las cosas no puedan ser diferentes. Siento estar tan equivocada, y querer tener algo más serio contigo porque te quiero. No volveré a molestarte nunca.

—¿Te vas?

—Sí. No tengo nada más que decir, y parece que entre nosotros esta todo mucho más claro.

—Quizás, sea mejor que te vayas con tu amigo.

—Sí. Será lo mejor. Por lo menos, sé que él me quiere, y que no tiene

miedo de arriesgar por mí. Buenas noches, Diego. —No le dejo contestar, y cojo el camino de nuevo hacia el bar.

Cuando llego, mi hermano y Santi, están en la pista hablando con unas chicas, cuando me ven, Santi se acerca.

—¿Cómo ha ido, reina? —Le miro y mis lagrimas empiezan a caer.

—¿Estás bien?

—No. No estoy bien. Desde que él existe, no estoy bien nunca. Me siento la peor mujer del mundo, por no conseguir que me quiera Santi. Me siento chiquitina.

—No seas tonta. No eres chiquitina. Él te hace sentirte así, pero eres grande. Eres una mujer estupenda y tú también lo sabes. —Me abraza, y yo siento que lo necesito. Necesito que me quiera.

—¿Quieres que vayamos a casa? —me dice.

—Sí ¿y mi hermano?

—Espera voy a avisarle, pero creo que está muy entretenido con la chica.

Cuando vuelve Santi, me dice que mi hermano se queda. Cogemos un taxi y volvemos a casa.

Cuando llegamos, Santi empieza a acariciarme.

—No quiero volver a verte así, ¿me has entendido? Y menos por alguien que ni siquiera merece la pena. Él no te merece. —Empieza acariciarme y me besa.

Yo me dejo llevar. Esta noche, necesito dejarme querer.

Empieza a quitarme la ropa, y me besa por todo el cuerpo. Yo también le beso, recorre con su lengua todo mi cuerpo, y aunque estoy excitada, no puedo evitar acordarme de las caricias de Diego. Son tan diferentes...

Vamos a la cama, y allí, me hace el amor apasionadamente. Es mimoso, suave. Me gusta. En este momento, es lo que necesito. Me dejo llevar. No quiero pensar en mañana. Necesito vivir esto, y aunque no llego al orgasmo, reconozco que ha estado muy bien. Me siento satisfecha.

Cuando acabamos, él me mira.

—Sé que has hecho esto por despecho, pero no me importa. Llevaba tanto tiempo esperándolo...

—No ha sido por despecho. Necesitaba sentirme querida, y tú lo haces tan bien..., pero no sé si esto va a funcionar.

—Deja de pensar en si funcionará. Ya te lo dije, no le pongas nombre a esto. Simplemente vamos a disfrutar el uno del otro, y luego ya veremos. —Me besa con ternura.

A las siete me despierto. He tenido una pesadilla y salgo de la cama sin hacer ruido. Cojo un cigarro, el móvil, y aunque seguramente me arrepentiré, le mando un mensaje a Diego.

TRIANA_07:00

Hola. Espero no despertarte, pero acabo de echar el polvo de mi vida. Por si te interesa saberlo, ha sido con mi amigo. Por lo menos, él si me valora como mujer.

Que tenga un buen día, señor.

Sé que no estoy actuando bien, pero necesito que sepa que no soy su juguete.

GRUÑÓN_07:01

Gracias por la información, señorita Méndez. Me alegro de que su polvo haya sido satisfactorio.

Quizás, tengas razón y no seas mujer para mí.

Buenos días, a usted también.

«Valiente capullo! ¿En serio me ha dicho eso? No pienso ni contestarle».

Vuelvo a la cama, pero Diego ocupa todos mis pensamientos. Consigo quedarme dormida de nuevo.

A las doce me despierto. Santi, sigue dormido. Le miro y pienso en cómo serán las cosas a partir de ahora entre nosotros. Soy una egoísta. Estoy aquí con él, pero mi corazón y mi cabeza están con Diego. Se despierta.

—Buenos días, preciosa.

—Hola.

—¿Qué tal has dormido?

—Bastante bien. —Miento—. ¿Y tú?

—No podría haber dormido mejor.

—Tengo alguna pregunta.

—Dime.

—No sé cómo tenemos que tratarnos ahora.

—¿Cómo que tratarnos?

—Sí... después de habernos acostado. No sé seguimos como antes, hacemos como pareja normal. No sé.

—Ya te dije que como tú lo vieras. Si te apetece besarme en algún momento, puedes hacerlo, si quieres que duerma contigo, solo tienes que decírmelo. No quiero que esto sea por obligación, porque de esa manera,

estoy seguro de que no saldrá bien.

—Eres tan comprensivo..., a veces, creo que no te merezco.

Soy yo el que no te merece. —nos abrazamos y nos besamos. Sé que quiero intentarlo con él, pero no sé cómo saldrá todo esto.

Comemos en casa, y por la tarde nos vamos a dar una vuelta.

Paseamos, hablamos, nos reímos, nos besamos, nos abrazamos, nos damos la mano..., todo lo que hubiera querido con Diego, y que al final no ha podido ser.

Esa noche, volvemos a hacer el amor, pero mi mente sigue pegada a Diego.

Confío en que algún día, esta pesadilla termine.

Capítulo 7

A las siete estoy en pie para volver a la rutina. Solo espero no encontrarme con Diego hoy. Me maquillo me visto y me voy. Últimamente tengo abandonado a Alberto, pero sé que él no me lo toma en cuenta. Hablamos y le cuento mi fin de semana, obviando algunos detalles, claro.

Pronto llegan las siete. Mi primer día superado sin verle. A la salida para mi sorpresa Santi me está esperando. Le doy un beso.

Estoy bien cuando estoy con él, pero no puedo negar que, mi mente sigue pensando en Diego. Es difícil sacármelo de la cabeza.

El martes, recibo un mensaje a la hora de la comida.

SANTI_13:43

Reina, estoy aquí abajo. ¿Crees que podemos comer juntos?

¡Qué sorpresa! Le digo que sí. Aviso a Alberto de que voy a salir a comer.

Cuando bajo le veo de espaldas, le llamo. Se da la vuelta y le veo con un ramo de rosas enorme. Preciosas. Me quedo en blanco.

—Hola, cariño. ¿Qué tal tu día? Esto es para ti. Quería darte una sorpresa. Espero alegrar tu día un poquito más.

—Gracias. —No sé qué más decir. No esperaba nada de esto. Le abrazo, a pesar de que no soy demasiado cariñosa, sé que se merece un abrazo. Él me besa. Nos separamos, y me quedo tiesa cuando veo aparecer a Diego con cara de pocos amigos, y nos saluda con un hola un tanto seco.

—¡Vaya qué bien! Justo tenía que aparecer aquí.

—¿Preocupada?

—¿Yo? ¿Por qué? —le pregunto.

—Porque nos haya visto besándonos.

—Sinceramente, Santi no me importa en absoluto. No quiero volver a hablar del tema.

—Está bien, ¿dónde vamos a comer?

—Tiene que ser por aquí cerca. No tengo mucho tiempo. Pero yo invito. Después de este detalle...

A las tres vuelvo al trabajo, y no dejo de pensar en el encontronazo con Diego.

*«¿Qué habrá pensado al verme con Mario, y besándonos? ¿Le habrá afectado, aunque haya sido un poco?
¡Qué tonterías, Triana! Deja de pensar en él. No tiene sentido ya».*

Hoy la tarde es tormentosa. Tengo muchísimo trabajo, y me quedo, aunque Alberto se va. Llamo a Santi para decirle que llegaré más tarde de lo normal, que necesito acabar unos informes que son para mañana, que me cogeré un taxi.

Casi no queda nadie en la oficina, pero yo sigo trabajando.

Cuando me doy cuenta, miro el reloj y son las nueve y media. Se me ha pasado el tiempo volando. Recojo, y llamo a un taxi.

Me mando mensajes con Santi, mientras que espero el ascensor. Cuando las puertas se abren, veo a Diego. A su lado, una mujer que cuando me ve, se despega un poco de él.

Estoy justo delante de ellos e intento disimular con el móvil. Oigo toda su conversación, aunque no es lo que más me apetece.

—Diego, cariño, podíamos ir a tu casa un rato.

—Sí. Necesito relajarme.

«¿Relajarse? ¿A qué tipo de relajación se refiere? Dudo mucho que sea la que te proporciona un masaje».

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas. Empezaba a echarte de menos. Quizás, podríamos quedar con mi padre mañana para jugar al golf. ¿Qué te parece?

«¿Al golf? ¡Vaya! Con gente como ella, sí puede hacer una vida normal, y conocer a sus padres».

—Estaría bien.

Estoy rota de rabia. Por fin, el ascensor se abre y salgo como si me hubieran impulsado.

—Buenas noches, señorita Méndez.

Con toda mi soberbia me doy la vuelta, y con la mejor de mis sonrisas le digo:

—Buenas noches, pareja. Que tengan una bonita noche. —Me marchó, pero lo hago llena de celosos y de rabia.

Salgo a la calle y me fumo un cigarro, mientras que espero que venga el taxi. Hace un frío tremendo, pero después de la tensión del ascensor, no me viene mal esta temperatura. Noto como una mano me toca.

—No deberías de estar aquí sola. —Es Diego.

—¡Vaya, ahora resulta que te preocupas por mí!

—Siempre lo he hecho, y aunque no lo creas, siempre lo haré.

—No quiero que lo hagas. Gracias.

—Creo que tu novio no debería de dejar que te fueras sola a estas horas.

—Y no me deja, pero yo hago lo que quiero. De todas formas, te agradecería que no te metieras en mi vida.

Perdona, no quería molestarte.

—Lo estás haciendo. —Se oye una voz de pito de fondo. —Diego, cariño, ¿vienes?

—Corre, tu chica te espera.

—Sabes perfectamente que no es mi chica.

—No. Lo cierto es que no lo sé. Solo sé qué haces planes con ella, y que va a tu casa.

Tampoco me interesa saber qué haces con tu vida, y mucho menos con ella.

—Yo por lo menos, no te cuento mis polvos por mensaje.

—No. Es mejor restregarlos, quizás.

—Sí, de eso los dos entendemos bastante. Preciosas tus flores de esta mañana.

—La verdad es que sí. Tengo un novio muy detallista. —Parece que mis palabras lo enfurecen cada vez más. Y yo no puedo negarlo; me encanta ver como se muere de celos.

—Viene mi taxi. Que pases buena noche.

—Igualmente.

Me subo en el taxi, y veo como se monta en su coche, y me torturo una y otra vez.

«¡Maldita sea! Se va con esa mujer, que dice que no es su novia, pero van a su casa, y no creo que vayan a ir a jugar al parchís precisamente. Creo que seguir trabajando aquí cada vez se me está haciendo más cuesta arriba. Creo que debería de estar buscando algo ya, o quizás debería de irme de Madrid. No lo sé».

A las diez llego a casa. Estoy agotada, le doy un beso a Santi, y le digo que mi cara es por cansancio. Omito la verdad. No quiero hacerle daño

Me ducho, ceno algo, y me quedo dormida en el sofá.

A las cinco me despierto y estoy en mi cama. Santi ya está levantado.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Estaba un poco inquieto. No podía dormir. —Me levanto, y me acerco a él.

—¿Qué pasa? Vamos, suéltalo.

—Estoy preocupado. Tengo que irme, y sin saber que va a pasar con nosotros.

—Con nosotros no va a pasar nada Santi. Estamos bien. No tienes que preocuparte.

—Yo creo que sí tengo que preocuparme. Yo me voy, pero él se queda aquí, y seguramente aproveche cualquier ocasión para acercarse de nuevo a ti. Eso me perturba.

—Tienes que estar tranquilo. Yo estoy contigo. Quiero intentarlo, y que funcione. Nunca haría nada con él estando contigo. Antes que eso pasara, hablaría contigo.

—Sé cómo eres, pero también sé el poder que tiene ese hombre sobre ti. Lo he visto, Triana, y no sé muy bien, si estoy echando piedras a mi propio tejado.

—¿A qué te refieres?

—A que no sé si esto va a algún lado. Yo estoy seguro de lo que siento por ti, pero también que los sentimientos no son recíprocos. Me atormenta pensar que ahora cuando las cosas están empezando, tengo que marcharme.

—Deja de preocuparte. Ya veremos cómo van las cosas. Además, este fin de semana voy a ir para la isla. Necesito ver a papá, y también estar contigo. Después, ya veremos cómo nos organizamos. Con calma.

—Lo siento. No quiero agobiarte con mis historias.

—No me agobias. Prefiero que seas sincero y me digas que piensas en todo momento. Así me gustan las cosas. —le abrazo. No quiero flaquear, pero sé que esto no va a ser fácil.

Nos metemos en la cama. Él me acaricia con tanta dulzura, que me entrego a él sin más. No puedo decir que el sexo con él no sea placentero.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, despierto a Santi para despedirme de él. Se va, y cuando vuelva a casa, él ya no estará. Le deseo buen viaje, y le prometo que todo estará bien.

De camino al trabajo, mi mente no da tregua. No paro de pensar en Diego y en Santi. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Ojalá y pudiera hacer una mezcla de los dos. Santi es comprensivo, detallista, romántico... y Diego es tan duro, tan autoritario, siempre tiene que llevarme la contraria, que es algo que me saca de quicio, pero a la vez, me encanta. También sabe cómo hacerme sentir especial.

Con el sexo alcanza otro grado. Nos complementamos muy bien.

La semana transcurre deprisa. Con mucho trabajo, y mucho lío en casa con mi hermano y Elena. Por lo menos estoy distraída, aunque no puedo decir que no me acuerdo de Diego. Con tan poco tiempo para despejar la mente, pienso en él mucho menos.

Este fin de semana, quiero ir a ver a mi padre. Me muero de ganas por estar con él. Desde que las cosas entre nosotros se solucionaron, me he dado cuenta de que él es una pieza fundamental para mí, y que quiero tenerle cerca. Lo necesito.

El viernes me llevo la maleta al trabajo, y me voy directamente al aeropuerto. Mi coche ya está listo, pero he decidido recogerlo el lunes.

Mi avión sale a las diez y he quedado con Santi para que me recoja en el aeropuerto.

El vuelo, por suerte, no va con retraso, y antes de las doce, estoy en casa. «*¡Por fin en mi isla!*».

Cuando veo a Santi, nos abrazamos como si lleváramos meses sin vernos.

Lo cierto, es que le he echado de menos. No nos soltamos la mano hasta que no llegamos al coche. Me pregunta por mi semana, le digo que con bastante trabajo y que echándole bastante de menos.

Quiere que os vayamos a dormir juntos, pero a mí lo que más me apetece es estar con mis padres. Lo entiende.

Cuando llego abrazo a mis padres, como si nos los hubiera visto en años. Últimamente los echo demasiado de menos. Me hacen tanta falta, que he

llegado a plantearme volver aquí.

—Hola, hija, ¿qué tal estás?

—Bien, papá, ¿y tú?

—Bien, cariño. Ahora que estás aquí, mucho mejor.

—¡Ay papá! Últimamente os echo demasiado de menos.

—Nosotros también, cariño. Nos gustaría que pasaras más tiempo aquí.

—Ya lo sé, papá, pero mi trabajo tampoco me lo permite.

—¿Qué tal con Santi?

—Bien, papá. Me acaba de dejar aquí en casa. Hemos estado cenando algo.

—¿Y cómo van las cosas entre vosotros?

—Despacito, pero va todo bien.

—¿Y con Diego?

—Con Diego mal, papá. Cada día tenemos más problemas. Ni jode, ni deja como dirías tú. Intento tener una relación cordial con él por el trabajo, pero parece que me lo impide cada vez que tiene la oportunidad. Estoy confusa, papá.

—¿Ya no sientes nada por él?

—Claro que siento, pero me he ido haciendo a la idea de que lo nuestro no puede ser. Estoy cansada de hoy sí, mañana no.

—Bueno, cariño, yo lo que no quiero es que tapes con Santi un sentimiento que quizás, ni tú puedas borrar.

—No, papá.

—Cariño, soy tu padre. Sé lo que haces. Sé cómo eres. Solo quiero que seas sincera contigo y con él.

—Lo intento. Solo quiero ser feliz. Quiero intentarlo con él, pero no puedo saber si esto irá bien.

—No pretendo agobiarte.

—Me voy a dormir. Mañana he quedado temprano con Santi. Quiero aprovechar el fin de semana.

—Vale, cariño. Descansa. —Me subo a dormir, me pego una ducha y me meto en la cama.

Me quedo dormida enseguida, pero a las seis me despierto. Mi móvil suena, y me despierto asustada. Lo miro y veo que es Diego. «¿Le habrá pasado algo?». Descuelgo enseguida.

—¿Diego? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Estupendamente. Estoy en tu casa y no me abres.

—¿Estás borracho?

—No. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Qué haces en mi casa?

—He venido a hablar contigo. Lo necesito.

—Diego, vete a casa. No te preocupes. Todo está bien. no hay nada de lo que hablar. Vete y duérmete. No vuelvas a beber, por favor.

—Ábreme, necesito verte, nena.

—No puedo abrirte.

—Voy a pedirte perdón por lo imbécil que he sido. Quiero decirte todo lo que llevo guardado y no me he atrevido a decirte.

—Diego, no estoy en Madrid.

—¡Mierda! ¿Dónde estás?

—En Menorca.

—Has ido a verle a él, ¿verdad?

—He venido a ver a mis padres.

—¿Y a él?

—Sí, Diego, a él también.

—¿Tanto le echabas de menos?

—No creo que tenga que contestarte a eso.

—¿Le echas de menos más que a mí?

—Diego, tengo que colgar. Es muy tarde y quiero dormir.

—¿Esta ahí contigo?

—No. Estoy donde mis padres.

—Muerdo de celos, Triana. No quiero que estés con él. Necesito que me escuches. Quiero estar contigo.

«¿Por qué me dice eso ahora? ¿Por qué no se calla? No tenía que haber cogido el teléfono.

—Diego, tengo que colgar.

—No lo hagas, nena.

—Tengo que hacerlo. Esta conversación solo nos traerá problemas.

—¿Soy un problema para ti?

—A veces, sí lo eres.

—Lo siento, Triana. Soy un mierda. Tengo que dejar que seas feliz. Yo no voy poder hacerlo.

—Creo que hubieras podido. Solo tenías que haber querido, pero ahora ya no vale de nada.

—¿Demasiado tarde?

—Sí. Demasiado tarde.

—Lo siento. Lamento haberte llamado. Descansa, nena. Solo quiero que sepas que, has sido muy importante para mí. Siento que las cosas hayan sido así.

—Yo también lo siento, Diego. Vete a casa y descansa. —cuelgo.

«¡Maldita sea! No entiendo por qué me tiene que decir eso ahora. ¿Por qué tiene que atormentarme?»

Cuando las cosas están bien, tiene que venir a complicarme la vida. ¡Maldito Diego!».

Me paso horas dando vueltas en la cama. No consigo dormir.

Vuelvo a levantarme y cojo el móvil. Miro mil veces la pantalla, y al final me decido. Le llamo. Estoy preocupada.

Suena, y suena, pero no lo coge. ¿Será que le ha pasado algo? Me enciendo un cigarro y vuelvo a llamar. Nada, sin respuesta. Estoy de los nervios.

Vuelvo a la cama. Son casi las ocho y no he dormido nada. No sé nada de él y estoy angustiada. Cuando intento volver a llamar, me entra una llamada: Es él.

—Diego, ¿estás bien?

—Hola. Sí, estoy bien. ¿Qué ocurre, que tenía llamadas tuyas?

—Estaba preocupada por ti. Quería saber si estabas bien.

—Me he metido en la bañera a que se me pasara un poco la borrachera, y he dejado el móvil en la habitación.

¿Tú qué haces que no estás dormida?

—Estaba preocupada por si te había pasado algo. Todavía ni me he dormido.

—Ya va siendo hora. No creo que a tu novio le guste que hayas ido para dormir.

—La culpa la tienes tú. No sé por qué me has llamado.

—Yo tampoco. Lo siento. Venga, olvídale. Vámonos a dormir.

—Vale. Descansa.

—Tú también. Ojalá estuvieras aquí. —me dice. Se hace un silencio. Suspiro.

—No hace falta que digas nada. Sé que el sentimiento no es recíproco.

—Eres un bobo, y siempre lo serás.

—Gracias. Tan simpática como siempre.

—En algo nos parecemos. Voy a intentar dormir, intente no

emborracharse más y llamar a sus empleadas a altas horas de la madrugada, por favor.

—Lo tendré en cuenta. No te preocupes.

—Adiós, Diego. —Cuelgo, y suspiro. Sigue teniendo el poder de atormentarme. Debería de cortar radical con él, pero no puedo.

Decido mandarle un WhatsApp a Santi.

TRIANA_08:10

Hola, pequeño. He pasado mala noche, creo que algo me sentó mal, y no he podido dormir. Quiero descansar un rato. Cuando me despierte, te llamo. Necesito dormir. Un beso.

Lo mando y apago el móvil. No quiero más interrupciones en mi sueño.

En mi mente solo cabe él: Diego.

Capítulo 9

A las doce me levanto y bajo a tomarme un café, pero no hay nadie en casa. Ni siquiera *Claudi*.

Enciendo el móvil, tengo cuarenta y tres WhatsApp. «¡Qué barbaridad!».

Alberto, Elena, Santi, mi hermano, y como no, Diego. No hace falta decir cual es el que abro primero.

GRUÑÓN_10:00

Buenos días, nena. Espero que hayas podido descansar, aunque haya sido poco. Yo estoy agotado. Siento haberte molestado anoche. Me gustaría que cuando volvieras pudiéramos tener una conversación. Sin discutir. Aunque no podamos estar juntos, me gustaría poder salir de vez en cuando. Disfruta de tu fin de semana.

Creo que debo ponerle punto y final a esto. No quiero engañar a Santi, ni quiero volver a hacerme ilusiones con algo que nunca podrá ser.

Creo que la conversación puede ser buena idea para dejar todo zanjado. Prefiero no contestarle al mensaje. Mejor dejar las cosas así.

Le mando un mensaje a Santi.

TRIANA_12:15

Hola, pequeño. Estoy cansada, aunque no lo creas, me acabo de levantar. Ya estoy preparada y con un café en el cuerpo, creo que puedo salir. ¿vienes a buscarme?

SANTI_12:17

Buenos días, reina. Eres una dormilona. Estaba esperando a que me llamaras. ¿Paso a recogerte?

TRIANA_12:18

Aquí te espero.

Llamo a mis padres para decirles que voy a salir con Santi, que vendré tarde.

Nos pasamos todo el día juntos. Comemos cerca de la playa, charlamos, y paseamos. Siento la terrible necesidad de ser sincera con él.

—Santi, tengo que hablar contigo.

—¡Uy, que sería te has puesto! Dime, ¿qué pasa?

—Ante todo, quiero ser sincera contigo, y si quiero que esto vaya bien creo que deberías de saberlo todo.

—Soy todo oídos.

—Anoche me llamo Diego. Estaba borracho y me dijo que teníamos una conversación pendiente, y si te soy sincera, yo también lo creo. Creo que debemos enterrar eso que tenemos para que él pueda seguir con su vida y yo pueda seguir contigo. Y sobre todo, porque trabajamos juntos, y está empezando a afectar a nuestra relación laboral.

—¿Y para qué te llamo exactamente?

—Creía que estaba en casa. En fin, lo de siempre. No quiero que creas que estoy jugando a dos bandas, porque no es así.

—Tranquila, cariño. Te conozco, y me encanta que seas tan sincera. Si hubiera algo detrás, estoy seguro de que te no lo callarías.

Lo cierto es, que hay muchas cosas, pero creo que no debe de saberlas. Asiento y punto.

—Tenéis que hablar. No veo nada de malo en eso. Lo único que me preocupa, es que él intente algo contigo.

—Aunque no lo creas, él te respeta. Y yo también. Solo quiero zanjar este tema para poder quedarme tranquila de una vez.

—Entonces, deberías de tener esa conversación lo antes posible por el bien de los tres.

—Me alegro de que lo entiendas, y te lo tomes tan bien.

—Mientras que no me des motivos, yo siempre confiaré en ti.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—No tengo nada en mente.

—A mí me gustaría que estuviéramos solos. ¿Qué te parece si dormimos juntos hoy?

Sé que no puedo decirle que no. Así que, acepto. — Vale. Pero, llévame a casa para estar con mis padres un rato.

—De acuerdo.

Llegamos a casa, y charlamos un rato con mis padres. Le invitan a cenar, pero Santi se niega. Al final, queda invitado para comer a la barbacoa de mañana, aunque les avisamos que no sea demasiado pronto la comida.

—Me voy, cariño. ¿A qué hora paso a buscarte?

—¿Te parece bien a las once?

—Estupendo. Aquí estaré. Lo estoy deseando. —Nos besamos y él se va. Mi madre me toca la espalda. —Se os ve muy bien, cariño.

—Sí, mamá. Las cosas van bien. Ventajas de conocerse.

—¿Estás enamorada, cariño?

—Mamá...

—No me lo tomes a mal hija, es que...

—Suéltalo.

—Creo que solo le quieres, y que estas tratando de tapar algo que ni tu misma puedes.

—No sé de qué hablas, mamá.

—Claro que lo sabes. No le miras con los mismos ojos que mirabas a Diego. Ni siquiera te comportas igual. Es como si fuera tu amigo.

—Mamá, no lo es. Estamos dándonos una oportunidad. Me gustaría que saliera bien, sin que todo el mundo me recordara que Diego está ahí.

—Solo quiero que seas feliz. Que no te hagas daño, y que tampoco le hagas daño a ninguno de los dos.

—Lo intentaré, mamá. —Mi madre me dice las mismas palabras que me dijo mi padre. Parece que hubieran hablado del tema. No puedo negar que tiene razón en lo que dice, pero jamás se lo haré saber.

—Y Diego, ¿cómo está cariño?

—Anoche me llamo borracho, diciéndome tonterías.

—¿Borracho?

—Sí. Estaba en mi casa, y quería que le abriera. No le hizo especial ilusión ver que estaba aquí. Me dijo que teníamos una conversación pendiente. Yo también lo creo, cuando llegue a Madrid, pienso tener esa conversación con él.

—Creo que te quiere hija.

—¡Mamá, por favor! Él solo quiere a su culo. Sí me quisiera lucharía por mí.

—¿Te parece poco presentarse en tu casa?

—Iba borracho. Cualquiera podría haberlo hecho. No quiero seguir hablando de esto. He venido para desconectar y disfrutar.

—Está bien, hija. Lo siento. Vamos dentro a cenar.

Durante la cena, estoy muy callada, pensando en todo lo que me ha dicho mi madre, en lo que me dijo Diego anoche...

Por fin, llegan las once y me voy con Santi. Me lleva al hotel más bonito de todo Menorca. Con vistas al mar, y en la planta más alta del hotel. Simplemente precioso.

—Precioso, me encanta. —le digo.

—Tengo que decirte que yo ya había reservado esta habitación. Confiaba en que esta noche fuera nuestra. —Le abrazo y le beso. Es tan romántico...

—Gracias por todo. Eres un amor.

—Solo quiero ser tu amor, reina.

Me desnuda lentamente, y me da besos muy tiernos. A veces, me cuesta sentir sus labios

Sus manos, acarician todo mi cuerpo, me tumba en la cama, se pone un preservativo y me penetra con suavidad. Siento como arde de pasión, y como su deseo crece.

Su erección cada vez es más grande, mientras que yo me engancho a su cuello y sigo besándole. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Cuando terminamos, nos fumamos un cigarro y más tarde se queda dormido.

Lo que hubiera dado porque esto que ha pasado ahora, sucediera hace unos años. Pero ahora me he dado cuenta, de que todo lo nuestro está acabado.

Lo nuestro murió el día que me engañaste Santi.

¿A quién quiero engañar? Jamás abras la puerta al pasado que llama a tu puerta.

No te traerá nada más que malos recuerdos. Pondrá tu vida patas arriba, para finalmente tener la respuesta que desde un principio sabías. El pasado siempre vuelve, y nunca para nada bueno.

Solo nosotros mismos, somos capaces de darnos cuenta de cuando el pasado ha dejado de importarnos, y seguramente sea en ese mismo momento, en el que tu corazón, vuelve a dejar entrar al amor, porque este, entra siempre sin llamar. No puedes obligarle a venir, como tampoco puedes obligarle a marcharse.

Solo él tiene el poder de aparecer cuando quiere, y siempre cuando nosotros menos lo esperamos.

Y hoy, yo me he dado cuenta de que mi pasado acaba de cerrar la puerta de un portazo. Después de tantos años, me he dado cuenta de que Santi, no tiene más espacio en mi vida. Diego está dentro, y no va a dejar paso a nadie más.

Capítulo 10

De madrugada, Santi, me despierta con besos, pero yo me hago la dormida. De repente, me viene un recuerdo del pasado, que ya creía olvidado.

—*Triana, créeme. Lo he visto con mis propios ojos. Era su ex. Por favor, créeme. Yo jamás te mentaría*».

—*Eres una celosa, eso es lo que pasa. Te jode verme feliz, pero me dan igual tus mentiras. Él me quiere, y me lo demuestra cada día.*

—*No sabes lo que dices, pero ya te darás cuenta. Tú sola te darás cuenta, y yo estaré ahí, como tu amiga que soy, para recoger tus pedazos.*

—*Lárgate de mi casa. No quiero volver a verte.*

Esas fueron las últimas palabras que cruce con mi mejor amiga. No quiero volver a verte. Y hasta hoy, ha sido lo que hemos hecho. No vernos.

Ella tenía razón, Santi me engañó. Ella lo sabía, y yo jamás la creí.

Más tarde, me dejó, y luego fui yo, como ella me dijo, la que me di cuenta de todo, y a pesar de que ella me buscó para consolarme, y estar ahí, yo misma, me sentía avergonzada por haberla tratado así. Ella siempre me escuchó, y a pesar de todo, quería seguir a mi lado, pero yo no la dejé. No podía volver a escuchar un... «*te lo dije*». Perdí a mi mejor amiga, y me lo he reprochado un millón de veces, pero nunca tuve el valor para volver a buscarla. Siempre he preguntado por ella, y no puedo negar, que, aunque han pasado muchos años, a día de hoy la echo de menos.

Me meto en la ducha para despejarme, y cuando salgo, Santi me está esperando con el desayuno.

—Buenos días, amor. ¿Cómo has dormido?

—Bien, ¿y tú? —sonríó, aunque no es lo que más me apetece.

—No podría haber dormido mejor. —Me besa.

—¿Qué te pasa, reina?

—Estoy cansada. Quiero irme a casa.

—¿Seguro que solo es eso?

—Sí. Deberíamos de desayunar e irnos.

Vuelvo al baño. Me siento y empiezo a llorar, y aunque lo hago en silencio, no por eso lo hago menos fuerte. Quiero irme de aquí. Me siento sucia. Por primera vez, siento que estoy traicionando a Diego. Para colmo,

recordar el pasado, no ha sido de gran ayuda.

Cuando salgo, Santi no para de sonreír, y yo no puedo cambiar mi cara. Nos vestimos y volvemos a mi casa. Ayudamos a mis padres a colocar todo el jardín, hacemos la barbacoa y comemos.

—¿Qué pasa, cariño? Desde que salimos del hotel estás muy rara. Estás apagada. —le miro. Ha llegado el momento de ser sincera.

—Me he dado cuenta de que esto que estamos haciendo es un error. No puedo tapar el sol con una mano Santi. No estoy enamorada de ti. Lo nuestro acabó hace mucho tiempo. Quizás, si las cosas hubieran sido de otra manera..., no sé, pero este, no es nuestro momento. El nuestro pasó, y ya es imposible que vuelva.

—¿Por qué dices eso ahora? Has hablado con él, ¿verdad?

—No, Santi. No me ha hecho falta. Lo nuestro no funciona. ¿No te has dado cuenta?

—Yo solo me he dado cuenta de que cada vez que ese hombre aparece por tu vida, lo revoluciona todo, y no es justo. Ni para ti, ni para mí, ni para nadie.

Disfruta de lo que te queda de día con tus padres. Vuelve a Madrid, resuelve tus problemas con él, y cuando lo hagas, yo estaré aquí esperándote.

—Pero...

—Pero nada. Vuelve a Madrid. Piensa. Y cuando de verdad te des cuenta de que ese gilipollas no quiere nada contigo, llámame. Te estaré esperando.

No puedo decirle nada. No comprende que lo nuestro no tiene un punto y seguido. Que, aunque Diego no quiera volver mi lado, no quiero seguir con él.

Por la tarde subo al pueblo a pasear, y a comprar unas cosas.

Cuando estoy a punto de irme oigo mi nombre.

—¡Triana! ¡Triana, espera! —me doy la vuelta, pero no reconozco quien es. Se acerca, y su cara me es familiar, pero en este momento no caigo.

—Hola, Triana, ¿Cómo has cambiado! ¿Cómo estás?

—Hola, perdona, ¿nos conocemos?

—Más de lo que te imaginas. Soy Mónica.

«¿Mónica? ¡No es posible que sea ella! ¿Qué es lo que quiere?».

—¡Vaya! Veo que ya me has reconocido.

—Sí, pero no sé qué haces aquí, ni tampoco que es lo que quieres.

—Necesito hablar contigo. Es importante.

—Yo creo que tú y yo, no tenemos nada de qué hablar.

—Triana, quiero advertirte de Santi.

—Mónica, no hace falta que me montes el numerito. Sé que te ha dejado.

—¿Eso es lo que te ha dicho? Veo que sigue con sus mentiras.

«¿Mentiras? ¿Qué está pasando?».

—En serio, Mónica. No tengo tiempo para tonterías.

—Santi, te está engañando, Triana. Todo lo que te ha contado es mentira. Todo es por una maldita apuesta.

—¿De qué hablas!

—Triana, créeme. Es un mentiroso. Todo es un juego para él. Te va a volver a hacer daño.

—¡Eres una absurda inventándote eso! Asume que no va a volver contigo.

—No me invento nada. Quizás, deberías de informarte, o tan solo mirarle el móvil. Les manda fotos tuyas a sus amigos. Y descuida, hace mucho tiempo que yo no quiero volver con ese capullo. —Me tiende un papel en la mano. — Abre los ojos, Triana. Piénsalo. Sí decides que quieres saber la verdad, llámame. Éste es mi número. Tengo pruebas. Puedo demostrarte todo lo que te he dicho. Lo siento, Triana.

Se marcha sin más. Me quedo paralizada viendo el papel, y pensando en todo lo que me ha dicho.

«¡No puede ser cierto! ¿Por qué va a mentirme Santi? ¿Qué motivos tiene? ¿Y por qué tengo que creerla a ella? ¿Por qué no puede estar mintiéndome? Estará despechada. Han sido muchos años juntos».

Me voy a casa. No sé cómo tomarme esto.

Antes de las seis, me despido de mis padres. Prometo volver pronto. Santi, me está esperando para llevarme al aeropuerto. Casi no hablamos, pero cuando nos despedimos en el aeropuerto me dice:

—Te voy a echar mucho de menos. Quiero que estés bien, que pienses lo que quieres hacer, y que decidas lo que decidas, yo siempre voy a estar a tu lado. Te lo prometo, no voy a enfadarme ni nada por el estilo.

—Gracias por ser tan comprensivo. —me muero de ganas por preguntarle si es verdad que manda fotos a sus amigos, pero no quiero descubrirme tan pronto. Si fuera verdad, no me lo diría.

—Gracias a ti por hacerme sentir tan bien en estos días. —intenta besarme, pero me aparto.

—Piénsalo, ¿vale?

—Te lo prometo. Oye, ¿y si nos echamos una foto? Los dos juntos.

—Perfecto. Así tendré algo que ver cuando no estés aquí. —me acerco a él y le beso mientras que le doy al botón.

—Sales preciosa.

—No salimos nada mal. Voy a enviármela. Así, te echaré poco de menos. ¿Podrías traerme una botella de agua? Tengo mucha sed.

—Claro, princesa. Ahora vuelvo. —Tengo apenas unos minutos para poderlo mirar, y ver si Mónica me decía la verdad.

Busco en galería, pero no veo nada. Me meto en fotos de WhatsApp, y no doy crédito a lo que veo. Me ha hecho fotos dormida, y otra con él en la cama. «¿Qué significa esto?».

Me las mando corriendo al WhatsApp, y las borro de su conversación para que no se dé cuenta. Se está acercando.

—¿Qué haces con mi móvil, princesa?

—Míralo tú mismo. —He puesto nuestra foto de fondo de pantalla.

—Gracias, amor. Me encanta. —Me besa, y de lo único que tengo ganas es de darle una patada en los huevos, sin saber nada más. Pero, soy buena actriz y le pongo mi mejor cara.

Me despido de él, y después de decirme que me quiere, me voy por la puerta de embarque.

En el avión, le doy mil vueltas a la cabeza, y miro las fotos una y otra vez, buscándole sentido de por qué me ha hecho esa foto, y se la ha mandado a sus amigos. Al final, consigo quedarme dormida.

A las once, ya estoy en casa. Llamo a mi padre nada más llegar, y después llamo a Santi, aunque no tengo demasiadas ganas de hablar con él. Intento disimular todo lo que puedo.

Me ducho, me hago un sándwich, y me meto en la cama. Escribo a Diego. Necesito hablar con él.

TRIANA_23:00

Hola. Necesito que nos veamos fuera del trabajo y hablemos. Quiero que se quede todo zanjado de una vez por todas. Buenas noches.

GRUÑÓN_23:02

Hola. ¿Ya has vuelto? ¿Qué tal el viaje? No tengo inconveniente, yo creo que también tenemos que hablar. Dime cuando quedamos.

TRIANA_23:05

El viaje bien, gracias. Con ganas de volver a casa. ¿Te parece bien que quedemos mañana para cenar?

GRUÑÓN_23:07

Perfecto. ¿Quieres que cenemos en mi casa?

TRIANA_23:09

No. Cenamos fuera.

GRUÑÓN_23:10

De acuerdo. Mañana me mandas un mensaje con hora y sitio. Descansa.

Ya no le contesto más.

Dejo el móvil en la mesita y apago la luz.

Tengo un montón de frentes abiertos. Demasiadas cosas por resolver.

¡Todo me sale mal!

Capítulo 11

El lunes se convierte en un duro día de trabajo. En unas horas veré a Diego, y por fin, aclararemos todo lo que tenemos pendiente.

Le pongo un mensaje para concretar la hora.

TRIANA_20:15

¿Quedamos a las nueve y media en el italiano?

GRUÑÓN_20:20

De acuerdo. ¿Paso a buscarte?

TRIANA_20:21

No. Prefiero ir con mi coche. Hasta dentro de un rato.

Necesito ver a Diego, abrazarle. Se me ha olvidado todo lo que le tenía que decirle. Solo necesito que me estreche entre sus brazos y no vuelva a soltarme nunca.

Santi me ha estado llamando, diciéndome que me echa de menos, que me quiere, y preguntándome por Diego. No puede ser posible que mienta tan bien sobre sus sentimientos. Se me olvida que ya me lo hizo una vez, ¿por qué no puede hacerlo una segunda?

Cojo el papel que me dio Mónica. Lo miro, y marco el número en mi teléfono. Necesito que me diga algo. Yo decidiré si me lo creo o no. Pero necesito saber que es lo que tiene que decirme.

—Hola, Mónica. Soy Triana.

—Hola, Triana. Sabía que me llamarías. Has encontrado algo, ¿verdad?

—Quiero que me cuentes lo que sepas.

—Ya te lo dije, te está engañando.

—Dime por qué lo sabes. En que te basas, y sobre todo, quiero pruebas.

—Solo puedo decirte que todo estaba planeado, y que yo nunca pensé que tú fueras a caer en la trampa. Es más, todo el mundo lo creyó.

—¿Cómo que todo el mundo? ¿Quién más lo sabe?

—Todos sus amigos.

—¿Y mi hermano?

—Por supuesto que no. Si tu hermano se hubiera enterado, lo hubiera matado Triana.

—Dime de que va todo esto por favor.

—Todo empezó hace unos meses. Tu padre hablaba mucho de ti, de que estabas feliz en Madrid, que habías conseguido ser feliz, y que te habías olvidado de todo.

Cuando los chicos se enteraron, empezaron a picar a Santi, diciéndole que después de todo no te había calado tanto cuando tú ya le habías olvidado. Le estuvieron machacando durante meses. Al final, le retaron a hacer una apuesta. Si conseguía volver a conquistarte en tu próxima visita, le regalarían un viaje a Tailandia. Y si por el contrario perdía, se quedaría sin su coche. Tendría que ponerlo a nombre de alguno de ellos. ¡Una chorrada de machitos! Lo tenían tan claro, que arriesgaron el viaje a Tailandia, porque sabían que jamás volverías a caer en sus manos, sobre todo, después de que no quisiste ni escucharle las últimas veces que viniste. Pero querían verle arrastrarse delante de ti.

—¿Esto es de verdad? ¿Me ha engañado por un viaje a Tailandia? ¿A qué persona se le ocurre hacer eso? ¿A niños de diez años? ¡No lo puedo creer!

—No, Triana. Te ha engañado porque es un cerdo. Solo le importa sus amigos. Quedar como un ganador delante de ellos. No le importan ni tus sentimientos, ni la amistad que le une a tu hermano..., ni siquiera le importa tu padre. ¡Es un imbécil!

Traté de advertirte, pero tropecé con él en un par de ocasiones. Se atrevió a amenazarme, y decirme que jamás me creerías.

Cuando me enteré de que estabais juntos, no me lo podía creer. Te prometo que esto no tiene nada que ver con celos. Es más, supongo que habrás podido ver algo en su móvil, y eso ha sido lo que te ha impulsado a llamarme.

Lo siento, Triana. Solo espero que todavía tenga solución. Aunque no me creas, no quiero que sufras. Durante años te he odiado, pero te aseguro que mi opinión sobre ti ha cambiado. Las dos hemos sido víctimas.

—Te juro que no entiendo nada. No me puedo creer que esto esté pasando.

—Lo lamento, pero tenía que decírtelo. Si estuviera en tu lugar, a mí me gustaría que lo hicieran. ¿Qué vas a hacer? ¿Se lo vas a decir?

—No. Necesito pensar cómo hacerlo. Pero te juro, que voy a devolvérsela. Haré que se arrepienta para toda la vida. Necesito alguna prueba más, Mónica. Aunque te prometo que te creo.

—Tienes que venir a Menorca, Triana. Es la única forma.

—Déjame pensarlo, y te volveré a llamar. Gracias por contármelo. No te

imaginas cuanto te lo agradezco.

—De nada, Triana. Espero haberte ayudado.

—Mucho. Hablaremos pronto. —Cuelgo.

En este momento, no podría sentirme peor. Mi mayor enemiga durante años es la encargada de abrirme los ojos. «*¿Por qué me pasa a mí esto? ¿Eso valgo? ¿Un maldito viaje a Tailandia? Le da igual volver hacerme daño con tal de ganar su maldita apuesta ¡Le odio! Jamás tendría que haberle perdonado*».

Lloro como una idiota. El pasado ha vuelto a entrar en mi vida, y lo ha hecho para recordarme de nuevo, todo el dolor que creía haber olvidado.

De nuevo, las mentiras son las protagonistas de mi vida.

Volví a creer en él, pensando que había cambiado, que sus palabras eran sinceras, y que podríamos darnos una nueva oportunidad. De nuevo el pasado vuelve a darme en la cara.

Le pongo un mensaje a Diego. No puedo quedar con él. No quiero ver a nadie.

TRIANA_20:45

Lo siento, Diego. Tenemos que cancelar la cena. No me encuentro muy bien.

Suena mi móvil. Es él.

—¿Qué pasa, nena?

—No me encuentro muy bien. Prefiero que quedemos otro día.

—¿Te ha pasado algo? Sabes que puedes contarme lo que quieras. —Se hace un silencio. No puedo flaquear con él. Si se lo cuento, me vendré abajo, y me veré en la obligación de caer en sus brazos. Es algo que no pudo permitirme.

—No puedo contarte nada de momento.

—Me estás preocupando, nena.

—No me preguntes por favor. No tiene que ver contigo. Algún día te lo contaré.

—Espero que sea pronto. Si me necesitas llámame.

—Gracias. —Cuelgo.

Suspiro. No me siento con fuerza para contarle nada a Diego. Necesito saber toda la verdad primero.

Me tumbo en la habitación, y recibo un mensaje de Elena.

ELENA_21:15

Churrita, tengo que hablar contigo. ¿Te apetece que quedemos mañana

para comer? Hoy no duermo en casa.

TRIANA_21:18

Vale. ¿Pasa algo? Te espero en el trabajo a las dos. Un beso.

ELENA_21:18

Mañana te cuento. Son buenas noticias.

Ya no contesto más. Llamo a papá, y también a mi hermano. Mañana vuelve a Menorca, tiene unos días de vacaciones.

Decido volver a llamar a Mónica.

—Hola, Triana. ¿Cómo estás?

—Muy nerviosa. Necesito que me des las pruebas. No puedo más con esta agonía.

—Para que te las de, tienes que venir a Menorca, Triana. No hay otra manera. Quiero que escuches algo, y necesito que estés aquí para hacerlo.

—Buscaré para poder bajar el fin de semana.

—Lo siento, Triana, pero salgo de viaje el viernes. —Me quedo en silencio.

—Vale. Voy a tratar de resolverlo para poder ir antes del viernes. Volveré a llamarte.

—De acuerdo.

Cuando cuelgo, llamo a Diego.

—¿Qué pasa, nena?

—Hola otra vez. Necesito que me hagas un favor muy grande. No te lo pediría si no fuera importante.

—Dime. En que te puedo ayudar.

—Tengo que salir de viaje el miércoles. Necesito que me des dos días en el trabajo. Sé que no es el mejor momento ahora, pero lo necesito.

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

—No, Diego, mi padre está bien. No puedo contarte nada. Solo te puedo decir que es muy importante para mí.

—¿Te vas con tu novio?

—Diego, ¿de verdad piensas que faltaría a trabajo por ir a verle?

—Solo pregunto.

—No. No es eso. Necesito saber unas cosas, y no puedo bajar otro día. Te prometo que cuando vuelva, te contaré todo.

—Está bien. No hay problema. Espero que sea lo que sea, se solucione pronto.

—Gracias, Diego. Yo también lo espero.

—¿Y nuestra conversación?

—No sé. Quizás pueda ser mañana. Te mandaré un mensaje.

—Bien. Descansa.

—Tú también, y gracias. —Cuelgo.

Hoy le pongo un mensaje a Santi. No tengo ganas de hablar con él, y por supuesto, no le cuento nada de mi viaje. Hasta que no esté allí, nadie se enterará.

A la mañana siguiente, en el autobús, pienso en todo lo que ha pasado en estos días. El pasado vuelve a atormentarme. ¿Cómo he podido ser tan tonta? Después de todo lo que he sufrido, he vuelto a creer en él. ¡Soy una imbécil!

Cuando llego, Alberto me recibe con su sonrisa.

Nos ponemos a trabajar, y yo no doy pie con bola. Mi cabeza no está dónde tiene que estar.

—¿Qué te pasa, reina?

—No estoy bien, Alberto. Las cosas me van fatal.

—¿Qué ocurre?

—Tengo muchas ganas de desahogarme, pero no puedo Alberto. No de momento.

—Me estás asustando. —Mis lágrimas caen. —Reina, por favor, no llores. Dime que pasa. Puedes confiar en mí.

—Lo sé. No creas que no lo hago, pero, aunque lo necesito, no puedo contártelo. El miércoles salgo de viaje a Menorca, y solo te puedo decir que tiene que ver con Santi y no son cosas buenas precisamente.

—¿Te ha hecho algo ese capullo?

—Parece que sí, *principesso*, pero tengo que averiguarlo bien.

—¡Por favor, no llores! Todo se va a solucionar, ya lo verás.

—Eso espero.

—Vete a tomar un café si quieres. Yo me quedo aquí.

—No. No te preocupes. Hoy viene Elena a comer conmigo. Prefiero seguir trabajando. Aunque hoy no es mi día, todo lo hago mal.

—Un día malo lo tiene cualquiera. —Le abrazo fuerte y le beso en la mejilla. —Gracias, eres un amigo de verdad.

—Para eso estamos.

Cuando me doy cuenta ya son las dos. Elena me está esperando abajo. Comemos en el restaurante de las ensaladas, y comenzamos a charlar.

—¡Qué mala cara tienes hoy! —me dice Elena.

—No estoy demasiado bien.

—¿Qué te pasa? —Los ojos se me llenan de lágrimas. —¿Qué ocurre, Triana? ¿Ha pasado algo con Diego?

—No. Esta vez no es Diego.

—¡Vamos, dime qué pasa!

—Santi me ha engañado.

—¿Cómo que te ha engañado? ¿Con quién?

—Soy una apuesta Elena. Está conmigo por una maldita apuesta.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Sí. Me enteré el último día que me venía. Me encontré con su *ex*, y me lo contó. Me dijo que había hecho una apuesta con sus amigos, que ellos le habían dicho que no sería capaz de volver a conquistarme. Si lo conseguía, le pagarían un viaje a Tailandia, y si por el contrario perdía, perdería su coche, y tendría que cambiarlo de nombre.

—¡No me puedo creer que eso sea verdad! ¿Tienes pruebas?

—Lo peor es que sí que las tengo. Ella me dijo que le mirara el móvil, que le había mandado fotos a sus amigos. Y era verdad. Me había hecho fotos dormida y se las había mandado a ellos.

—Le habrás dejado, ¿no?

—Tengo que ir a Menorca. Esta chica tiene pruebas, y quiero que me las enseñe. Luego pienso hacer que se arrepienta de todo lo que ha hecho.

—¡Me dejas muerta, amiga!

—Lo sé. Así me quede yo. Llevo dos días destrozada. Hoy me he derrumbado delante de Alberto, pero no he sido capaz de contárselo todavía.

—¿Y Diego lo sabe?

—No. Estoy segura de que lo mataría. De momento, no puede enterarse de nada.

—El que lo va a matar en cuanto que se entere, va a ser tu hermano.

—Sí. Por eso no he querido contarle nada. Nadie sabe qué voy a ir a Menorca. Solo Diego porque le he tenido que pedir dos días, y Alberto.

—Se acercan problemas, Triana.

—Sí, y muy gordos. Lo siento. Vienes a contarme algo, y me pongo a contarte mis penas. ¡Soy lo peor! ¡Soy una egoísta!

—No seas tonta. Soy tu amiga, y quiero que me cuentes todo lo que te pasa. Para eso estoy.

—Cuéntame nena, que quieres decirme.

—Son buenas noticias. He dejado a Jorge y...

—¿Y? ¿Qué pasa?

—¡Me voy a vivir con Darío!

—¿En serio?

—¡Pues claro, tía! Puedes alegrarte, ¡eh!

—Por supuesto que me alegro. Me ha pillado por sorpresa.

—Estoy muy feliz. Espero que vengas a visitarnos mucho.

—Bueno visitaros... después de haber amenazado y pegado a tu novio,, no creo que sea bien recibida. —Me rio.

—Sabes que eso ya está olvidado.

—Espero. Me alegro mucho por vosotros. Deseo de corazón que os vaya genial. Os lo merecéis.

—Gracias. Ahora vas a tener que buscarte un compañero de piso.

—Sí. Eso parece. No será una tarea fácil.

—Ya buscaremos a alguien.

Terminamos de comer, nos despedimos y me dice que la mantenga informada de todo.

La adoro. Es mi amiga. De las que lo dan todo por ti sin pedir nada a cambio. Y aunque me da mucha pena que ya no vayamos a vivir juntas, estoy feliz por ella. Se merece todo lo bueno que le pase.

Capítulo 12

Por fin quedo con Diego. No podía atrasarlo más. Mi viaje a Menorca no tiene que influir en todo lo que pasa con él.

A las nueve me está esperando.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien. Con ganas de zanjar el tema.

—Yo también.

Cuando estamos en el restaurante, me suena el maldito teléfono. ¡El que faltaba! Santi.

—Perdona, Diego. Tengo que cogerlo.

—No te preocupes.

Por el teléfono Santi me pregunta que donde estoy y le digo que he salido con unos amigos a cenar. Le miento. Supongo que yo también tengo derecho, ¿no?

Me dice que me quiere y que me echa de menos. ¡Valiente mentiroso! Intento disimular todo lo que puedo y corto rápido la llamada.

—¿Todo bien con tu novio?

—Estupendamente. — No pienso decirle que ya no somos nada. ¡Qué sufra un poco!

—Me alegro. —Sé que no lo hace. Es un mentiroso. La llamada me ha puesto furiosa. No entiendo cómo puede tratarme con tanta naturalidad cuando me está engañando de una manera tan sucia. Por no tenerle a él cerca para reprocharle nada, creo que mi boca se calienta con Diego.

—Diego, tenemos que hablar. Quiero empezar por el principio, que me dejes que te cuente todo, y cuando termine, si crees que tienes que decirme algo, por favor, lo sueltes. Porque no habrá más momentos para hablar de ello. Cuando nos vayamos de aquí, todo esto tiene que estar zanjado.

—Me parece bien. Te escucho. —Doy un trago de vino, y suspiro.

—Desde que te conocí, mi vida dio un giro de ochenta grados. Jamás pensé que pudiera liarme con mi jefe, y tampoco se me pasó por la cabeza que después de todo lo pasado, yo volvería a volverme tan loca por nadie. También sé, que no tengo demasiadas cosas que reprocharte, porque desde el principio me dijiste lo que buscabas, y lo que esperabas de mí. El problema es

que yo creí que podría controlar los sentimientos, pero me equivoqué una vez más.

Fuiste tan bueno conmigo, tan atento, tan romántico, tan cariñoso, que me enamoré de ti, y pensé que sería capaz de que tú también lo hicieras de mí. Otra gran equivocación por mi parte. Se me da demasiado bien equivocarme por lo que se ve. Pensé que me querías por la forma que me tratabas. Porque a veces, parecía que tenías celos, y que darías ese paso de querer algo más y que las cosas entre nosotros fueran más que un rato en una cama.

Desde que nos conocemos, hemos discutido como si fuéramos una pareja. Y creo que no podemos llevarnos bien. Chocamos demasiado. Tú solo necesitas una mujer para que te acompañe en tu cama, y yo me he dado cuenta de que necesito a alguien que me acompañe siempre. Tengo esa necesidad, que hacía tantos años que no sentía. El querer estar con alguien, y sentirme querida. Eso es lo más importante.

Solo te puedo decir que estoy cansada de tu ahora sí, ahora no. Nunca eres claro. Cuando me tienes, me repites tu frase, que no quiero recordar. Y cuando intento rehacer mi vida, apareces para atormentarme. A eso, súmale que me restriegas tus ligues, y me niegas lo evidente. Pensaba que era especial, y resulta que mientras que yo lo pensaba, tú estabas revolcándote con otra, y no he dejado de sentirme una gilipollas desde ese momento.

Y el punto más importante, me he dado cuenta de que necesito sacarte de mi vida, para poder seguir. Estoy tratando de ser feliz, y lo único que sé, es que me está saliendo fatal. Tú eres mi felicidad. Eres lo que necesito, lo que quiero. Quiero que sepas, que he comprendido lo que es el amor contigo. Porque sé que tú has sido la persona de la que yo me he enamorado, y te adoro. Pero también sé que tengo que apartarme de ti. No eres para mí, y yo no soy para ti. Esto tiene que acabar. Necesito que esto termine, pero que lo haga para siempre. Que no haya mensajes, que no haya encuentros, cenas, llamadas al despacho, besos...

Necesito que te vayas de mi vida para siempre, y quiero irme del trabajo. De momento, no puedo hacerlo. Estoy barajando la posibilidad de irme a Menorca otra vez, pero tengo que pensarlo mucho. Aunque no sea ahora, necesito irme de aquí, y quiero hacerlo a corto plazo. Pienso ponerme a buscar algo, porque sé que con distancia va a ser muy difícil olvidarte, pero teniéndote tan cerca, va a ser mucho más complicado. Solo quiero que respetes mi decisión. Por mi parte, no hay nada más que decir. —Doy otro trago al vino. Me mira, le miro. Las ganas de llorar me pueden, pero me

contengo.

—¿Ya has terminado? —me pregunta.

—Sí. —respondo.

—Pensaba que me insultarías o serías mucho peor conmigo.

—No tengo porqué insultarte. No tengo esa necesidad.

—Creo que ahora me toca hablar a mí.

Hay cosas en las que estoy de acuerdo contigo, pero otras que no las comparto. Mira, Triana, las cosas a veces, no son blancas o negras, en ocasiones, pueden ser grises.

Yo fui claro contigo desde el principio. Nunca te mentí. Quizás, he jugado con fuego, y no te voy a negar que, si no estás conmigo, egoístamente no quiero que estés con nadie, pero no tengo nada que ofrecerte. No soy la persona que necesitas. Simplemente no soy para ti.

Lo de dejar el trabajo creo que no es justo. Ni para ti, ni para mí, ni para la empresa.

Un día te dije que nada tenía que ver una cosa con la otra, y sigo manteniéndolo. No quiero que te vayas, y si para ello tengo que dejar de molestarte, de llamarte, de hablarte, de mirarte, lo haré; te lo prometo.

No quiero que te alejes de mí, ni quiero que pienses que soy un ogro. Lo he hecho lo mejor que sé. Seguramente no es la mejor manera, pero no conozco otra para hacer las cosas. Siento hacerte llorar, ser el culpable de que no puedas ser feliz, y no dejar que sigas con tu vida. A pesar de lo que puedas pensar, yo no quiero que esto acabe.

—¡Eres un maldito egoísta, que solo mira por él! ¿Después de todo lo que ha pasado, y tienes la valentía de decirme que no quieres que esto acabe? ¿Qué quieres? ¿Qué siga llorando todo el día? ¿Solo por echar dos polvos para que tú te sientas mejor? No cumples tus promesas. ¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación?

Te he dicho millones de veces que no quiero que me mandes mensajes, que me llames, y has seguido haciéndolo.

—Triana, no seas cría. Sabes que no es solo un polvo. Y si lo piensas, es que parece que no has entendido nada.

—¿Qué no he entendido nada? ¡Qué valor tienes! A ti lo único que te importa es seguir teniéndome en tu cama. Lo siento, pero eso se acabó. No pienso seguir con esto. Quiero ser feliz. A lo mejor, algún día encuentro a alguien que me quiera como soy, y que no me haga sentirme pequeña y que no valgo nada.

—¿Quién ha dicho que no vales nada? Me encantas, Triana. Todo lo que he vivido contigo, ha sido especial. Me ha encantado estar contigo, y aunque no lo creas, también me encanta discutir contigo. Tenemos tanto carácter que, aunque no quiera, siempre terminas cediendo más que yo.

—¿Y por qué no eres capaz de dar un paso más? ¿Por qué Diego? ¿Por qué no quieres intentarlo? ¿Soy demasiado poco para ti? ¿Te avergüenzas de mí? Dime, Diego.

—No digas tonterías. No eres poco para mí. Eres demasiado. Eres más de lo que nunca tendré; te lo prometo. No digas ni en broma que me avergüenzo de ti. —Se acerca a mí y me acaricia la cara. —Princesa, no lo digas ni en broma. Eres todo, y eres muy especial. — rompo a llorar.

—Entonces, ¿Por qué no puedes intentarlo? ¿De qué tienes miedo? Explícamelo, por favor.

—Es muy difícil de entender, nena. No llores, por favor. Me partes el alma cuando me dices todo eso, y cuando lloras. No lo soporto. —Le miro y suspiro.

—Diego, se acabó todo. Espero que nunca te arrepientas de esto.

—Me arrepiento todos los días, nena. A todas horas. Por no ser valiente y dejar que mis sentimientos salgan. —Le pego un trago al vino y me levanto. —¿No terminas de cenar? —pregunta.

—Se me ha quitado el hambre. Quiero irme a casa. Necesito descansar.

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco quiero irme, pero tengo que hacerlo. Solo quiero saber algo.

—Dime.

—¿Has llegado a sentir algo por mí en este tiempo? —Suspira. Se toca el pelo, y baja la mirada.

—¡Joder, nena!

—Solo quiero que me respondas. Necesito saberlo.

—Siento mucho más de lo que te imaginas, Triana.

—Gracias. Por lo menos, ahora sé que has sentido algo por mí y que alguien puede quererme. —Me acerco y le beso en la mejilla. —Gracias por todo.

—Nena, espera. Tengo algo más que decirte.

—Dime.

—Quédate conmigo esta noche. No quiero sexo. Solo dormir contigo. Los dos juntos. Sin que esta conversación hubiera ocurrido. Te necesito cerca. Sé

que no volveré a tenerte, y necesito que pases esta noche conmigo.

—Diego, yo...

—Por favor..., no volveré a pedirte nada.

—Mañana tenemos que madrugar.

—¿Y qué? Ya te he dicho que solo quiero dormir contigo. Podemos hacerlo donde tú quieras. En mi casa, en la tuya, en un hotel. Tú decides.

—No creo que sea buena idea.

—Ya te lo he dicho, Triana, quiero dormir contigo. Como si fuéramos dos amigos. Te prometo que te respetaré. No tienes nada de lo que preocuparte.

—Está bien.

—¿Dónde quieres ir?

—Preferiría en tu casa.

—De acuerdo. ¿Nos vamos?

—Por mí sí. —pedimos la cuenta y nos marchamos.

—¿Por qué no dejamos tu coche en casa?

—Porque lo necesito para ir a trabajar mañana, y porque no es mío, es de Elena.

—No pienso dejar que te vayas sola.

—Está bien, pero no quiero que mañana vayamos juntos al trabajo.

—A sus órdenes, señorita.

—¡No seas bobo! —Cada uno coge su coche, y vamos de camino a mi casa. No sé si estoy loca por aceptar la propuesta de dormir con él. —aparco, me bajo y me subo en su coche.

—Gracias por aceptar. —me dice.

—Sabes que será la última vez, ¿verdad?

—Sí. Lo sé. Por eso pienso abrazarte toda la noche. —El trayecto es silencioso. Creo que ninguno de los dos se atreve a decir nada.

Llegamos a su casa. Me sirve una copa mientras que yo dejo el bolso y me siento en el sofá. Se sienta a mi lado, y me acaricia la cara.

—Me encanta estar a tu lado. Me has hecho mucha falta estos días. Creía que me iba a volver loco de tanto pensar en qué estarías haciendo.

—Estaba visitando a mis padres ya te lo dije.

—No solo a tus padres. Has pasado todo el fin de semana con él.

—Es lógico, Diego. Es mi novio, también tengo que pasar tiempo con él.

—Me mira. —Eso ha sido un golpe bajo, Triana.

—No es un golpe bajo. Es la verdad. Y si fuera buena tía, no estaría aquí contigo ahora.

—Lo eres. Ya te he dicho que solo quiero dormir contigo. No voy a tocarte un pelo.

—Lo sé, pero no creo que a ti te hiciera gracia que tu novia durmiera con otro.

—No me hace gracia, y has dormido. Y sabe Dios que más cosas habrás hecho.

—Yo no soy tu novia, Diego. No seas tan absurdo. Somos libres. Y por supuesto que no solo he dormido. He hecho todo lo que los novios pueden hacer.

—Te has acostado con él, ¿verdad?

—Diego, por favor.

—Olvídate por un momento de todo, y contéstame como si fuéramos dos amigos.

—Sí, Diego. Es lo que hacen las parejas.

—¿De verdad has podido? Acabas de romperme en dos.

—¿Perdona? ¿Y tú? ¿Me vas a decir que no has tenido nada con nadie? ¿Y tu *amiguita* de la oficina?

—Eres tan absurda, Triana.

—Debe de ser que se me ha pegado de ti. Diego, por favor, ¿eres tan absurdo que piensas que iba a ir a Menorca y no iba a pasar nada?

—Estaba convencido de que no ibas a ser capaz de tener nada con él. Pero, por lo que veo, estaba muy equivocado.

—o tienes derecho a reprocharme nada.

—Lo sé. Por eso me siento todavía más impotente.

—Te lo vuelvo a repetir. Tú has estado cenando. Esa mujer no ha dejado de venir a la oficina.

—Veo que tienes buenos informadores.

—Sí. Por desgracia, me cuentan las cosas siempre sin preguntar.

—Tendrás que darles vacaciones porque no he tenido nada con nadie. No se ha metido ninguna mujer en mi cama. No te voy a negar que lo intentó, pero le paré los pies rápido. No soy como tú crees, Triana. Creo que tienes una idea muy equivocada de mí.

—No tienes que darme explicaciones. Si lo has tenido, tampoco tengo como enterarme.

—Debería de valerte mi palabra porque nunca te he engañado.

—No quiero seguir hablando de esto. Tengo sueño. Quiero irme a dormir. Me voy a la habitación. Diego se queda en el salón. Me siento fatal. Ha

sido una semana de muchas emociones. Vuelvo a llorar de nuevo, parece que se ha convertido en rutina. Todo esto me supera.

Cuando Diego entra, me encuentra llorando.

—No quiero que llores. ¡Me siento un gilipollas por haberte traído aquí!

—Soy yo la que no tenía que haber venido, Diego. Esto no está bien.

—Lo siento, Triana. Sé que le quieres mucho. Soy un imbécil, y un egoísta. Quería tenerte para mí esta noche. Y mira lo que he conseguido: hacerte llorar otra vez. —Empiezo a llorar. No puedo parar. Necesito desahogarme.

—Triana, si quieres irte, lo entiendo. Puedo llevarte a casa si quieres. Por favor, deja de llorar. —Me acaricia la cara, y yo me echo en sus brazos. Él me abraza fuerte.

—Lo siento, cariño. Perdóname. Es todo culpa mía. Seré un gilipollas toda la vida. No tengo remedio. Lo siento.

—No es culpa tuya. Soy yo. Yo soy el error. No te imaginas por lo que estoy pasando.

—No te mereces nada de lo que te está pasando. Te mereces ser feliz.

—No me merezco nada, Diego. No soy capaz de hacer feliz a nadie.

—No quiero escucharte decir eso. ¿Quieres quedarte a dormir?

—¿Quieres que me quede?

—Sabes que es lo que más deseo.

—Me quedo. — Me besa en la mejilla.

—Acuéstate, nena. Tienes que descansar. Olvídate de todo por esta noche. —Se levanta de la cama, se quita la camiseta, el pantalón, y se mete en la cama. Yo hago lo mismo me quedo en ropa interior y me tapo con la sábana. Me doy la vuelta y él me abraza, siento su cuerpo con el mío. Hacía tanto tiempo que quería estar así con él. Le cojo la mano y le aprieto fuerte. Me doy la vuelta y le beso en la mejilla. Le acaricio y sigo besándole el cuello.

—Nena, para. No soy de piedra. Estás en mi cama, en ropa interior y me estás besando. No me pongas contra las cuerdas, por favor.

—Necesito esto.

—Te he prometido que no iba a tocar y pienso cumplirlo. Si pasa algo, mañana te arrepentirás, y yo ten por seguro que no porque lo deseo con todas mis fuerzas.

—Yo también lo deseo. ¿Qué piensas, que no tengo las mismas ganas que tú? —Me acerco y le beso en la boca. Me coge y me sube encima de él. Me besa apasionadamente y me acaricia todo el cuerpo. Sigo besándole, pero de

repente me suelta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Triana, no puedo. Me estoy volviendo loco. Te he dicho que no iba a tocarte, y no me quito de la cabeza a el tío este tocándote y haciéndote el amor. —Me acerco a él.

—Diego, estamos aquí. Estoy contigo porque quiero, y te he besado porque lo necesitaba.

Quizás tengas razón y no debemos hacer nada más. Ven. —Volvemos a acostarnos.

—No soporto la idea de que te haya tocado.

—Diego...

—Es verdad, Triana.

—No quiero discutir. Sabes que si estoy con él es porque tú no has querido nada conmigo.

—Lo sé.

—Vamos a dormir, por favor. Necesito descansar. Me abraza fuerte y me quedo dormida escuchando el sonido de su corazón en mi espalda.

Cuando me despierto, son las siete y estoy sola en la cama. Me levanto y busco a Diego pero no le veo por ningún lado. Veo una nota en la mesa.

«Hola, nena. Me hubiera encantado despedirme de ti, y darte lo buenos días, pero he preferido venirme antes a la oficina. No he dormido demasiado bien, aunque me ha encantado estar a tu lado.

Te prometí que no te tocaría, y así lo hice.

Para mí los momentos contigo, siempre son especiales, y sé, que si nos despedíamos todo iba a ser más difícil. Solo puedo decirte gracias por pasar la noche conmigo».

Suspiro. Me hubiera gustado despertarme y verle a mi lado. Le pongo un mensaje.

TRIANA_07:05

Buenos días. Me he despertado, pero no te he visto. Me hubiera gustado que estuvieras aquí.

He pasado una noche fantástica. A veces, somos personas racionales y nos llevamos bien. Me encantaría que siempre fuera así. En realidad, me gustaría que todo fuera diferente. Gracias por la noche de ayer.

Espero un rato y no me contesta. Me meto en el baño a arreglarme para poder ir a trabajar. Todo huele a él. Siento que nunca volveré a estar aquí, y

eso me destroza por dentro. Sobre todo, porque sé que en cuanto cruce esa puerta, mi vida cambiará completamente. Tendré que tomar decisiones, y también enfrentarme a Santi. Pero, antes de todo eso, me queda una larga jornada de reflexión.

Antes de irme, abro un cajón y cojo una camiseta de Diego. Quiero llevarme algo para tenerlo siempre conmigo. Cuando cierro la puerta me da la sensación de que mi vida se acaba de quedar ahí dentro.

Capítulo 13

Cojo el autobús y a las ocho menos cuarto, llego a la oficina. Por fin veo a Alberto, últimamente he dejado a la gente que es importando para mí de lado. Me he apartado de todo. Necesito recuperar muchas cosas.

Cuando llego a la oficina, me pongo a trabajar. Miro el móvil una y mil veces, pero no hay rastro de Diego.

El día pasa rápido y no tengo ni rastro de Diego. Después de la noche de ayer, no he vuelto a tener noticias tuyas. Cuando estoy esperando el avión, decido escribirle de nuevo.

TRIANA_23:00

Hola. No sé qué harás. Ni siquiera me has escrito, ni me has contestado. Contigo siempre es lo mismo, das una de cal y otra de arena. Vuelvo a echarte de menos. Soy imbécil. Salgo de viaje en un rato. Un beso.

GRUÑÓN_23:15

Triana, creo que ayer ya quedo claro todo, por eso he preferido no contestarte. Lo siento, estoy reunido.

Ni siquiera le contesto. Me hace dudar, y cuando ya parece que las cosas van a cambiar vuelve a darme carpetazo.

Antes de la una llego a Menorca. Voy a un hotel. No quiero que mis padres sepan que estoy aquí. Mañana llamaré a Mónica para decirle que he llegado. Me acuesto en cuanto que llego. No sin antes darle vueltas a la cabeza; una costumbre mía, ya.

Por la mañana tengo varios mensajes:

GRUÑÓN_00:45

Hola. Quería saber si has llegado bien.

ELENA_08:15

Mi niña, ¿qué tal? ¿Has resuelto algo ya?

ALBER CURRO_08:30

¿Qué tal tu viaje princesa? Te echo de menos.

Empiezo por contestar a Elena. Le digo que todavía no sé nada, que la llamaré luego. Y a Alberto le digo que volveré pronto. A Diego directamente ni le contesto.

Cuando me ducho y me arreglo, llamo a Mónica. Quedamos en la plaza en media hora.

—Hola, Triana. —Me acerco a ella y le doy dos besos.

—Hola, Mónica.

—Triana, te presento a Sergio.

—Hola, Sergio.

—Hola, Triana.

—Sergio es amigo de Santi de la universidad. Es él el que te va a explicar todo lo que quieres saber. Vamos a sentarnos.

—Te escucho. —digo.

—Aunque tú no me conoces, yo a ti sí. Yo soy uno de los que hizo la apuesta con Santi. Él estaba seguro de que, si volvía a hablar contigo, volvería a conseguirte.

Voy a enseñarte algo, Triana. — Coge su móvil, y me lo da en la mano. Empieza un vídeo. Lo que veo me deja impactada.

Es Santi, y se me quedan grabadas sus palabras para siempre. *«Ganaré esa apuesta. Me la follaré, y tendréis vuestra maldita foto, y mientras que yo me voy a Tailandia, vosotros os quedareis aquí, muertos del asco».*

Este es mi fin, Nunca pensé que pudiera causarme tanto dolor. Mis lágrimas caen sin más. No puedo seguir fingiendo que todo está bien. Me ha engañado. Me ha utilizado, y se ha reído de mí, una vez más. Tanto dolor no cabe en mi cuerpo. Me ha partido en mil pedazos.

—Lo siento, Triana. Siento que te hayas tenido que enterar así. Pero es lo mejor.

—Os lo agradezco de verdad. No sé cómo he podido ser tan tonta. ¿Y por qué teníais tanto interés en que lo supiera? ¿No se supone que sois sus amigos?

—Sí, Triana, pero la broma ya se ha ido de madre, y sobre todo, apreciamos a tu hermano. Sabemos que cuando se entere, no querrá saber nada de nosotros.

—¿Por qué no lo pensastéis antes de apostar algo que me jodería la vida?

—Estábamos seguro de que jamás volverías con él. Llevabas años sin querer verle. Y tu hermano nos había dicho que habías conocido a alguien en Madrid. Solo puedo pedirte perdón, Triana.

—Es un poco tarde. Pero, he de reconocer que la culpa es de él. Jamás tendría que haber accedido a algo así, aunque solo fuera por el cariño que le

tiene a mi hermano y a mi familia.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Tengo que pensar. Pero te aseguro que todo el mundo se va a enterar de lo que ha hecho. Esta vez no pienso perdonarlo.

—Lo siento, Triana—me dice Mónica.

—Lo que no entiendo es lo tuyo, Mónica. ¿Tú no estabas enamorada de él? ¿Por qué haces todo esto?

—Porque a mí también me engañó. Durante años, pensé que solo me quería a mí, y resultó que también estaba contigo. Lo dejamos un tiempo, pero volví con él, creyéndome todas sus mentiras, y no ha sido hasta hace un tiempo, que me di cuenta de que cuando alguien te quiere de verdad, no es capaz de engañarte con otra persona. Eso es el amor. Vivir por y para la persona que quieres.

—Si te sirve de algo, yo tampoco sabía que estaba contigo. A mí también me tuvo engañada.

—Solo quiero que sepas, que esto no ha sido por rencor, ni celos. Aprecio a tu hermano, y sé lo mucho que te quiere.

—Mi hermano..., no sé qué pasará cuando se entere.

—Lo matará, Triana. Tu hermano no consiente nada contigo. Cuando te hizo eso, estuvo más de un año sin hablar con él.

—Yo creía que tenían buena relación.

—No. Volvieron a hablarse el año pasado, y como ya había pasado mucho tiempo, volvieron a retomar la relación, pero no es tan intensa como antes.

—Chicos, tengo que irme. Tengo muchas cosas en las que pensar. Gracias por toda la información. ¿Os importaría mandarme el vídeo? Quizás, me haga falta. —me lo mandan.

—Gracias. —Se acercan y me besan. —Cuídate, Triana.

—Tú también, Mónica. Nunca hubiera imaginado que tú y yo acabáramos así.

—Yo tampoco. La vida da muchas vueltas. —reímos.

Me marcho. Me voy a pasear a la playa, y me siento en la orilla. Hago una foto de mis pies con el mar de fondo, la pongo en el WhatsApp, y añado un estado.

«El lugar que más he amado nunca, y en el que más feliz he sido, se ha convertido en un lugar lleno de malos recuerdos, sufrimiento, mentiras y amores que jamás tendrían que haber existido».

Comienza mi venganza. Ahora tengo que ser fuerte, y tener la cabeza muy fría. Llamo a Elena, le cuento lo que ha pasado y la mando el vídeo, para que ella juzgue por sí misma. Cuando lo ve, inmediatamente me pone un mensaje.

ELENA_11:30

¡Valiente Capullo! Ojalá y tenga lo que se merece. Como me gustaría estar ahí contigo, amiga. Sé que me necesitas. Recuerda que te quiero. Ven pronto, pero no sin antes darle una buena patada en los huevos a ese cabrón.

La adoro. Se ha convertido en mi gran apoyo en Madrid. Siempre ha estado cuando más la necesito. Es una amistad sana, y me gustaría conservarla por mucho tiempo.

Y eso me recuerda que nunca es tarde para pedir perdón. Sobre todo, cuando alguien te ha importado tanto.

Capítulo 14

Llego a la puerta, y después de muchos años, me doy cuenta de que estoy donde tengo que estar. Intentando recuperar lo que hace años perdí. Y a pesar de que no sé cómo me recibirá aquí estoy, temblando, con la mano apoyada en el timbre, pero sin ser capaz de pulsarlo. Llamo, y me abre. Ahí está ella. Con cara de sorpresa. Me sonrío y se tira a mis brazos. Es ella. mi amiga, Carla, a la que hace años fallé.

—Triana, ¡no puedo creer que estés aquí! ¡Estás guapísima! ¡Cómo has cambiado!

—Tú también. Estás estupenda. ¿Cómo te va todo?

—Genial. Terminé la carrera, y me voy a vivir a Nueva York con mi chico. ¡Nos casamos el año que viene!

—¡Me alegro muchísimo! Espero que seáis muy felices. Te lo mereces.

—Gracias. Pasa. No te quedes ahí. ¿Quieres un café?

—Vale. —Me siento en el sofá, y recuerdo tantas cosas..., he vivido tantos momentos aquí con ella. Hemos pasado de jugar con muñecas a encerrarnos en la habitación a llorar por los chicos.

—Toma. —me tiende una taza de café.

—Gracias. Pensaba que ya no vivirías aquí.

—Sí. Me compré un piso en el centro, pero solo voy los fines de semana. Mi madre sigue aquí, y me da mucha pena tener que dejarla sola. Mi padre falleció el año pasado, y la pobre no ha levantado cabeza.

—Lo siento mucho. No sabía nada. Siempre he preguntado por ti, y me decían que estabas bien. Pero nadie me dijo lo de tu padre.

—Sí. Estaba muy malito, y después de una larga enfermedad, murió. Todavía me cuesta recordarlo. Vivir aquí con tantos recuerdos, no ayuda demasiado. —Veo como sus ojos se llenan de lágrimas, y me acerco a abrazarla.

—Gracias, Triana. Gracias por venir.

—Gracias a ti, por abrirme las puertas de tu casa después de tantos años. Sé que no me lo merezco.

—¡No digas tonterías! Estoy encantada de que estés aquí, aunque tengo que reconocer que me hubiera gustado que lo hicieras antes.

—Lo sé, y aunque han pasado muchos años, quiero darte una explicación.

—No hace falta.

—Haga falta o no, quiero hacerlo. Primero, quiero pedirte perdón. Me comporté como una idiota. Tenía que haberte creído, y más sabiendo que tú jamás me engañarías. Pero, estaba cegada. Cuando lo descubrí por mí misma, como tú me dijiste, no me vi con fuerzas para ponerme delante de ti. Me sentía avergonzada por haberte tratado así, y no fui capaz de volver atrás.

Me fui y dejé todo de lado. Incluso deja de venir, de ver a mis padres. Necesitaba un cambio de vida. Lejos de todo esto. Y lo conseguí. Conseguí ser feliz, sin tenerle miedo al pasado.

Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero me gustaría que cuando venga, si algún día estás por aquí, pudiéramos vernos, charlar, y saber de ti. Aunque no lo creas, te he echado de menos. Me arrepiento de como hice las cosas.

—No tienes que preocuparte, Triana. Lo sé. Yo también he sabido de ti. Tu hermano me mantenía informado de todo. Me enseñaba fotos tuyas, me contaba cuando iba a visitarte a Madrid. Y esa era mi única manera para tener cerca. Te echado de menos, amiga. —Esas palabras me llegan al corazón. Lloro y la abrazo. Yo también la he echado de menos. Más de lo que ella se imagina. Lloramos las dos como tontas.

—Ya vale de lloros. Hay que estar felices, porque después de tantos años, volvemos a estar juntas. Me gustaría que vinieras a mi boda, Triana. Me haría mucha ilusión.

—Me encantaría, pero no sé si después de todo lo que pasó...

—Por mi parte está todo olvidado. Yo nunca te he guardado rencor. Y siempre esperé que volvieras a aparecer. Sabía que preguntabas por mí, y eso me hacía feliz. Sabía que te seguía importando.

—¿Por qué no volviste a llamarme?

—Quería dejarte tu espacio. Cuando me enteré de que ese cabrón te había dejado, imaginé lo mal que estabas y me puse en contacto con tu hermano. Pero, no me atreví a llamarte. Pensé que, si me necesitabas, me llamarías. Luego me enteré de que te fuiste a Madrid, y me di cuenta de que no tenía sentido que te llamara.

Tú te habías ido a olvidar todo lo que había aquí, e indirectamente, si yo me ponía en contacto contigo, te haría recordar todo eso.

—¡Somos unas tontas!

—Sí. Bueno, dime que haces aquí. ¿Cómo te va todo por Madrid?

Cuéntamelo todo.

—Por Madrid bien. Tengo trabajo. Buenos compañeros, vivo en una casita de alquiler. No puedo quejarme.

—¿Y tienes novio? ¿Marido?

—¿Marido? No. Podría decirse que volví a enamorarme, pero las cosas entre nosotros son de todo, menos fáciles.

—¡Vaya! Lo siento. Seguro que aparece alguien, tranquila.

—Prefiero que no aparezca. Estoy cansada de enamorarme. Tengo que contarte algo, antes de que alguien lo haga por mí.

—Dime.

—Hace poco, arreglé las cosas con Santi, y como yo estaba loca de amor por otro hombre, decidí que la mejor manera de sacármelo de la cabeza, era intentándolo otra vez con él. Había cambiado. Me sentía bien con él. Llevábamos muy poco tiempo, y la semana pasada al irme, me encontré con su ex. Me contó algunas cosas. Hoy he venido a enterarme de toda la verdad. Voy a enseñarte algo, para que lo entiendas. —Le pongo el vídeo en el móvil.

—¡No me lo puedo creer! ¡Cómo se puede ser tan...!

—Puedes decirlo. Tan hijo de puta. Lo es. Me hizo creer que me había querido siempre, y fíjate. Otra mentira más.

—¡Voy a matarlo!

—Tranquila, que ya tengo preparada para él la venganza.

—Espero que seas muy cruel con él.

Seguimos charlando. Nos damos los teléfonos, y le digo que puede llamarme cuando quiera. Quedamos en que la semana que viene vendrá a Madrid porque tiene vacaciones.

Aunque no ha sido el mejor día de mi vida, puedo decir que estoy feliz. He recuperado a mi amiga después de muchos años.

Cuando salgo, llamo a mi hermano, le digo que estoy en Menorca, y que necesito hablar con él. Quedamos para comer.

Mientras que le espero, recibo varios mensajes.

GRUÑÓN_12:00

¿Por qué no contestas? ¿A qué viene ese estado?

SANTI_12:05

Hola amor, ¿cómo estás? Me encanta tu foto, pero no me gusta tu estado. ¿Ha pasado algo? Te echo de menos.

Dudando entre dos hombres, y ahora resulta que me he quedado sin ninguno ¡Así es mi vida! Decido contestar a Santi.

TRIANA_12:07

Tenemos que hablar; es importante. Más tarde te llamo.

Me llama inmediatamente, pero rechazo la llamada. Mi hermano ya ha llegado.

—Hola, hermanita. —Me abraza.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien. Sorprendido por tu llamada. ¿Por qué no has ido a casa?

—Tengo que hablar contigo, y no me gustaría que papá se enterara de esto. Podría disgustarse y no quiero.

—Dime que pasa, porque no me gusta nada esto.

—Voy a enseñarte algo, y cuando lo veas, te lo explico, aunque no creo que haga mucha falta. —le doy mi móvil. Su cara cambia por completo. Se levanta de la silla furioso y da un golpe.

—¡Será hijo de puta! ¡Voy a matarlo! ¡Te juro que lo mato!

—Tranquilízate. No hagas tonterías, por favor.

—¡Lo mato, Triana! ¿Cómo he podido dejar que volvieras con él?

—No es culpa de nadie, y si acaso fuera de alguien, sería mía.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero verle la cara cuando le enseñe el vídeo. No quiero que le digas nada a papá. Esto sería un disgusto para él.

—¿Cómo no se va a enterar? No quiero que ese capullo vuelva a casa nunca más.

—Se enterará a su debido tiempo. Tranquilo.

—¿Y qué vas a decir en casa? ¿Qué has venido para qué?

—No sé. Ya se me ocurrirá algo.

—Vámonos, hermanito. Tengo muchas cosas que hacer, y tengo el vuelo esta noche.

Dani va todo el camino callado. Sé que está pensando en todo lo que ha visto, y le está quemando por dentro. Yo también lo mataría. Ni siquiera se merece que vaya a verle.

Cuando llegamos a casa, mi padre se asusta al verme entrar.

—Hija, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—No, papi. He venido de viaje *exprés*. Necesitaba solucionar unas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Ya has ido a ver a Santi? Anda loco por verte. —Veo

como la cara de mi hermano se enfurece por momentos. Le miro, e intento tranquilizarle.

—Nada importante, papá. No te preocupes. Todavía no he ido a ver a Santi. Lo haré ahora más tarde.

—Me alegro de que te esté cuidando tanto, hija Estoy feliz por ti.

—¡Se acabó, Triana! O se lo cuentas tú, o se lo cuento yo. Ya está bien de tanta tontería.

—¡Dani, cállate!

—No pienso callarme. Elige o tú, o yo.

—¿Qué está pasando? ¡Queréis contármelo de una vez!

—Papá, ha pasado algo, pero no quiero que te disgustes.

—Cuéntamelo ya.

—Es Santi. Me ha engañado. Pero, no pasa nada, papá. Solo que las cosas entre nosotros ya no van a poder ser, nunca.

—¿Engañado? ¿Por qué?

—No me preguntes. Se acabó y ya está.

—Eso no es explicación.

—Papá, hizo una apuesta con sus amigos. Iba a ganar un viaje a Tailandia si conseguía conquistar a Triana de nuevo. Tonto los...

—¡Dani!

—Ni Dani, ni nada. No quiero que ese individuo vuelva a pisar esta casa, ni que vuelva a acercarse a ti en la vida. Él y yo vamos a tener una charla.

—Hija, ¿es eso verdad?

—Sí, papá. No quería contártelo para no hacerte sufrir. Lo siento.

—No quiero mentiras. Hablaré con él.

—¡Ya está bien! No quiero que nadie hable con él. Soy yo la que resuelve las cosas. No necesito protectores. Soy demasiado mayorcita. He crecido, parece que no queréis daros cuenta. —Cojo la puerta y me marchó.

Le mando un mensaje a Santi y le digo que quedamos donde siempre. En diez minutos está allí.

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí?

—Toma. A lo mejor, esto, te da la respuesta que estás buscando. —Pongo el vídeo y le doy el móvil. —Su cara cambia. Se queda pálido, y antes de que acabe el vídeo habla.

—No es lo que crees, cariño. Te lo prometo.

¿No es lo que creo? ¿Piensas qué soy idiota? Pensabas que nunca me iba a enterar, pero te ha salido mal.

—¿Quién te ha mandado esto? El que haya sido, quiere vernos separados.

—¡No me cuentes historias! Me parece increíble, que después de todo lo que me hiciste en el pasado, hayas tenido el valor de volver a engañarme. ¡Eres un cerdo! No quiero volver a verte en la vida. No quiero que te acerques a nadie de mi familia. Ni siquiera a metros. Mantente alejado de ellos. Por cierto, —le cojo su móvil. Busco el chat de sus amigos, y mando un mensaje de audio.

—Hola, chicos. Soy Triana. Solo quería deciros que la apuesta acabó, y quería aclararos algo, mientras que él imbécil de vuestro amigo se acostaba conmigo, yo estaba pensando en otro, en el que de verdad estoy enamorada. ¿No os ha contado que mientras que estaba con él estaba con otro? No ha conseguido enamorarme de nuevo. Eso era imposible, acostarse sí, aunque en realidad, en mi mente no estaba él. Vosotros sabréis si la apuesta la ha ganado él o vosotros. Sea quien sea, que disfrutéis mucho todos. Sois grandes personas.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta.

—Porque te lo debía. Quiero que sepas que, en este tiempo, solo he pensado en Diego. Me creí tus mentiras, pero me arrepentiré el resto de mi vida de haber tenido algo contigo.

Eres lo peor que me ha pasado, y puedo decir que no te odio, porque eso sería darte más importancia de la que te mereces. El asco que me provocas es suficiente para saber que te quiero alejado de mí para siempre. Que te vaya bien, Santi.

—Triana, espera. —me coge del brazo.

—¡No vuelvas a tocarme! No me llames. Olvídate de que existo. —Me marcho. Se terminó todo. No quiero volver a saber nada de él. Vuelvo a casa.

—Hola. —saludo al entrar.

—Hola, ¿cómo ha ido? —pregunta mi hermano.

—Bien. Como siempre ha intentado explicarse, y hacerme ver que no era lo que yo pensaba, pero no quiero escucharle. Se acabó, y esta vez, para siempre.

—¿Estás bien, hija?

—Sí, papá. Ahora sí. Me he quitado un peso de encima. Llevaba días mal por no saber las cosas, y hoy que ya he acabado con todo, me siento mucho mejor.

—Me alegro, hija. ¿Vas a quedarte?

—No, papa. Me cogí dos días en el trabajo, pero lo he pensado mejor.

Quiero irme a casa hoy.

—¿Volverás?

—Claro que sí. —le abrazo y le beso. —Te quiero papá.

—Yo también, hija.

—Hermanito, ¿me llevas al aeropuerto?

—Por supuesto. —me despido de mis padres, y nos vamos al hotel a recoger mis cosas, y de ahí al aeropuerto.

—¿Estás bien hermanita?

—Sí, ya sí. Me he quitado un gran peso.

—¿Qué le has dicho?

—Le he mandado un mensaje de audio a sus amigos explicándoles algunas cosas. Espero que pierda la apuesta el capullo.

—Lo siento, hermanita.

—No tienes que preocuparte. Todo está bien.

Me voy y le digo que todo está perfecto, que no haga tonterías y que nos vemos en Madrid.

Le pongo un mensaje a Elena, para que me recoja más tarde en el aeropuerto.

En el avión, me quedo dormida, ha sido un día duro y muy intenso.

De esos, que me costará olvidar.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, nadie me espera en el trabajo, ni siquiera Alberto. Me pregunta que tal todo, y le respondo que necesito una larga cena para explicárselo. Prometemos quedar el fin de semana.

Le pongo un mensaje a Diego.

TRIANA_09:00

Hola. Al final, el viaje ha sido más corto de lo esperado, y estoy trabajando. Solo quería que lo supieras.

Me contesta al momento.

GRUÑÓN_09:01

¡Por fin das señales de vida ! ¿Ha ocurrido algo en el viaje?

Ya no le contesto más y me pongo a trabajar.

Y hoy, un viernes cualquiera, el destino se pone de mi parte y recibo una llamada. Aquella que dará un nuevo rumbo a mi vida.

—Hola, ¿Triana?

—Sí. Soy yo.

—Encanta. Soy Valeria. Te llamo de *Spelty*. Hace tiempo nos enviaste una solicitud junto con tu *curriculum*, y nos ponemos en contacto contigo para saber si sigues interesada en la beca para estudiar y trabajar aquí. —me quedo en blanco y no contesto.

—¿Triana? ¿Me oyes?

—Sí, perdona. Acabo de quedarme un poco paralizada. ¿Me estás llamando de Italia?

—Sí. Perdona por no hablarte en italiano, pero como solemos llamar a todos los países, intento hablar siempre en el idioma de la persona que recibe la llamada.

—Perfecto. Me he quedado un poco sorprendida. No espera una llamada vuestra.

—No te preocupes. Te cuento un poco. Nos interesaría que estuvieras con nosotros un año entero, con posibilidad de que te quedaras hasta cinco, y luego incluso poder ofrecerte un buen puesto en la empresa. Te acabo de mandar un *e-mail* con toda la información. Cuando puedas, por favor, le echas un vistazo.

Para cualquier duda que tengas, puedes ponerte en contacto conmigo. Ahí

vienen mis teléfonos, mi *e-mail*. Incluso, puedes contactarme por WhatsApp. Pero eso sí, Triana. Necesito una respuesta antes del martes. Quieren que vengas a principios del mes que viene, y hay que arreglarlo todo.

—¿Dentro de diez días?

—Sé que te avisamos con muy poco tiempo, pero así lo hemos decidido. Espero que puedas leerlo todo y que pronto me des una respuesta. Porque si es que sí, tenemos que empezar con el papeleo.

—De acuerdo, Valeria ¿Puedo mirar el *e-mail* primero?

—Por supuesto. Ya te he dicho que cualquier cosa, por favor, no dudes en contactar conmigo.

—Gracias. Pronto tendréis respuesta.

—Gracias a ti. Espero que podamos contar contigo en nuestra empresa.

—Cuelgo.

«¡No me lo puedo creer! Llevo dos años esperando esa beca, y justo me la conceden ahora». —Pienso—.

Necesito contárselo a alguien, pero lo primero es mirar el *e-mail* con todas las condiciones.

Leo atentamente y no salgo de mi asombro. Es la mejor oportunidad que me podían da.

Voy a poder estudiar, y a la vez voy a ser una trabajadora con un sueldo muy, muy digno.

Más de mil cuatrocientos euros. En Italia. Mi ciudad favorita. Estudiando lo que me gusta... Tengo que pensar muy bien la respuesta. Ahora mismo, mi vida es como una montaña rusa. Está llena de frentes abiertos. No sé si será el mejor momento para marcharse.

Salgo del trabajo, y le digo Alberto que si podemos ir a tomar algo. Él es de mi plena confianza, y sé que me dará un buen consejo.

Se queda perplejo cuando se lo cuento. Él también sabía que yo había pedido la beca, pero ya la había dado por perdida porque no había recibido respuesta en dos años.

—*Principessa*, te pasan cosas muy buenas. Es una oportunidad estupenda. Vas a poder hacer lo que te gusta. Además, cobrando. Eres una mujer con suerte.

—Lo sé.

—No pareces muy entusiasmada.

—Sí. Llevaba mucho tiempo esperándolo, pero tenía tan claro que ya no iban a llamarme que estoy muy sorprendida. Creo que todavía no lo he

asimilado.

—¿Y cuándo te irías?

—En diez días.

—¡Madre mía! Eso es ya.

—Sí, pero antes del martes tengo que dar una respuesta, y no sé qué hacer.

—Piénsalo con calma. Todavía tienes tiempo. Te lo acaban de decir. ¿Qué es lo que te ata aquí? —Si Alberto supiera lo que me ata, creo que se caería desplomado.

—Mi familia, sobre todo.

—Ya. Y algún hombre, ¿no?

—En realidad, también hay hombres importantes en mi vida, incluyéndote a ti.

—Lo sé. ¿Qué tal con Santi?

—He terminado con él. Me ha engañado una vez más. Había hecho una apuesta con sus amigos. Si volvía conmigo, le pagarían un viaje a Tailandia.

—¿De verdad? ¿Y qué te ha dicho?

—Tonterías. Que querían separarnos..., pero tengo un vídeo que lo demuestra.

—Entonces, reina, este es el mejor momento para irte y olvidarte de ese idiota.

—¿Tú qué piensas de lo de irme?

—¿Yo? Que es una oportunidad estupenda. No puedes dejarla atrás. Tienes que irte. Los hombres de tu vida seguiremos aquí cuando vuelvas, y si no vuelves, ten por seguro que iremos a verte. Creo que nadie se merece que dejes una oportunidad así de lado. Tienes que vivir y aprovecharla.

—¿Y el trabajo? ¿Qué dirá el jefe?

—¿El jefe? ¿Tú crees que le importara que te vayas? Cuando te largues, encontrará a otra como tú. No me malinterpretes, no es que seas como todas, pero para los jefes sí. Somos como plantas que, si nos cambian, no pasa nada. —las palabras de Alberto me hieren, sobre todo, porque lo ha dicho de una manera que para mí tiene otro sentido.

—Tienes razón. Quizás, nadie se merezca que desaproveche la oportunidad. Además, no me voy de por vida. Podré venir a visitaros.

—Claro que sí. ¡Esa es mi chica! Tienes que decirles que sí.

—Lo pensaré. — nos pasamos horas hablando del tema, y luego me lleva a casa.

Cuando llego no hay nadie como de costumbre y cojo el móvil. Marco el teléfono de Diego. Quiero contarle la noticia, y saber también su opinión.

No me coge el teléfono. Últimamente, parece que lo ha tomado por costumbre.

Me llega un mensaje enseguida.

GRUÑÓN_22:45

Lo siento. Estoy ocupado. No puedo atenderte ahora.

TRIANA_22:47

Perdona por la interrupción. simplemente quería comentarte algo, pero no te preocupes, no volveré a molestarte.

Apago el móvil y no lo enciendo hasta que a la mañana siguiente a eso de las siete me despierto.

Tengo llamadas de Santi, y un mensaje de Diego, pero no hago caso. Decido llamar a mi padre, quiero hablar con él y contarle todo.

Mi padre me dice que me vaya, que aproveche la oportunidad. Él sabe los días que he pasado pendiente de que sonara el móvil. Sabe lo importante que es para mí. Después de un buen rato de charla cuelgo. Pero el móvil vuelve a sonarme.

—¿Sí? —contesto.

—¿No puedes contestarme al mensaje?

—¿Qué mensaje? ¿De qué hablas?

—Del que te he mandado hace como ocho horas.

—Tenía el móvil apagado.

—Sí y comunicando más de media hora.

—¿Me estás controlando?

—No te controlo. Simplemente te he llamado y estabas comunicando.

—Llevo toda la semana detrás de ti y no he conseguido ni una buena palabra. Ayer te llamé para contarte algo importante, y tampoco me has contestado. ¡Ah, sí! Estabas reunido, y te molestaba, ¿verdad? ¿Sabes lo que te digo, Diego? ¡Vete a la mierda! Estoy harta de ti, pero que sepas que no te voy a molestar más, me voy a largar muy lejos.

—Vale, señorita, cuando lea el maldito mensaje que le he mandado, sigue echándome mierda encima si quiere. Hasta luego, bonita. —Cuelga.

Me voy a mirar el mensaje...

GRUÑÓN_05:15

Hola, nena. Perdona por la contestación, pero no fue fácil la noche.

Tuve un accidente con mi hermana en el coche, y la cosa no fue precisamente suave.

No quería preocuparte a esas horas, sobre todo, porque no podía hacer nada tampoco. Por eso te conteste así. No podía seguir con el móvil, prefería que te enfadaras y que no me escribieras porque sabía que, si seguías haciéndolo, tarde a temprano, tendría que decirte donde estaba. Lo siento.

Le llamo inmediatamente.

—Diego, yo...

—¡Vaya! ¿Ya estás más tranquila?

—Lo siento. No me podía imaginar que fuera eso lo que pasaba.

—Lo sé. Me lo pensé mucho al decírtelo. Sabía que pensarías que estaba con una mujer, y hasta que las cosas no se relajaron, no puede escribirte. Yo también siento la manera de tratarte. No ha sido la más acertada.

—¿Y tú cómo estás? ¿Y tu hermana? —Ni siquiera sabía que tuviera una hermana.

—Yo bien. Solo un poco de dolor cervical, y contusión en el brazo. Me duele un poco, pero ella se llevó la peor parte. Ya está fuera de peligro, pero están haciéndole muchas pruebas. Más tarde tengo que ir al hospital.

—No sabía que tenías una hermana. ¿Y dónde ibais tan tarde? ¿A alguna fiesta?

—No, Triana. Mi hermana tiene ocho años. La recogía de casa de mi padre.

—Ocho años? No tenía ni idea. No entiendo que la recogieras en casa de tu padre... ¿es que tu padre y tu madre no...?

—No. Están divorciados hace algunos años. Yo soy el que se encarga de llevarla a ella. En realidad, mis padres no guardan muy buena relación.

—No sabía...

—Lógico, Triana. Prácticamente nadie lo sabe. Ni siquiera sé porque te lo estoy contando.

—Me siento una estúpida. Lo siento. Espero que se mejore.

—Sí, eso espero yo también. ¿Y tú? ¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme?

—Prefiero que no sea por teléfono.

—¿Ha pasado algo?

—Nada grave. Digamos que importante.

—¿Te apetece cenar hoy y hablamos?

—Pues...

—Triana, es solo cenar.

—Está bien. ¿Me recoges a las diez? No quiero llegar tarde a casa. Necesito descansar.

El día pasa rápido. Le escribo varias veces para saber que tal está su hermana, y como van sus dolores. Le pido que no conduzca, pero sigue siendo un cabezón.

Por la noche me recoge y nos vamos a un restaurante.

—¿Qué tal tu hermana?

—Sigue igual. No ha habido mucho cambio. Espero que mejore.

—Seguro que sí. No te preocupes. Quería pedirte disculpas. No sabía nada de lo ocurrido. No me comporte adecuadamente. Perdóname.

—No te preocupes. No tenías por qué saberlo. De todas formas, estoy acostumbrado a tus mensajes.

—Lo de tu hermana paso ayer, pero tú llevas contestándome mal desde el lunes. No he vuelto a saber nada de ti en toda la semana. Dime que se supone que tengo que pensar.

—En eso habíamos quedado, ¿no?

—Tienes razón. Soy yo la tonta que siempre cree que detrás de ti puede haber una oportunidad.

—Triana...

—Tranquilo. No pasa nada.

—Sabes que no es así. Simplemente intento mantener la distancia todo lo que puedo.

—Lo entiendo.

—Triana, ¿qué es lo que te pasa? Estás muy rara, y además ayer me dijiste que no me preocupara que no me ibas a molestar más.

—Es la verdad. Entre nosotros todo ha acabado, pero ahora lo vamos a tener mucho más fácil.

—Cuéntame lo que me tengas que contar ya, por favor. No quiero más rodeos.

—Me voy a Italia Diego. El lunes me llamaron de una beca que llevaba esperando dos años, y tengo quedarle una respuesta antes del martes. Por eso, el otro día quise hablar contigo, pero como eres siempre tan difícil, no pude. —se hace un silencio. —¿No dices nada?

—¿Y por qué te vas? ¿Por lo que ha pasado entre nosotros?

—No. Es algo que llevaba esperando mucho tiempo. Lo había dado por

perdido, pero cuando me llamaron el otro día, no sabía qué hacer. Han cambiado muchas cosas desde entonces.

—Sí, la principal es que ahora tienes novio.

—En realidad, ese no es mi mayor problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—Déjalo, Diego. No tengo ganas de discutir más.

—Solo quiero que seas sincera, y si es verdad que te vas a ir, por lo menos que las cosas entre nosotros se queden claras.

—Supongo que tienes razón. Cuando me llamaron, pensé que no podía irme porque tú estabas aquí, que después de lo que paso el otro día a lo mejor las cosas podían volver a cambiar, pero me he dado cuenta de que me he vuelto a equivocar como siempre hago, Alguien me hizo ver que tenía que irme, aprovechar la oportunidad y no pensar en nadie más. Eso es lo que voy a hacer. No quiero tener que arrepentirme de no haber aprovechado esta oportunidad. Necesito vivirla.

—¿Y cuánto tiempo te vas?

—Pues..., son dos años, con posibilidad de ampliar a cinco, y si realmente me gusta podría solicitar un puesto indefinido en la empresa y quedarme para siempre a trabajar.

—Ya...

—¿No dices nada?

—No sé, Triana. ¿Puedo convencerte de que te quedes?

—Si te soy sincera, no te sería muy difícil, pero no quiero que lo hagas. Si de verdad me aprecias, déjame que viva mi sueño, y que ponga distancia entre los dos, no quiero seguir sufriendo creo que me lo merezco.

—¿Y cuándo te irías?

—En diez días.

—¿En diez días? Eso es muy poco tiempo.

—Sí. Yo también lo creo, pero eso es lo que me han dicho. Nos vendrá bien. A mí un cambio de aires y a ti, que yo deje de molestarte.

—No me molestas, Triana.

—Diego, por favor. No tienes que quedar bien conmigo. Solo quiero que seamos felices, y juntos, parece que eso no es posible.

—¿Y tu novio? ¿Qué opina de todo esto?

—Digamos, que no tengo que darle explicaciones.

—¿No estáis juntos?

—No.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido por el viaje?

—No, Diego. Eso ha sido antes de que me llamaran, pero no creo que quieras enterarte, y tampoco tengo demasiadas ganas de contártelo en este momento.

—¿Vas a dejarme así?

—Me temo que sí. No quiero seguir hablando de esto. Es tarde y quiero irme a casa a descansar.

—Quiero pasar la noche contigo. —me quedo de impactada con su frase.

—No, Diego. Ya pasamos la noche juntos hace poco, y decidimos que sería la última.

—No nos vamos a ver en dos años, ¿no crees que nos merecemos por lo menos una despedida?

—Como te gusta complicar las cosas siempre...

—No creo que sea complicarlas. Tú te vas a ir, y solo quiero disfrutar de ti el tiempo que queda.

—Está bien. Acepto tu proposición, pero vámonos ya. —En el coche, todo es silencio. Yo no dejo de pensar en todo. Quizás, sea la última vez que estemos juntos, que me monte en este coche, que nos toquemos, que nos riamos, que nos enfademos. Puede que sea la última vez que le tenga tan cerca. ¿De verdad quiero eso? ¿Quiero irme?

Creo que pasar la noche juntos, no es una buena idea, pero yo también necesito estar con él, en realidad, lo llevo deseando días.

Cuando llegamos a su casa, sirve unas copas y nos sentamos en el sofá.

—Dime, ¿qué te pasa?

—Demasiadas emociones en tan pocos días.

—¿De verdad quieres irte?

—No lo sé. Hace dos años hubiera hecho cualquier cosa por irme. Es más, vivía pendiente del teléfono y deseaba que me llamaran, pero ahora me ha pillado tan desprevenida, que no sé lo que quiero.

—¿Y qué es lo que te ata?

—Diego, por favor, como si no lo supieras. El principal motivo eres tú. No puedo imaginar mi vida sin ti. Sin verte, sin tocarte, sin oírte, sin verte enfadado, sin verte sonreír, no sé si seré capaz de soportar no estar cerca de ti.

—Creo que pensamos lo mismo. Yo no podría asimilarlo.

—Tú tienes el don para ignorarme. No creo que te sea muy difícil estar sin mí.

—¡Ay, Triana! ¡Cuándo aprenderás que las cosas no siempre son lo que

parecen! No sabes nada de mí, de lo que siento, ni de como hago las cosas.

—En eso tienes toda la razón. A veces, siento que no te conozco, y la verdad que me gustaría.

—¿Qué es lo que quieres saber? ¿Qué me vuelves loco? ¿Qué siento cosas por ti que a veces, no puedo controlar y que, por eso, tengo que alejarme y comportarme como un verdadero gilipollas? Me encantas, Triana. Me encanta estar contigo, besarte, tocarte, dormir contigo, salir contigo, incluso discutir. Ni siquiera me planteo no volverte a ver.

No soporto que estés con ese tío, que te toque y que estés tan lejos de mí. Sé que solo yo tengo la culpa de eso, pero no se hacerlo de otra manera. No sé hacer feliz a nadie, y aunque sé que debo dejarte ir; no quiero, nena. No puedo dejar que me dejes aquí tirado, aunque sea tu sueño.

Le miro, y no puedo evitar llorar. Han sido demasiadas emociones estos días.

—No llores, nena. No quiero verte así. ¿Qué he dicho?

—Has dicho mucho más de lo que esperaba. — Se acerca a mí, me acaricia y me besa tan tiernamente, que caigo rendida a él.

Necesitaba tanto sus besos, que consigo olvidarme de todo. En este instante, solo me importa él.

Me desnuda lentamente, me acaricia, me besa todo el cuerpo. Más suave de lo que estoy acostumbrada hasta el momento.

Sus manos son tan cálidas en mi cuerpo..., su lengua me recorre cada punto de mi sexo, y yo no puedo dejar de gemir. Él es el hombre que necesito, el hombre que deseo y al hombre que quiero, aunque la vida no haga más que distanciarnos.

Estoy muy excitada, él lo sabe, así que, decide penetrarme.

Yo muero de placer. Después de un rato, lo saca y coge un preservativo.

—No te lo pongas. Estoy tomando pastillas. —le digo. —La lujuria me lleva. No quiero que nada se interponga entre nosotros. Quiero sentirlo por completo.

—¿Estás segura?

—Sí. Puedes estar tranquilo. Estoy limpia.

—¿Y...? —antes de que termine la pregunta le contesto. —Siempre hemos usado protección.

Vuelve a tumbarse sobre mí, y me hace el amor como nunca lo había hecho. Yo muero de placer, y cuando no puedo parar de disfrutar, él termina dentro de mí. Yo extasiada también lo hago. Es la sensación más placentera

que he tenido nunca. Ahora sí. Soy totalmente suya.

Caemos exhaustos encima de la cama, y nos dormimos.

De madrugada, me despierto sobresaltada, y no sé dónde estoy. Diego se incorpora.

—¿Qué pasa, nena?

—Me he asustado. Por un momento, no sabía dónde estaba.

—No te preocupes. Estoy aquí contigo.

—No me dejes sola.

—Tranquila, cariño. No voy a hacerlo. —Esa palabra me llega tan dentro. que muero de felicidad.

Estoy con él. Feliz. Disfrutando, a pesar de que sea nuestra última noche. Me acurruco a su lado, y me echo a dormir. Necesito sus abrazos.

Cuando me despierto, Diego está en sofá.

—Buenos días, princesa. ¿Cómo has dormido?

—Bien. Increíblemente bien.

—Ven, anda. —me acerco y le beso.

—¿Por qué te has ido de la cama?

—Me he despertado y he estado un rato a tu lado, pero no quería despertarte y me he venido aquí. —¿Qué planes tienes para hoy?

—Pues..., ninguno.

—Entonces, pienso raptarte hasta mañana. Quiero que te quedes aquí conmigo.

—Sabes que no puedo. Tengo que ir a casa. Hay demasiadas cosas que hacer.

—Esas cosas pueden esperar; tú y yo, no.

—¿Tienes algún plan para convencerme?

—Sabes que sí. ¿Qué te parece sexo mañanero en el sofá?

—¡Me parece fenomenal! —Me rio y le beso.

La mañana es estupenda. Él no puede estar más atento y cariñoso. Ni siquiera parece él, pero una parte de mí piensa que está haciendo todo esto para hacerme cambiar de opinión, y que yo le diga que me quedo.

Seguramente, al instante, volvería a ser el ser *gruñón* que siempre es.

Teme perderme, pero tampoco es capaz de ofrecerme nada. No le pido matrimonio, tan solo quiero que me dé la oportunidad de conocerle y que las cosas surjan solas; sin forzar nada, pero sé que eso es imposible, igual que la idea de que yo me quede. No es viable.

Hace que mi día sea estupendo. Dormimos, tenemos sexo sin parar, nos

reímos, hablamos, y cuando llega la noche volvemos a dormir juntos, pero yo no puedo dormir. Salgo a la terraza y fumo.

—¿Qué haces? ¿Por qué no estás en la cama? —Diego viene a buscarme.

—No podía dormir.

—Ya veo. ¡Cuántos cigarros hay ahí, por el amor de Dios!

—Estoy nerviosa. No me eches broncas.

—Eso no es excusa, Triana. ¿Qué te ocurre? Habla conmigo, pero no decidas fumarte una cajetilla de tabaco tú sola, solo porque estés nerviosa. Prefiero que me pegues. —Me río.

—Dime, nena.

—Estoy nerviosa. No hago más que pensar en mi viaje, y tú como siempre, complicas mucho más las cosas.

—Dímelo.

—Que cuando decido irme, tú vuelves a ser ese chico encantador, cariñoso y bueno. ¿Qué pasaría si yo decidiera quedarme?

—¿A qué te refieres?

—¿Seguirías siendo así? ¿O volverías a ser tú de nuevo?

—Sé por dónde vas, y ya sabes la respuesta sobre eso.

—Por eso, porque la sé, no entiendo nada de lo que estás haciendo ahora.

—Estoy disfrutando de ti, nada más. No quiero que te vayas con un mal sabor de boca. ¿Crees que yo no le doy vueltas? ¿Crees que yo quiero que te vayas? No, Triana. Me encantaría que te quedaras y poder decirte que quiero intentarlo, que quiero seguir con esto hasta donde llegue, pero no puedo. Simplemente no puedo. Te engañaría. Tienes que irte, disfrutar de la oportunidad que te da la vida, vivir, y no preocuparte por nada.

—Entonces, ¿quieres que me vaya?

—Creo que no has entendido nada. Claro que no quiero que te vayas, pero yo no puedo decirte que te quedes, sería egoísta.

Yo tengo mi vida hecha, mi trabajo mi familia, y tú necesitas volar, experimentar, y ser feliz. A mi lado eso nunca será posible.

—¿La felicidad que siento ahora, es mentira?

—No, nena. Es verdad. Yo también soy feliz, pero no puedo ofrecerte esto para siempre. No sería justo que te pidiera que te quedaras, sin ofrecerte lo que te mereces.

—Contigo siempre es lo mismo. Deberías de cambiar y pensar un poquito más en los demás. Creo que te iría muchísimo mejor.

—Aunque quisiera, tampoco puedo cambiar ahora.

—Me voy a la cama. Hasta mañana. —Me levanto y me voy. Estoy enfadada. Me meto en la cama, y me giro para mi lado. Creo que no va a ser fácil dormirme.

Él entra en la habitación, y me toca. Quiero resistirme a esas caricias. No puedo flaquear. Tiene que darse cuenta de que esto no puede seguir así.

—No quiero que me toques, Diego. Quiero dormir, despertarme mañana, y largarme a mi casa —Él suspira. —Eres una jodida cabezota.

—Cierto. Y tú un jodido gilipollas. —Se tumba en la cama, y noto su enfado. Puede que me haya pasado, pero no pienso pedirle perdón.

A la mañana siguiente, me levanto algo más relajada. Es increíble, pero él sigue a mi lado. Me doy la vuelta y lo miro. Es tan guapo..., ¿por qué no puede ser todo perfecto entre nosotros? Cuando queremos podemos llevarnos bien. Le rozo la cara con los dedos, y de repente, oigo...

—¡Buu! —Se incorpora, meto un brinco en la cama, y chillo. Ha conseguido asustarme.

—¿Qué haces tocando a un gilipollas cabezota?

—Me gusta tocar a los gilipollas.

—A mí me gusta asustar a las cabezotas. Por cierto, déjame decirte que se te da muy bien tocar a los gilipollas. —sonríe y le doy con la almohada. — ¡Eres un idiota!

—Por favor, para con tanto cariño por la mañana, porque no sé si podré soportarlo.

—Puedo decirte muchas más cosas.

—Lo sé. —ambos reímos.

—Nena, tengo que irme al hospital. Quiero pasar a ver a mi hermana.

—Vale. Lo entiendo. No te preocupes. Yo recojo y me voy a casa

—No, no quiero que te vayas.

—Diego, no pinto nada aquí en tu casa.

—Ya te dije que hasta el lunes no pensaba soltarte y no lo haré. ¿Quieres acompañarme al hospital?

—¿Yo? ¿Al hospital? —«¿Por qué quiere que le acompañe? Allí estará su familia. A lo mejor solo quiere que me quede esperándole, para cerciorarse de que no voy a irme».

—Sí, tú, al hospital. ¿Qué ocurre? Quiero que me acompañes. Mi madre no va a comerte. Quizás también esté mi padre, pero te aseguro que tampoco lo hace.

—Creo que...

—No vayas a decir tonterías. No tengo ningún problema en que los conozcas. Seguro que les caes muy bien.

—Diego, no voy muy preparada para la ocasión.

—Deja de preocuparte por eso. Siempre estás preciosa. Voy a ducharme no tardo nada.

«*Voy a conocer a su familia. ¡No me lo puedo creer! Tengo que calmarme*». Sobre las doce llegamos al hospital, y después de decirle doscientas veces que sería mejor que me quedara en el coche, al final, me coge del brazo y tira de mí.

—Estate tranquila.

—Eso es imposible.

—Mira, ahí está mi madre.

—Es guapísima. —Es una mujer alta, morena con los ojos verdes, y parece bastante joven. Nos acercamos a ella.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás? Pensaba que vendrías ayer.

—Hola, mamá. Lo sé. Lo siento. Al final me surgió algo. ¿Qué tal está Lidia?

—Está mejor, hijo. El doctor dice que algo dolorida, y que tienen que hacerle pruebas, pero la cosa va mejor. Está deseando verte.

—Mamá, quiero presentarte a alguien.

—Triana, esta es mi madre, Ángela. Mamá, esta es Triana.

—Hola, encantada. —Le tiendo la mano, pero ella enseguida me da dos besos.

—¡Que chica tan guapa, hijo! ¿Cómo estás, Triana?

—Muy bien, señora. ¿Usted?

—Bien, pero si sigues llamándome señora, creo que me pondré mal en poco tiempo. —Reímos.

—Lo siento.

—Ángela. Llámame, Ángela.

—De acuerdo, Ángela. —me dedica una tierna sonrisa.

—Voy a pasar a ver Lidia, mamá.

—Estará encantada de verte. Triana, puedes pasar con él si quieres.

—No. Creo que será mejor que me quede aquí.

—Pasa conmigo, Triana.

—No quiero molestar.

—No molestas, Triana. Seguro que Lidia se alegra de ver a una amiga de

su hermano. —Mira a Diego, le guiña un ojo y se ríe. —Pasad chicos, yo mientras iré a por un café.

Entramos en la habitación. Diego se acerca a su hermana.

—Hola, princesa. ¿Cómo estás?

—Hola, príncipe del castillo. Tenía ganas de verte.

—¿Cómo estás?

—Me duele la cabeza, y quiero irme a casa ya. Estoy cansada de estar aquí.

—Solo llevas dos días, cariño. Ya verás que pronto estás en casa otra vez.

—¿Vas a llevarme contigo?

—Sabes que no puedo, cariño.

—Sí puedes, lo que pasa que no quieres. Sabes que no me gusta el novio de mamá. No le soporto.

—Ya hablaremos de eso luego. Ahora quiero presentarte a alguien. Esta es Triana. Triana esta es mi hermana, Lidia.

—Hola. —Me acerco a ella y la doy un beso. —¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Estoy cansada de estar aquí ya. ¿Tú eres la novia de mi hermano?

—No. Soy su amiga.

—No me lo creo.

—Lidia, no seas impenitente. —protesta gruñón.

—Vale, pero tú tampoco me mientas.

—¿Qué quieres saber? ¿Si es mi novia? ¿Te quedas más tranquila si te digo que sí?

—Sí

—Sí lo es. ¿Da la aprobación la princesa?

—Sí. Es muy guapa. —Mientras que escucho esa conversación, me muero de la vergüenza, pero a la vez. Me siento la mujer más feliz. —¿Cuándo vamos a salir de compras? —me pregunta.

—No sea pesada, Lidia.

—No te preocupes, Diego. Cuando quieras podemos ir de compras, Lidia.

—Bien. Me cae bien tu novia. —Diego me mira. Parece contento con la respuesta de su hermana.

—Tenemos que irnos princesa. Mañana vuelvo a verte.

—Espero que mañana vengas a llevarme contigo.

—Ya hablaremos de eso. —La besa. Me despido de ella y salimos.

—¿Qué tal? ¿Cómo la has visto, cariño? —pregunta su madre.

—Bien, mamá, pero creo que deberíamos de tener una charla.

—No empieces con lo de siempre. Carlo no va a irse de casa solo por una pataleta de la niña. ¿De verdad crees que si la tratara mal yo lo consentiría? A veces, creo que no me conoces.

—No estoy diciendo eso, mamá. Solo que a lo mejor no es lo más adecuado para la niña.

—Si lo ves tan fácil, ¿por qué no te la llevas contigo? Estoy segura que al tercer día está de vuelta.

—¿No me crees capaz de cuidarla?

—No he dicho eso, cariño.

—Fin del tema, mamá. Ya hablaremos al respecto. No es sitio, ni momento.

—¿Vendrás mañana?

—Sí. Creo que podré escaparme a la hora de la comida.

—Vale. Triana, cariño, un placer conocerte. Espero volver a verte pronto.

—Igualmente. —Nos besamos y Diego y yo nos vamos al coche.

Sé que está enfadado, así que, prefiero no hablar. Vamos en silencio. Hasta que de repente él habla.

—Mis padres se separaron hace cinco años. Lidia era aún demasiado pequeña. Y mi madre enseguida rehízo su vida. Ha ido de mal en peor. No ha tenido demasiada suerte. Mi hermana ha tenido que soportar a varias parejas de mi madre, y generalmente cuando la niña se encaprichaba con alguno, mi madre rompía con él. Ella sufría mucho. Yo por suerte, ya vivía fuera de casa. Carlo es su profesor de pilates. Lleva unos ocho meses con él y la niña no consigue hacerse a él. Dice que quiere quitarle a mamá, y su idea es venirse a vivir conmigo.

—¿Y tú qué opinas de él?

—Digamos que no he tenido demasiado trato con las parejas de mi madre. Cuando empezó a ir con uno y con otro, le pedí que a nosotros nos dejara al margen, que no quería tonterías de cenas, ni encuentros ni nada. A mí me respetó, pero como era de entender, la niña vive con ella y es difícil llevarlo. Mucho más complicado con su edad. El tío no es mala persona, pero si te soy sincero, no creo que sea la mejor opción para mi madre.

—¿Puedo preguntar por tu padre?

—Mi padre vive en Estados Unidos desde hace tres años. Está casado con una californiana que quita el hipo y tengo un hermano de cuatro meses.

—¿Un hermano? Vaya...

—No, no. Estoy feliz. Es raro. Mi hermano, en realidad, podría ser mi hijo por mi edad, pero le adoro, y desde que nació, intento escaparme a verle en cuanto puedo.

—¿Tienes buena relación con tu padre?

—Ha costado, pero sí. Ahora mismo estamos bien. Tuve que entender algunas cosas y me costó años asimilarlo, pero ahora le veo feliz con su mujer y mi hermano, y creo que eso es lo más importante.

—Y tu hermana, ¿cómo lleva lo del bebé?

—No le entusiasma la idea, pero lo de mi hermana es complicado. Mi padre quiso llevársela para que estudiara allí, pero ella se negó. Mi madre tuvo mucho que ver eso, no fue buena consejera.

—¿Y se llevan bien?

—Ahora mejor. Por lo menos, ahora los quince días que tiene que irse con él, se va por su propia voluntad. Intento que coincida con algún día mío para poder irme con ella, y hacérselo lo más llevadero posible.

—Eres fabuloso.

—No lo creas. He sido un capullo. Incluso con mi familia, pero nunca es tarde para arreglar algunos errores.

—Creo que nunca es tarde para nada.

—A veces sí, Triana.

—Me alegro de haber conocido algo más de tu vida. Creo que en un rato te he conocido más que en todo este tiempo.

—Sí. Siento que hayas tenido que escuchar tanta charla. —Le cojo la mano. —Gracias por abrirte y contarme de tu vida. Sabes que me encanta.

—Gracias a ti. Eres estupenda. Me haces sentir muy bien, nena. —le sonrió y le beso.

—Te invito a comer. Te lo has ganado.

—Tengo que ir a casa.

—Ya te dije que hasta el lunes no pensaba soltarte. —Me suena el móvil. Abro el bolso y veo que es Santi. Creo que Diego nota mi nerviosismo.

—Cógelo. No pasa nada.

—No. No quiero cogerlo.

—Cógelo, mujer. Si no lo haces, se preocupará.

—Lo siento, Diego, es que no quiero discutir delante de ti. —El móvil

deja de sonar.

—¿Discutir? ¿Qué ha pasado?

—Han pasado cosas. —Vuelve a sonar el teléfono, y presa de mi rabia, lo cojo. No aguanto más.

—Creo que no entendiste que no quiero que me llames. Olvida que existo.

—Tienes que escucharme, Triana, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Al final has perdido tu viajecito? Puedes irte a otro mejor. ¡A la mierda!. Cuelgo.

—¿Me vas a contar qué pasa?

—Diego, si te lo cuento, no te va a gustar.

—Me da igual. Quiero saberlo. ¿Te ha hecho algo ese cabrón?

—Sí. Me ha vuelto a engañar. Se apostó un viaje con sus amigos si volvía a conquistarme. Les ha estado mandando fotos mías en la cama, para que vieran que lo había conseguido.

—¿Qué dices?

—¡He sido una estúpida! Entiendes ahora porque siempre digo que nadie puede quererme. Todo el mundo me falla, Diego. —Comienzo a llorar.

—No llores, y menos por un idiota como ese. Olvídalo. Si vuelvo a encontrarme con él te juro que le arrancaré los huevos. ¿Cómo te has enterado de eso?

—Me lo contó la chica que estaba con él antes. Por eso tuve que salir de viaje.

—¡Maldito cabrón! Lo siento nena.

—No te preocupes. No me lo esperaba, pero le prefiero fuera de mi vida. Me arrepiento de haber vuelto con él.

—Tranquila, nena. Ya pagaré por eso. ¿Tu hermano lo sabe?

—Sí. Tuve que contárselo. Sé que cuando le vea, no se va a controlar. Ya le conozco.

—Se lo tiene merecido.

—No quiero hablar más de esto, Diego, por favor.

—Está bien, nena. —Me acaricia la cara y me sonrío.

—Me estoy dando cuenta de que la mejor decisión que puedo tomar es irme. No tengo nada que me haga quedarme. Siendo sincera, sí lo tengo, pero en realidad, no me vale de nada.

—Tienes que vivir tu sueño, cariño. Ser feliz. Conocer otro mundo, otra gente, otro trabajo.

—Sí y olvidar. Ese es mi motivo principal. Olvidarme de todo lo que dejo aquí.

—¿Vas a olvidar todo lo que hemos vivido? ¿Vas a olvidar esto? —Se acerca a mí y me besa. Dulce y apasionado como siempre.

—Diego, ¿por qué tienes que complicar tanto las cosas? Claro que no voy a olvidar nada de lo que he vivido contigo. Pero sí que tengo que olvidarme de ti en la medida en la que pueda.

Necesito recuperar el control de mi vida.

—Debo de ser un tremendo hijo de puta.

—Yo no he dicho eso. Tampoco lo pienso. — Olvidamos el tema. Vamos a comer y todo vuelve a ser como siempre. Risas, conversaciones..., todo va bien cuando estoy con él.

Capítulo 16

Pronto estaré en Italia. Hoy duermo a su lado de nuevo, y mi cabeza solo puede pensar...

«¿Y sí me quedo? ¿Podría vivir así? ¿Con lo poco que me da? ¿Merece que me quede por él? ¿Merece que pierda mi futuro por estos momentos?».

Después de tanto pensar y no llegar a ninguna conclusión, consigo dormirme, pero a las seis suena el despertador. Me besa despacio y se levanta. Me hago la dormida.

A las siete menos cuarto me levanto. Él ya está vestido.

—Hola, princesa. ¿Cómo has dormido?

—Bien, ¿y tú?

—A tu lado siempre duermo genial. Nunca puedo quejarme.

—No tengo ganas de ir a trabajar.

—Siempre podemos fugarnos.

—Sí, estupendo. Jefe y empleada fugándose juntos.

—¿Y qué problema tienes?

—Yo siempre me fugaría contigo a donde fuera, y lo sabes.

—¿A Italia también?

—¿Eso tengo que tomarlo como una proposición?

—A lo mejor.

—Voy a ducharme. Por cierto, mírate si te aprieta mucho la camisa, que estás desvariando. —Me rio y me acaricia el pelo. Al rato salgo, y me coge por la cintura. —Podría quedarme todo el día contigo.

—Yo también, pero tenemos que trabajar. —Una suave caricia recorre mi cuerpo. Cada vez que me toca, la felicidad sale por cada poro de mi piel.

—¿Cuántos días nos quedan? —pregunta.

—¿Para qué?

—Para estar juntos.

—¿Toda la vida? —Me mira con cara de enfadado. —Nos quedan siete días. Una semana.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tú, arreglarme los papeles para poder irme, y yo preparar muchas

cosas.

—¿Vamos a dormir juntos todos estos días?

—No lo sé, Diego. No me agobies. Tampoco creo que sea lo más adecuado, ¿no crees?

—Está bien, pero quiero estar contigo estos días, y no vas a impedírmelo.
—Vámonos.

—Vete tú. Yo voy a quedar con Alberto en el bar.

—Vamos al mismo sitio, Triana.

—No quiero que nos vean juntos.

—A mí me da igual. Dentro de poco, dejarás de trabajar para mí. Va a dejar de ser un problema.

—No digas tonterías, por favor.

—¿Te importa mucho lo que digan?

—Son mis compañeros de trabajo. Claro que me importa. Al final, llegamos tarde.

Nos montamos en el coche, y no tenemos ninguna conversación. Todo el camino lo hacemos en silencio. Me deja en la esquina del trabajo.

—Gracias por traerme. —Le doy un beso en la mejilla.

—De nada. —Me sonrío. —¿Hablamos luego?

—Claro.

Cuando entro en el bar, Alberto me está esperando. Charlamos un rato, y me pregunta si he decidido algo, y le digo que sí. Quiero irme, aunque no estoy del todo segura.

Por la noche, ya en casa, decido hacer una lista con las cosas que me hacen falta, y empiezo a organizar. Me suena el móvil.

—Hola, nena. ¿Cómo estás?

—Hola. Estoy en casa, haciendo una lista de todo lo que me hace falta. Estoy empezando a agobiarme. No me va a dar tiempo a hacerlo todo.

—Tranquila. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—Quizás, sí, pero todavía no sé en qué. —Rio.

—Vale. Cuando lo sepas, me informas. —Se ríe —¿Estás convencida?

—¿La verdad?

—Siempre, ya lo sabes.

—No quiero pensarlo mucho. Creo que, si lo hago, voy a acabar quedándome.

—Tienes que irte.

—Tienes mucho interés en que me vaya, y no sé por qué. Otro en tu lugar,

estaría rogándome que me quedara. No entiendo por qué tu no lo haces.

—Porque yo no soy egoísta, y quiero tu felicidad. Sé que irte te hará feliz.

—También sabes lo que me hace feliz aquí y tampoco pones de tu parte por hacerlo.

—¿Vamos a empezar otra vez?

—No. Es más, tengo que dejarte. Me quedan muchas cosas por hacer.

—Más tarde hablamos. Un beso.

Cuelgo, y aprovecho para llamar a mi padre, y a mi hermano. Este fin de semana voy a ir a estar con ellos, para podernos despedir.

Mi mente está de viaje, pero no parece que quiera volver. A pesar de que mañana tengo que llamar para dar una respuesta, mi mente me dice que me vaya, pero lucha con mi corazón, ya que él tiene una opinión totalmente diferente «*¿Qué se supone que tengo que hacer?*». —No paro de pensar en esa pregunta.

No puedo dormir y escribo a Diego.

TRIANA_23:30

Hola, gruñón. Ya estoy en la cama. No sé cómo me voy a acostumbrar a dormir tan sola allí. Por cierto, el fin de semana voy a ir a ver a mis padres, ¿te apetece venir? Espero que tú puedas dormir mejor que yo.

Me contesta casi al momento.

GRUÑÓN_23:32

Hola, gruñona. Yo también me siento solo sin ti en mi cama. Creo que a eso no podré acostumbrarme nunca, y lo del viaje creo que me apetece. Descansa, nena.

Capítulo 17

Martes cinco de octubre, el día en el que mi vida puede cambiar con tan solo una respuesta.

Llego pronto al trabajo. Estoy muy nerviosa y como es de esperar, Alberto me lo nota.

—*Principessa*, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí. No... no lo sé.

—Me dejas más tranquilo. —Se ríe.

—Estoy nerviosa. Hoy es el día.

—¿No lo tienes claro? Si no lo tienes, pídeles tiempo, reina.

—No. Sé que no puedo perder la oportunidad.

—¡Pues vamos, llama ya! —Me coge la mano fuerte—. Estoy contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. ¿Vendrás a verme? —Mis ojos se humedecen.

—Claro que sí. Todo lo que pueda.

—Te voy a echar mucho de menos. —Le abrazo fuerte.

—¿Dónde está mi amiga, la tía dura? En serio, me estás preocupando.

—¡Eres un bobo! —Me río.

—Es verdad. Estás muy sensible, pero a mí me encanta. Quiero más abrazos como estos.

—Te los daré; te lo prometo. —Le beso en la mejilla.

—¡Llama!

Cojo el teléfono, y dudo, pero al final marco.

—Hola, soy Triana. Pregunto por Valeria.

—Sí, soy yo. ¿Qué tal Triana? ¿Ya ha tomado una decisión?

—Sí. La respuesta es sí.

—¡Qué buena noticia!

—Pero, tengo algunos problemas. Necesito sacar algunos papeles, y en una semana creo que me va a ser imposible.

—Déjame que lo hable con mi jefe, y te vuelvo a llamar con una respuesta, ¿te parece?

—Perfecto. Espero tu llamada. —Cuelgo, y me pongo a trabajar. Hoy Alberto y yo comemos juntos y charlamos de nuestras cosas. Han sido muchos

años trabajando con él y sé que me va a costar no estar a su lado.

Por la tarde, recibo una llamada de Valeria. Al final, conseguimos posponer el viaje hasta el día dieciocho. Me manda una documentación para cumplimentar, y necesito que Diego me de unos papeles, así que subo a su despacho.

—Hola, Marta. Vengo a ver a... —no me da tiempo a acabar la frase.

—Lo siento, Triana, Diego no está. Está en una reunión de trabajo. ¿Necesitas algo?

—Sí. Unos papeles, pero tengo que hablarlo primero con él, Marta.

—Tendrás que esperar a mañana.

—Gracias, Marta. —Bajo y le pongo un mensaje. Justo cuando le necesito está reunido.

TRIANA_17:10

Hola. Acabo de estar en tu despacho, y no estabas. Marta me ha dicho que estabas reunido. Necesito unos papeles urgentes. Cuando puedas, llámame. Gracias.

Diego no vuelve a dar señales de vida hasta que, a las dos de la mañana, cuando ya estoy dormida el móvil me vibra.

GRUÑÓN_02:00

Hola, Triana. Siento no haberte contestado antes. No me ha sido posible. Dime que papeles necesitas. Intentaré solucionártelo mañana.

TRIANA_02:05

¿Ha pasado algo? ¿Tu hermana está peor?

GRUÑÓN_02:07

Mi hermana está mejor. Mañana le dan el alta. Estaba en una reunión de trabajo.

«¿En una reunión de trabajo, a las dos de la mañana? ¿Desde las cinco que fui a su despacho? No me creo nada. Y como no me lo creo, pero no quiero discutir, no le contesto. A dormir, Triana. Es la mejor opción».

Capítulo 18

Mi querido miércoles ha llegado, con unas ojeras de oso panda, y un sueño de mil demonios. Nada que el maquillaje y un buen café no puedan solucionar.

Cuando llego, dejo mis cosas y subo al despacho. Necesito los papeles. A pesar de que no tengo muchas ganas de verle la cara, después de lo que me dijo anoche.

—Hola, Marta. Le puedes decir a Diego que estoy aquí, por favor.

—Buenos días. Ahora mismo le aviso, Triana.

—La señorita Méndez está aquí. Vale de acuerdo.

—Pasa, Triana.

—Gracias, Marta. —Me sonrío.

—Buenos días, Diego. Necesito unos papeles urgentes. Certificado de empresa, y un análisis de mi trabajo aquí. Creo que también tenemos que hablar del día que voy a causar baja en la empresa.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Antes de que acabe la semana. Necesito que me des unas horas libres mañana. Tengo que ir a la seguridad social.

—Tranquila, no pasa nada. Siéntate. ¿Necesitas algo más? —Que me des una explicación de lo de ayer, pienso.

—No, solo eso.

—Hecho. Mañana lo tendrás todo. ¿Cuándo quieres irte?

—La semana que viene. El lunes o el martes. Al final, he cambiado el viaje para el dieciocho para que me dé tiempo a formalizar todos los papeles.

—De acuerdo. Mañana lo hablaré con Marta, para que el martes sea tu último día, ¿te parece?

—Perfecto. —Me levanto de la silla.

—¿Cuándo vamos a vernos? —pregunta.

—Nos estamos viendo. —le digo irónicamente.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Supongo que cuando no acabes tan tarde tus reuniones de trabajo.

—¿Estás enfadada?

—¿Yo? Para nada.

—No lo parece.

—Tengo que irme, Diego. Gracias por todo. —Cierro la puerta. Me parece tan absurdo discutir por eso...

No vuelvo a tener noticias de él, y por la noche cojo el billete para el fin de semana. Tengo ganas de ver a mis padres, pero no me gustaría encontrarme con Santi. Decido escribir a Carla.

TRIANA_22:20

Hola, guapa, ¿qué tal estás? Solo quería decirte que el finde voy a Menorca. Tengo que contarte algo. Vamos a hacer una comida el sábado. Me gustaría que vinieras.

CARLA_22:30

Hola, mi niña. Encantada. Te veo el sábado. Espero que sean buenas noticias. La semana que viene tendré las vacaciones, ¿crees que podré ir a visitarte?

TRIANA_22:33

Son buenas noticias, y por supuesto que sí. Aquí tienes tu casa.

Otra noche más sola, y sin noticias de Diego.

Capítulo 19

Hoy me tiro toda la mañana en la seguridad social, pero consigo arreglarlo todo. El martes tengo que ir a recoger todo.

Hoy por fin veo a Elena, y como con ella. Desde que está con Darío, no la veo el pelo. Aprovechamos para hablar de lo que vamos a hacer con el piso. Tenemos poco tiempo.

A las cuatro llego al trabajo. Una hora más tarde, me llaman al teléfono.

—Hola, Triana. Soy Marta. Cuando quieras, puedes subir a por tus papeles.

—Gracias, Marta. Ahora mismo subo.

Subo a por los papeles, y mientras que Marta me habla, yo no paro de mirar la puerta del despacho.

—Diego no está, Triana. —La miro con cara de sorpresa.

—¿Puedes darle las gracias de mi parte por los papeles?

—Claro que sí, Triana.

Otro día que no está, y que no sé nada de él. Parece que se ha olvidado de que me voy en unos días. Ni siquiera me ha preguntado cómo estoy. El día acaba de la misma manera que ha empezado...

Pronto llega el viernes. Solo me quedan dos días de trabajo, y hoy por fin, estaré con mis padres.

Cuando vuelvo a la oficina, tengo un ramo de rosas encima de la mesa. Me quedo sorprendida cuando lo veo. —¿Es para mí? —le pregunto a Alberto.

—Eso parece *Principessa*. Viene con una nota.

Gracias por salir del baño aquel día. Tan gruñona como siempre. Gracias por tu preciosa sonrisa, por tu terrible carácter, y por hacerme sentir lo que un día creí olvidado.

A tu lado soy feliz.

Te deseo toda la felicidad del mundo en este nuevo camino. Guardaré en mi corazón todos los momentos vividos a tu lado. Suerte.

GRACIAS POR SER TÚ.

Diego.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Es tan bonito todo lo que me ha dicho.

—Reina, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí. Estoy un poco sensible para recibir flores, nada más.

—Mientras que te haga llorar de felicidad, vamos bien.

No digo nada. Tiene el poder de sorprenderme. Me siento en la mesa, y las miro. No puedo evitar sonreír.

—Te veo muy enamorada. —dice Alberto.

—¡No digas tonterías! No estoy enamorada.

—Puedes negarlo, pero tus ojos no dicen lo mismo. Nunca te había visto sonreír de esta manera.

—Algo hay. No te lo voy a negar, pero es mucho más complicado de lo que crees.

—Yo creo que tú lo haces complicado. Creo que la gente sería capaz de entenderlo. —Me guiña un ojo.

Me da la sensación que Alberto quiere decirme algo, y no sé si son cosas más, pero parece que sabe lo que pasa. Aparto las flores para poder concentrarme en el trabajo.

A la hora de la comida le pongo un mensaje a Diego.

TRIANA_14:10

Hola. Gracias por el detalle de las flores. Me encantan, pero no más que la nota. A veces, me haces sentir especial.

Me gustaría verte, pero hoy me voy a casa otra vez. Supongo que lo habrás olvidado. Espero que pases un buen fin de semana. Un beso.

Salgo corriendo del trabajo, pero les digo que el lunes tengo algo que contarles y que les invitaré a tomar algo.

Cuando me doy cuenta estoy volando otra vez.

Menorca me espera de nuevo.

Capítulo 20

Llego en taxi a casa, y aunque casi van a ser las dos de la mañana, mi padre me está esperando con su eterna sonrisa. Nos abrazamos y le pongo al día de todo lo que ha pasado en estos días y de mi viaje.

Por la mañana, me levanto y mi hermano a penas me deja desayunar. Está muy pesado, quiere que nos vayamos.

—Sé que estáis preparando algo. No me gustan las sorpresas, papá.

—Esta te gustará, hija. Ya lo verás. —Me mira y se ríe.

Nos vamos de compras, y por fin, nos sentamos a hablar.

—¿Qué tal, hermanita?

—Bien. Me alegro de estar aquí.

—Gracias por contarme que la única hermana que tengo se va a Italia a trabajar.

—Lo siento. Se me ha pasado. Tengo tantas cosas en la cabeza..., perdóname.

—Te perdono. ¿Estás convencida?

—A veces sí, otras no. ¿Algún consejo?

—Que te vayas si realmente es lo que quieres. Si vas a irte por otro motivo que no sea ser feliz, entonces, mejor quédate, y sigue con tu vida aquí.

—Hace años hubiera matado por esta oportunidad, pero ahora, las cosas son muy distintas. Tengo miedo de quedarme y perder la oportunidad, pero también tengo miedo de quedarme y seguir sufriendo.

—Irse para olvidar no es la solución, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero quedarse y seguir sufriendo tampoco lo es.

—Solo tú sabes lo que es mejor para ti, aunque los demás te aconsejemos, eres tú la que tiene que decidir.

—Lo sé. Cambiando de tema, ¿Cuándo vas a contarme que ha pasado con Santi?

—No ha pasado nada, ya te lo dije.

—No me lo creo. Me gustaría que fueras tú quien me lo contara.

—No voy a ser yo hermanita, y espero que nadie te lo cuente. Vámonos a casa. Te va a encantar lo que te ha preparado papá.

Estoy nerviosa. No sé qué me tendrán preparado, pero me tienen

intrigada.

Cuando llego, están todos en el salón. Han venido mis amigos de toda la vida, con los que ya apenas tengo contacto, mi mejor amiga, y... ¡está aquí Alberto! ¡No me lo puedo creer!

¡Que bien! Soy feliz. Corro para abrazarlos a todos. Las lágrimas caen, no puedo evitarlo. Me dirijo a mi padre, y le abrazo con todo el cariño que llevo dentro.

—¡Eres el mejor papá! Nadie sabría hacerlo mejor. Te quiero.

—Queda el invitado sorpresa, cariño.

—¿Quién? —Veo a Diego aparecer con un bebé en brazos, sonriéndome. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué hace aquí ¿Con un bebé?

Se acerca a mí, y me besa en la mejilla. —Hola, princesa. ¿De verdad creías que se me había olvidado el viaje?

—Sí. Pensaba que no vendrías. ¿Y este bebé tan guapo? —Me acerco y le acaricio la cara.

—Ha venido a conocerte. Dylan, te presento a tu cuñada, Triana. Por suerte no habla, ni anda. De no ser así, creo que tendríamos un problema entre hermanos. —Nos reímos.

—Es muy guapo. Tiene a quien parecerse.

—Tenemos al mismo padre, pero he de reconocer que aunque es un bebé, es más guapo que yo. Creo que, en unos años, me quitará el puesto del guapo de la familia. — ríe.

—¡Eres un bobo! Todavía no me has dicho que haces aquí.

—Ha venido a conocerte, pero no solo él. Espera, quiero presentarte a alguien.

—¡Papá! —Oigo que llama a alguien. Un hombre se acerca a nosotros, y me sonrío.

—Tú debes de ser Triana, ¿verdad? Soy Ricardo, el padre de Diego. Encantado.

—Igualmente. —Le doy dos besos. Estoy impactada.

—Triana, te presento a mi mujer. Caroline. —Una rubia espectacular asoma por detrás.

Simplemente es preciosa. Es altísima, rubia y con los ojos cristalinos. Se dirige a mí con una sonrisa. —Encantada, Triana.

—Igualmente. —Me quedo en silencio. No sé qué decir. Todos me miran.

—Lo siento. No esperaba aquí a Diego, y menos que me fuera a presentar a su familia, pero estoy encantada de conocerlos, de verdad. — ¡Triana! Oigo

que una voz dulce me llama. ¡Es la hermana de Diego! Corre a abrazarme.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien. Me encanta tu casa. —Me coge de la mano. —¿Podemos jugar juntas?

—Tengo que hacerle un poco de caso a toda esta gente, pero te prometo que en cuanto que termine, jugamos.

—Vale. ¿Has visto a Dylan? Es mi hermano.

—Sí. Es igual de guapo que tú.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

—¡Es asqueroso, Triana! Está todo el día comiendo, cagando, y también llora.

—Es un bebé, cariño, pero ya verás como pronto podréis jugar juntos. Ve a jugar. Luego te busco. —La guiño un ojo, y le acaricio el pelo.

—Gracias por tratar a mi hija con tanto cariño. —dice Ricardo.

—Es un placer. Es una niña encantadora.

—Triana, ¿puedes coger un momento a Dylan? Quiero saludar a tu madre.

—Sí claro. —Lo hago, y es para verme. No sé ni como ponerle. El instinto maternal no ha llamado a mi puerta todavía, pero tengo que reconocer, que después de un rato, no se me da nada mal.

Es un bebé guapísimo. Le acaricio, y le mezo un poco, pero se pone a llorar. Por suerte, llega su madre para salvarme.

—No te preocupes, Triana. Tiene hambre. Disculpadme un momento. Ahora vuelvo. —me quedo a solas con Ricardo.

—Me alegro de conocerte. Mi hijo no suele presentarme a ninguna novia. Hacía años que esto no sucedía.

—En realidad, somos buenos amigos.

—Creo que sois algo más que buenos amigos. Te aseguro que, de no ser así, mi hijo no me hubiera llamado para que viniera.

—Se lo agradezco.

—Soy yo el que está agradecido, Triana. Hace muchos años que no veía a mi hijo tan interesado en nadie, y le he visto muy ilusionado.

—Aunque no lo crea, hay muchas cosas que todavía no sé.

—Si lo dices por la historia de Cristina, creo que es él quien debería de contártelo. Solo puedo decirte que sufrió mucho, y eso siempre se le quedará guardado.

—Me gustaría mucho saberlo, pero él nunca quiere hablar del tema.

—Dale tiempo. —«*Precisamente tiempo es lo que no tenemos*». — Pienso—. Prefiero no decir nada y cambiar el tema.

—¿Qué tal llevas la paternidad?

—Complicada. Ya se me había olvidado cambiar pañales, y dar biberones, pero lo voy llevando. Uno ya tiene una edad.

—¡Anda, si estás estupendo!

—Los años no pasan en vano, pero estoy feliz. Me gustaría ver más a mis otros hijos, pero las cosas nunca son tan fáciles como creemos.

—Lo sé. —Aparece Diego. —Papá, ¿te importa que te robe a esta señorita un momento?

—Claro que no. Voy a buscar a Caroline. Luego os veo. —Diego me coge las manos, y me mira.

—Dime que estás feliz.

—No puedes imaginarte cuánto. Gracias por estar aquí, y por traer a tu familia. Para mí es muy importante.

—Lo sé. Te lo debía. Sabía que te gustaría.

—¿Por qué, Diego?

—Porque sí. Porque quiero que seas feliz.

—¿Por qué ahora?

—Los momentos llegan. No avisan.

—Igual que el amor, ¿no?

—Sí. Ese ni siquiera llama a la puerta.

—¿Ha entrado en la tuya?

—En la mía hace tiempo que está, Triana. —Me besa sin darme tiempo a decir nada más, y no lo necesito. Sus palabras han sido suficientes.

Cuando me suelta me acuerdo de que esta aquí Alberto. —¡Mierda, Diego! Está aquí Alberto.

—¿Y?

—¿Te recuerdo que también eres su jefe?

—No tengo que darle explicaciones a mis empleados de con quien estoy, pero creo que tú sí deberías porque sois amigos.

—Tienes razón. No sé qué voy a decirle. Discúlpame, voy a hablar con él.

Alberto está hablando con mi hermano.

—Hola, chicos. —Le pongo la mano en el hombro a Alberto.

—Hola, hermanita.

—¿Me dejas que hable con Alberto un momento?

—Por supuesto. Voy a dar una vuelta por aquí, a ver que se cuece.

Alberto me mira, y se ríe. —No tienes que decirme nada.

«¡Mierda! Lo sabe». —Lo siento Alberto, tenía que habértelo contado.

—Sí. En eso estamos de acuerdo. Creía que teníamos confianza. Yo jamás contaría nada, hace tiempo que lo sé, pero estaba esperando a que fueras tú la que me lo contara.

—¿Lo sabías?

—¡Claro! Te recuerdo que trabajo a tu lado, que he visto las veces que te llamaba al despacho para tonterías. Como venías enfadada, llorabas, y te desesperabas cuando te decía que le había visto con alguien.

—Lo siento. Tenía miedo.

—¿Miedo de qué? Es tu vida, y yo tu amigo. Jamás te juzgaría. Lo único que podría hacer es aconsejarte y apoyarte.

—Tenía miedo de que pensaras que era una oportunista. Tú me conseguiste el trabajo, y contarte que tenía algo con el jefe... pensé que te decepcionaría.

—¡Eres tonta *principessa*! Por supuesto que no. Yo te metí a trabajar, porque sabía que eras buena. Nunca pensaría que eres una oportunista. Por favor, Triana. Soy tu amigo.

—Soy una tonta. Ahora que lo sabes..., ¿qué opinas?

—¡Qué estás loca! Pero que me gusta cómo te trata. Hace años que trabajo para él, y jamás ha tenido nada con ninguna empleada. Me alegro de que haya sido contigo, aunque me fastidia. Se lleva a la mejor tía de la empresa.

—¡Tonto! Aunque no lo creas, no todo es tan fácil como lo ves.

—Claro que no es fácil. Si lo fuera, no sería tu jefe.

—Ese no es el único impedimento.

—Todo tiene arreglo si se quiere. Solo se tiene que querer. Solo espero que te cuide. Eres la mejor amiga que tengo, no me gustaría verte sufrir.

—¡Eres un amor! —Le abrazo.

—¡Estoy encantado! Desde que estás enamorada, me regalas muchos abrazos.

—Lo sé. Sabes que ser cariñosa, no ha sido una de mis cualidades nunca.

—Por eso me encanta, y pienso aprovecharme.

—Gracias por estar aquí. Eres el mejor amigo que se puede tener.

Después de un rato hablando, vuelvo con Diego.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Todo perfecto. Diego me alegro mucho de que estés aquí, pero...

—Siempre tienes un pero.

—El pero, siempre eres tú. Necesito que me cuentes algo. Ahora que voy a irme, Quizás, sea el momento de entender cosas.

—No quiero hablar de eso ahora. Disfruta del día. Prometo contarte algo antes de que te vayas.

—Espero que cumplas tus promesas.

—Siempre lo intento.

Más tarde le presento a Carla, mi mejor amiga de siempre. Los dos hablan, y Carla nos presenta a su futuro marido. Un chico encantador, quedamos en vernos para cenar.

A veces, se me olvida que los días están pasando y que solo me quedan nueve días para cambiar de vida.

Por la noche, Caroline y Ricardo se van a un hotel, después de que mi padre les ofreciera su casa unas trescientas veces.

Se marchan, pero quedan en que mañana volverán a comer. Poco a poco se va todo el mundo, y Diego y yo decidimos irnos también.

Necesitamos estar solos, y mi padre lo entiende. Mi hermano se lleva a Alberto a conocer la isla. No sé si a conocer la isla, o a conocer a las chicas que viven en ella. No puedo evitar sonreír.

Diego y yo nos vamos a un hotel precioso, y pasamos la noche juntos. Cerca el uno del otro. Besándonos, abrazándonos y haciendo el amor, como solo nosotros sabemos hacerlo. A la mañana siguiente, nos despertamos con más ganas el uno del otro.

Creo que, si tuviera que definir la felicidad, sería con este momento. En este instante, la vida me sonríe, aunque no sé por cuanto tiempo.

Capítulo 21

El tiempo pasa demasiado deprisa. Ya es domingo. Estamos todos ya, aunque Alberto y mi hermano, vienen acompañados de su resaca.

Caroline me pide el favor de que le dé el biberón a Dylan. Yo acepto encantada, aunque va a ser la primera vez que lo haga.

—¡Vas a ser una madre estupenda! —Oigo decir a Diego.

—Sí. Cuando tenga canas.

—¿Por qué?

—Porque como no sea madre soltera, no sé con quién.

—Gracias por lo que me toca.

—¿Tú quieres tener hijos?

—¿Por qué no voy a querer?

—No tienes pinta.

—¡Vaya, ahora para tener hijos hay que tener pinta!

—No sé. Ya tienes una edad...

—¿Edad? ¿Has visto a mi padre?

—A mí no me gustaría tenerlo siendo tan mayor.

—A mí tampoco, pero ahora mismo no es el momento. Me queda mucho por hacer.

—Puedes ir practicando con tu hermano. Toma todo tuyo.

—¡Anda, tonta! Si estás encantada.

—Sí. Me gusta. Nunca había tenido a un bebé tan cerquita, y resulta que es mi cuñado. Espero poder contárselo algún día.

—¿Qué pasa, Triana?

—¿Debo irme Diego? ¿De verdad después de todo esto, quieres que me vaya?

—Nunca he querido que te vayas, pero es lo correcto. Tampoco te vas toda la vida, y si tú quieres, yo podría ir a verte.

—Pero, nunca sería lo mismo.

—No, pero nos veríamos.

—¿Qué va a pasar con nosotros?

—Que tienes que seguir con tu vida.

—Te lo cargas todo en un minuto, Diego. —Me levanto y me voy. Me

coge del brazo. — Ya hemos hablado de eso. ¿Puedes vivir el momento por una vez, sin pensar en que pasará mañana?

—Cuando tu hoy, es tu mañana, es difícil.

—Tú complicas todo mucho más.

—Voy a ver a mi padre. Tú deberías de pensar, en que harás cuando me vaya. Quizás, me eches de menos mucho más de lo que crees. —Le dejo con ganas de decirme algo, pero me voy a hablar con mi padre. No sé cuándo volveré a verle, y eso me angustia.

Mamá se pasa el día llorando por las esquinas. No ha asumido que me voy, y me evita en lo que puede, porque no quiere llorar.

Las despedidas siempre son complicadas, pero ha sido un fin de semana espectacular.

Ricardo se marcha antes. Le siguen Diego y su hermana. Quedamos en hablar cuando llegue. Algo más tarde, toca la despedida de mis padres, y después de mil lloros, abrazos y varios te quiero, mi hermano me lleva al aeropuerto.

Capítulo 22

Mi último lunes en Madrid. El último trabajando aquí, y el último con mis compañeros.

Hoy me he levantado con los ánimos bajos. Me va a costar ser fuerte hoy.

Desayuno con ellos en el bar, y quedamos después del trabajo. Les pido que no me falle ninguno, Pedro dice que no puede venir, pero le ruego que esté, aunque solo sea, para darle un beso.

La mañana pasa muy rápido, y por primera vez en mucho tiempo, no quiero que mi día pase. Después de todo, no quiero irme de aquí, Alberto me mira.

—¿Qué pasa, *principessa*? Llevas media hora moviendo el boli.

—Se me hace duro pensar que mañana no voy a estar aquí. —Empiezo a llorar. Alberto se levanta.

—Oye, tranquila. Tienes que ser fuerte. El cambio va a ser para mejor. Te vamos a echar mucho de menos, pero estamos aquí. Vamos a seguir estando, y yo pienso llamarte todos los días. No creas que vas a librarte de mí. ¿Sabes lo que pienso?

—¿El qué?

—Que a quien necesitas realmente es a él. Deberías de decírselo.

—¿Tú crees?

—Sí. No sé cómo es vuestra relación, pero creo que debes de aprovechar todo el tiempo que te queda aquí con él. —Le abrazo. —Gracias. No te imaginas cuanto voy a echarte de menos.

—Me hago una idea porque a mí me va a pasar lo mismo.

Le mando un mensaje a Diego.

TRIANA_17:00

Tengo un día de mierda. Estoy triste. No quiero irme. Es mi último día, pero lo estoy pasando fatal. Me apetece estar contigo.

Lo mando, pero no contesta.

A las seis, empiezo a recoger todas mis cosas, y vuelvo a llorar.

Soy peor que una niña. Lo siguiente se me hace más duro: salir del ascensor, y salir de la empresa. Parece que se acaba una vida aquí dentro.

En el bar, es más de lo mismo. Les cuento que hoy era mi último día, mis planes de futuro, y más de uno rompe a llorar. Sobre todo, María. A pesar de que no llevo mucho tiempo aquí, desde que entré a trabajar, estuvimos juntas en recepción y la quiero como a una madre. La adoro, y sé que ella a mí también.

Después de mil abrazos, besos, te quiero y llantos varios, nos despedimos. ¿Será para siempre? Ojalá que no.

Llego a casa, y me voy a dormir. Elena se queda conmigo. Me abraza, y me cuida. La necesito más que nunca.

Al día siguiente, me despierto y veo el móvil. Ni rastro de Diego. Me ducho y me voy a por los papeles que me faltaban.

La semana pasa muy deprisa, sigo sin saber nada de Diego, y el viernes decido presentarme en su casa. Llamo a la puerta, me abre.

—Hola, Triana, ¿qué haces aquí?

—Venir a verte. Sabes que me voy. Te mandé un mensaje el otro día que estaba mal, y ni siquiera me has llamado. —Oigo una voz de mujer. —Diego, ven por favor.

Me quedo en blanco. Él me mira. —Lo siento, no sabía que estabas ocupado. —Me marcho.

—¡Triana, espera!

Bajo corriendo, cojo el coche, y marco a Alberto.

—¿Qué pasa, Reina?

—Dime que puedes quedar conmigo, por favor. —le digo llorando.

—Claro que sí, *principessa*. Dime que pasa.

—Necesito hablar, por favor.

—Voy a buscarte a casa.

—Vale.

Por fin llega Alberto.

—¿Que ocurre? He venido lo antes posible. Me tienes preocupado.

—Todo es una mierda. He ido a ver a Diego, y había una mujer en su casa.

—¿Y qué te ha dicho?

—No le he dejado que me diga nada.

—Tranquila, corazón. Todo va a estar bien. —Estoy tan angustiada, que me falta el aire. Alberto se asusta mucho. Le digo que me dé una pastilla que tengo en el armario, y me tumbo en el sofá. Me abraza fuerte, y no sé en qué momento me quedo dormida. Me despierto al oír voces.

—Está mejor. Me he asustado mucho. Nunca la había visto así. No puede continuar así. Tienes que hablar con ella. Yo me voy. Dale un beso de mi parte. Mañana la llamo.

—Gracias, Alberto. —Es la voz de Diego. Está aquí.

Siento como me toca el pelo. —¿Que voy a hacer contigo, mi niña? Siempre acabo haciéndote daño.

Me giro y le miro. —¿Qué haces aquí?

—Alberto me cogió el teléfono. Estaba preocupado, y me dijo que estabas mal, que no podías respirar. He venido a verte.

—¿Has dejado a tu amiga sola?

—Triana, otra vez no, por favor. Tus celos no tienen ningún argumento.

—¿Quién estaba contigo?

—Triana, si te lo digo, vas a pensar lo que no es.

—Dímelo.

—Es la mujer que viste en mi despacho, pero solo estábamos tomando una copa. Te lo prometo.

—¿Una copa? ¿Los dos solos? No me lo creo.

—Ya lo imaginaba.

—¿Por qué no me contestaste al mensaje el otro día? Te necesitaba y te olvidaste de mí.

—He tenido una semana difícil, Triana. Para colmo, te vas en dos días, y no sé qué hacer. No sabía si acercarme o alejarme. Estoy hecho un puto lio, ¿lo entiendes?

—¿Por eso te acuestas con otra?

—No no me acuesto con nadie.

—No es lo que parece.

—Me marchó, Triana. No quiero discutir contigo. Empiezo a agobiarme mucho con esto. Si me necesitas, me llamas.

—Pero, ¿me cogerás el teléfono? —Me mira enfadado. Coge sus cosas, y me dice. —En serio, a veces, me resulta muy difícil acertar contigo.

No le digo nada, y se marcha. Por primera vez, quiero que se vaya.

Capítulo 23

Mi querido domingo ya está aquí, y ha venido pisando fuerte. Ievo vomitando desde que me he levantado. He intentado tomarme un café, y ha sido imposible.

Llamo a Elena, y le digo que si puede venir, que no me encuentro bien. Me dice que sí, que en un rato está ahí.

Todavía tengo que terminar la maleta, pero me es imposible, tal y como me encuentro.

Elena me cuida toda la mañana. Me hace dos manzanillas y las dos deciden que no son bienvenidas en mi cuerpo.

—Creo que no estás para irte mañana.

—Tengo que irme Elena. ¿Puedes ayudarme con la maleta?

—Claro que sí, nena.

Cuando terminamos, nos ponemos a comer. Por fin, logro retener algo en el cuerpo.

Alberto viene a visitarnos por la tarde y me despido de él. Me taladra la cabeza para que llame a Diego, por lo menos, para despedirme de él. Al final, le hago caso y le pongo un mensaje.

TRIANA_19:00

Hola. Mañana me voy y me gustaría despedirme de ti. ¿Crees que puedes venir a mi casa?

Esta vez, me contesta al momento.

GRUÑÓN_19:01

En un rato estoy ahí.

A las nueve, llega a casa. Pedimos algo de cenar, pero yo no ceno demasiado. Le comento que llevo todo el día con malestar. Seguramente sean los nervios por el viaje. Él se preocupa, hablamos, y por fin conseguimos abrazarnos. Me promete que entre esa mujer y él, no hay nada. Yo le digo que tengo miedo de perderle, de irme y que se olvide de mí.

No estoy preparada para que vuelva a estar con otra mujer.

Después de aclararlo todo, dormimos juntos, hacemos el amor y yo lloro la mitad de la noche. No consigo quedarme dormida.

A la mañana siguiente, me vuelvo a levantar vomitando, y antes de que

pueda avisar a Diego caigo redonda al suelo.

—Triana. Elena ven, ya vuelve en sí.

—¿Estás bien, nena?

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Tengo el estómago muy revuelto.

—Llama a tu jefe, y dile que tienes que aplazar el vuelo.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Tienes que hacerlo. No estás para viajar.

—Tengo que irme. Ya se me pasará. Algo me habrá caído mal.

Intento reponerme para no tener que aguantar más charlas. El vuelo sale a las seis. Espero encontrarme mejor para entonces.

—Diego, tienes que irte a trabajar.

—No. Pienso quedarme contigo.

—No puedes hacer eso.

—Tú tampoco puedes irte así. —No tengo ganas de discutir, lo mejor es no contestar más.

Me aguanto las ganas de vomitar todo lo que puedo, pero al rato estoy igual. Al final, decido acercarme al médico, solo porque me dejen en paz.

Diego se empeña en acompañarme.

Cuando llegamos, le cuento todos los síntomas al médico, me examina, y cuando termina me dice:

—Triana, parece un virus estomacal. Quizás, te dure unos cuantos días más. Voy a mandarte unas pastillas, y un jarabe para los vómitos. Si te encontraras peor, debes volver, ¿de acuerdo?

—Doctor, salgo de viaje esta tarde, y no volveré en un tiempo.

—Creo que no es la mejor opción.

—Digamos que es la única.

—Quizás, podría hacerle algún papel para que ella lo mandara. —dice Diego.

—No habría problema.

—No puedo quedarme. Voy a estar mejor, y si no es así, iré al médico allí. Gracias por todo Doctor. —Diego me mira. Casi me fulmina con la mirada.

En el coche no soy capaz de decirle nada. Sé que está enfadado, pero él no aguanta más y empieza la guerra.

—Eres una irresponsable. No puedes irte en estas condiciones. ¿Podrías

pensar por una vez en ti?

—Tengo que irme, Diego. Estoy segura de que voy a estar mejor. Tranquilo, si no es así, prometo que volveré al médico.

—¿Y qué te va a solucionar un médico allí?

—Lo mismo que me van a solucionar aquí.

—¡Eres una cabezota!

—Sí en veinticinco años no he cambiado, ¿qué te hace pensar que lo haré ahora? —Toma aire. Sé que lo estoy sacando de quicio.

Volvemos a casa. Alberto viene a comer para despedirse. Se ha cogido la tarde libre, para poder ir conmigo.

Comemos los cinco, hoy Darío se suma al plan. Mientras que ellos se toman el café, yo empiezo a preparar las cosas que me quedan. Diego me acompaña a la habitación.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Mejor, de verdad. No te preocupes. Todo va a estar bien. Te lo prometo.

—Por favor, no me mientas.

—No lo hago. —Le acaricio la cara, y le toco el pelo. El cierra los ojos y suspira tan fuerte, que me llega al alma.

—Voy a echarte de menos. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo también, pero recuerda que no estoy tan lejos. Siempre puedes escaparte de viaje de negocios, o de placer, como prefieras.

—Lo superaremos.

—Quizás, al principio todo sea como hasta ahora, pero lo dos sabemos que tarde o temprano llegará el momento de separarnos definitivamente.

Ninguno vuelve a decir nada. Nos vamos al salón y seguimos charlando.

A las cuatro, recogemos todo y vamos de camino al aeropuerto.

En el camino, nadie dice nada. Creo que nadie está preparado para hacerlo.

Odio las despedidas. He tenido tantas, y sigue siendo tan duro.

Quizás, esta sea la peor con diferencia. Dejo tantas cosas aquí...

—Llegó el momento, chicos. —Abrazo a Elena. —Voy a echarte mucho de menos. Llámame, por favor. Cuéntame todo lo que pase con Darío, y prométeme que algún día irás a verme.

—Te lo prometo, amiga. No dudes que estaré pensando en ti. —Las lágrimas caen por su cara.

—No llores, por favor. Odio las despedidas, ya lo sabes. —La abrazo

fuerte. —Te quiero. Jamás lo olvides.

—Yo también.

Es el turno de Alberto. Le abraza tan fuerte que, por un momento, pienso que se va a desintegrar.

—Justo ahora que empezabas a quererme, te vas. No es justo.

—Sabes que te he querido siempre, pero lo demuestro fatal. Lo siento.

—Gracias por los abrazos, *principessa*. Los echaré de menos.

—Yo también. Cuídate. Te llamaré. Te lo prometo.

—Tú también. Sé fuerte, y llámame siempre que lo necesites. Te quiero.

—Yo también, *principesso*. Eres el mejor amigo que se puede tener. — Me abraza fuerte, le doy un beso y le suelto.

Cojo a Darío del brazo, y le doy dos besos. —Sé que empezamos con mal pie, pero que estés bien con Elena, y ella sea feliz, lo cambia todo. Espero poder conocerte mejor. Siento haberte juzgado de una manera equivocada. Cuídala, y quíerela mucho. Ella se merece lo mejor.

—Descuida, Triana, lo haré. No te preocupes, todo está olvidado. —Me abraza. —Espero que podamos conocernos mejor.

—Seguro que sí.

Y llegó su turno. La despedida más dura, y para la que una mujer como yo, no está preparada.

—Llegó el momento. —digo.

—Eso parece.

—Voy a echarte mucho de menos, Diego.

—Yo también. Ojalá y las cosas entre nosotros hubieran sido diferentes. Solo puedo darte las gracias por todos los buenos momentos que me has hecho pasar. Me ha encantado formar parte de tu vida, y aunque no te dejas conocer demasiado, lo que he conocido me ha fascinado. No puedo decirte nada más que te quiero, y pienso hacerlo por mucho tiempo.

—Gracias a ti, nena. Ha sido increíble tenerte tan cerca, y conocerte. Aunque no lo creas, no pienso olvidarme de ti. Cuídate, por favor. Hazme saber todos los días que estás bien.

—Lo haré. Te lo prometo. Dime que me vas a echar de menos, por favor.

—Por supuesto que sí. Más de lo que imaginas. —Me tiro a sus brazos y le aprieto fuerte. Aunque lo he intentado, no lo he conseguido. Mi tristeza no aguanta más y mis lágrimas caen sin control.

—No llores, nena. Todo va a estar bien. Vas a ser muy feliz. —Me besa, y el tiempo se para. — Te quiero demasiado. Nada lo cambiará. —Nos

fundimos en un abrazo eterno, de los que nunca quieres que acaben, y la felicidad se me va escapando por cada poro de mi piel, cuando anuncian que hay que embarcar...

—Te echaré de menos. —me dice.

—Si no lo haces, te mataré. —Le cojo la mano. —Te quiero. Tenlo presente cada minuto que estés sin mí, por favor.

—Lo haré. Tengo algo para ti. Solo espero que con esto puedas entenderme. No me he atrevido a hacerlo de otra manera. Lo siento.

—¿Qué es?

—Lo sabrás cuando te vayas de aquí.

—¿Por qué?

—No preguntes. Solo ábrela cuando sientas que estas lo suficientemente lejos de mí.

—¿Me llamarás?

—Por supuesto. —Me besa, y vuelvo a llorar. Consigo soltarle. Le doy besos a todos y cruzo la puerta. La puerta de mi nueva vida.

Con dolor, dejo de mirar hacia atrás. Todo se acabó. Agarro fuerte la carta, y pienso en qué pondrá.

Ya en el avión, no puedo dejar de pensar en que no ha sido mi despedida más fácil, y pienso en lo diferente que hubiera sido si esto hubiera ocurrido hace unos años.

Miro la carta, pero no quiero abrirla todavía. Quizás, estar suficientemente lejos sea estar en el aire. Suena mi móvil.

GRUÑÓN_17:30

Voy a echarte de menos. Cada segundo. A pesar de lo que pienses, no quería que te marcharas y he estado a punto de pedirte que te quedaras, pero no puedo truncar tu futuro. No sería justo. Lo siento. Espero verte muy pronto, nena.

Vuelvo a llorar y escribo:

TRIANA_17:32

Ojalá y lo hubieras hecho. Solo quería una palabra tuya para quedarme. Solo necesitaba eso, y me lo dices ahora, cuando no puedo bajarme de este maldito avión. No cambiarás nunca.

GRUÑÓN_17:33

Si lo hubiera hecho, jamás me lo hubiera perdonado. Lo siento. Quiero que seas feliz. Prometo que hablaremos pronto. Prueba, si no te gusta lo que

vives allí, no dudes en llamarme. Siempre puedo ir a buscarte.

TRIANA_17:34

Te quiero.

Solo puedo escribir eso. Apago el móvil. Por fin el avión despega.

Por fin, mi vida lo hace. Todo van a ser cambios, y aunque va a ser duro, voy a ser fuerte. «Todo va a ir bien, Triana». —me digo.

Por fin abro la carta. Ya estoy suficientemente lejos. Aunque quisiera, no podría volver atrás. Leo...

«Hola, nena, si estás leyendo esto, es porque has decidido irte.

Lo primero que quiero decirte, es que me perdones por ser un puto cobarde, y no ser capaz de decirte todo en la cara. No soy capaz.

Voy a empezar por el principio. Quizás, así, puedas entenderme algo mejor, cuando te cuente las cosas. Empecemos.

Hace cinco años, era un hombre muy distinto al que has podido conocer ahora. Estaba enamorado, vivía feliz, pensando que la persona que tenía a mi lado también lo estaba.

Llevaba cuatro años con la mujer que creía sería la mujer de mi vida. Estaba tan enloquecido, que decidí dar un paso más en nuestra relación y la pedí que nos casáramos. Ella aceptó, y me hizo el hombre más feliz del mundo. Estuvimos meses preparando la boda. Parecía tan entusiasmada...

Un día, tuve que salir de viaje, tenía tantas ganas de volver a casa con ella, que decidí acabarlo todo lo antes posible y volver a casa. Pensaba que mi futura mujer me estaría esperando deseosa de verme, y cuando llegué a casa me encontré con algo muy distinto.

Mi mujer estaba en la cama con mi padre. Supongo que habrás tenido que leer más de dos veces la palabra, pero sí. Mi padre, en mi cama, con mi mujer. No podía creer lo que estaba viendo, y loco de la ira empecé a tirarlo todo, y a sacarlos de mi casa, no podía creer que esto estuviera pasando. Ella solo sabía llorar desconsoladamente, y solo podía decir que lo sentía, que había sido un error, que la perdonara, pero yo no quería escucharla. Se marcharon de mi casa.

Durante varios días, estuve en mi casa sin poder moverme, borracho perdido, hasta que Darío decidió venir en mi ayuda. Él me animó a pedir explicaciones, pero yo no estaba seguro de querer saber nada, y tenía que hacerlo, tenía que cancelar la boda. Apenas quedaba un mes para el enlace. Me sentía, dolido, triste. Tocado y hundido.

Al cabo de los días, ella se presentó en mi casa, y decidí escuchar lo que tenía que contarme.

—Perdóname, Diego. Fue un error. Yo te quiero, quiero seguir contigo. Necesito que me perdones. Te juro que nunca más volverá a pasar, yo estaba sola, vino tu padre... y no sé qué paso. Sé que no tengo excusa. Perdóname, por favor, aunque solo sea por el amor que nos tenemos. —Todavía recuerdo sus palabras, y también las mías.

—Nunca. Escúchame, nunca, voy a perdonarte. Ni a ti, ni a él. No tienes excusa. Eres una puta zorra. ¿Que querías dinero? Te he dado todo lo que tengo. Te he amado, te he cuidado, y jamás he dejado que te faltara nada, y el amor que nos tuvimos, se acabó el mismo día que abrí esa puerta y te encontré con mi padre. Olvídate de mí para siempre. Nunca voy a perdonarte. Jamás volvería contigo. Solo eres una puta barata. No quiero volver a verte nunca. Lárgate y no me busques más.

Esas fueron mis últimas palabras hacia ella. Se marchó de mi casa llorando. La vida me dio un palo, pero todavía me tenía otro preparado.

A la mañana siguiente Darío me llamo, Ella se había suicidado, y había dejado una carta para mí.

Lo siento, Diego. Sé que jamás podrás perdonarme, y lo siento. Ten por seguro que te he amado siempre, y que cometí un error imperdonable. No puedo vivir con la culpa, y sobre todo, sabiendo que me odias.

Solo espero que algún día encuentres a la mujer que consiga hacerte feliz. Te lo mereces. Al fin, y al cabo, yo solo soy una puta barata.

No pude parar de llorar cuando leí esa nota. Fui un maldito hijo de puta. Tendría que haberla escuchado. Quizás, yo había hecho algo mal, y no había sido capaz de darme cuenta.

Yo era el único culpable de su muerte. La amaba demasiado, a pesar de que me hubiera engañado.

Los meses siguientes fueron horribles. Ahogué mis penas en alcohol. Iba a trabajar de cualquier manera, hasta que un día mi padre se sentó hablar conmigo. Me pidió perdón por lo sucedido, y me hizo abrir los ojos. Me dijo que ya su muerte no podríamos evitarla, pero que la mía y la de mi madre sí.

Mi madre sufría tanto, o más que yo. Fui cruel e hice que mi madre se enterara de lo que había sucedido. No quería que siguiera con él. Al final, comprendí, que era mi padre, y aunque lo detestara con todo mi corazón,

tenía una hermana, y una madre, y por ellas, todo tenía que cambiar.

La relación con mi padre, era casi inexistente. Solo hablamos por temas de trabajo. Más tarde decidí irme a Nueva York. Mi padre necesitaba a alguien allí en su empresa, y yo necesitaba desconectar. Era lo mejor. Me pasé tres años allí, y más tarde volví renovado. Mi padre se había trasladado allí y me pidió que volviera a Madrid. Me necesitaba allí, y volví. Estaba viajando todos los meses, dos veces al menos, llevando la oficina de Madrid, y de Nueva York. Ahora a lo mejor entiendas porque cuando entraste a trabajar no me veías.

Me convertí en un hombre serio, y me prometí a mí mismo, que jamás volvería a enamorarme de una mujer. Nunca dejaría que una mujer volviera a entrar en mi vida. Pero, apareciste tú con tu carácter, tu belleza, y decidí jugar a un juego muy peligroso: el juego del amor, y aunque he tratado de controlarlo durante meses, hoy que ya estarás lejos, vas a leer lo que tanto deseabas. Te quiero, Triana. Estoy localmente enamorado de ti.

Tú has hecho que vuelva a creer en el amor. No me imagino mi vida sin ti, pero me he visto en la obligación de dejarte ir.

No quiero hacerte daño. No soy capaz de tener algo sólido con alguien, todo lo estropeo. No quiero que lo que me pasó, vuelva a suceder. No quiero que nadie vuelva a pensar que su vida no vale nada por mi culpa.

Quiero que seas feliz, y yo no sé si yo podré hacerlo. No sé hacer bien las cosas en el amor, cuando pensaba que las estaba haciendo bien, mira lo que ocurrió.

No es justo para ti.

Siento que hayas tenido que enterarte así No soy capaz de decírtelo en la cara. Ya te lo he dicho, soy un cobarde.

Espero que seas feliz. Solo quiero que sepas que te echaré de menos cada momento que no estés conmigo, que te deseo, te quiero, te adoro, y solo tú me has hecho cambiar.

Te quiero, nena».

Diego.

Y así termina todo. Con secretos que jamás podría llegar a imaginar, y con lo que más deseaba saber. Diego me quería. Lo había conseguido, y aunque no podía parar de llorar, me sentía feliz. Él estaba tan enamorado de mí, como yo de él.

Epílogo

Ha pasado ya una semana desde que me fui de Madrid. Mi vida en Italia, es muy distinta a la de allí.

Vivo sola en una casa estupenda. Mi jefe es un hombre de unos sesenta años, y mis compañeros, aunque son muy majos, no se parecen en nada a mis niños de Madrid.

Valeria es estupenda y desde que llegué ha estado ayudándome en todo, incluso a organizar la que es ahora mi nueva casa.

Hablo todos los días con mi gente: mi padre, Elena, Alberto, incluso han creado un grupo para que podamos hablar todos juntos. Me lo están poniendo más fácil de lo que en realidad es.

Con Diego hablo todos los días, y todas las noches antes de irme a dormir. No hemos mencionado la carta en todos estos días. Después de todo, no me siento con fuerzas para hacerle preguntas.

Desde que llegué, me sigo encontrando mal. Al final, he hecho caso a Elena y he pedido cita con el médico. Los vómitos matinales empiezan a preocuparme.

Hoy tengo dos horas para comer y aprovecho para ir. Le explico lo que me lleva pasando desde hace varias semanas, me hace la pregunta del millón, que, si hay alguna posibilidad de que esté embarazada, le digo que tomo anticonceptivos desde hace años, y que es poco probable, pero al preguntarme la fecha del último periodo, me doy cuenta de que tenía que haberme venido hace varias semanas. No se lo piensa, y me pide una prueba para mañana por la mañana. Me dice que tengo que dejar las pastillas que me mandaron, por si estuviera embarazada.

Salgo asustada de la consulta, y llamo a Elena. Es con la única que puedo hablar. Le cuento lo que pasa, y siento que estoy asustada. «*¿Y si de verdad estoy embarazada? ¿Qué voy a hacer? ¿Y Diego?*».

Elena intenta tranquilizarme, pero no es tan fácil. Esa noche hablo con Diego e intento disimular, pero a veces, ni yo misma sé hacerlo bien.

—¿Qué te pasa, nena?

—Estoy muy cansada del trabajo. Supongo que tengo que acostumbrarme.

—Hoy ni siquiera me has dicho que me has echado de menos.

—Sabes que lo he hecho. Perdóname, estoy un poco distraída. ¿Te importa que hablemos mañana?

—Tranquila, mañana hablamos. Un beso, nena.

No duermo en toda la noche, y cuando me despierto mis vómitos no me dan tregua. No puedo comer nada. Como puedo, llego al consultorio para sacarme sangre, y dejar el botecito de orina. ¡Ya está hecho! Ahora solo queda esperar.

Cuando salgo me voy a tomar un café, y espero la hora para llegar a trabajar.

Intento poner todos mis sentidos en el trabajo. A las doce suena mi teléfono. Ya tienen los resultados de los análisis, y tengo cita para recogerlos a las dos. Salgo un poco antes de trabajar, y cuando llego me están esperando. El doctor me tiende un sobre, y me dice que lo vea yo misma.

Lo abro nerviosa. Veo muchas letras en el sobre. Mi vista se para ahí: en el positivo. Mis ojos se quedan ahí pegados. «*¡Estoy embarazada! ¡No puede ser verdad!*».

Me receta unas pastillas, y me da algunas pautas a seguir. Me dice que esté tranquila y que la semana que viene me llegará la cita para el ginecólogo.

Me vuelvo a la oficina, y no puedo dejar de pensar.

«Este es mi fin ¿Embarazada? ¿Cómo ha podido ser? ¿Qué voy a hacer con un bebé, y tan lejos de mi casa?»

Las lágrimas recorren mis mejillas. Mi rutina últimamente. Va a ser verdad que tengo las hormonas revolucionadas. «¡Ay chiquitín! Que dirá tu papá de todo esto...».

Agradecimientos

Quiero agradecerte que hayas llegado hasta aquí. Si has disfrutado con la lectura, te agradecería que me dejarás tu valoración. Para mí es muy importante.

Espero que hayas disfrutado de la historia, y que no dejes de leer su última parte.

Quiero darle las gracias a cada una de las personas que forman mi día a día. Me siento tremendamente agradecida por tener personas tan estupendas en mi vida.

Gracias a todas mis chicas que siempre me saludan por las mañanas, que tienen una palabra bonita para mí, y que hacen que las mañanas empiecen de otra manera. Millones de gracias.

Más cosas

Si quieres saber más de mí, puedes encontrarme por Facebook o Instagram como Chris Razo. ¡Te espero por allí!